Nora Strejilevich

Una sola muerta numerosa

Obra testimonio de la experiencia de Nora Strejilevich, así como la de muchos de sus contemporáneos, a los que presta la voz que estos perdieron.

Mediante una práctica narrativa que le permite hablar de lo indecible, propone una alternativa a la exposición del horror. Un testimonio literario con una intención artística donde el lenguaje se fuerza y retuerce para pronunciar el sentimiento y el dolor.

Una mirada múltiple que compone la «sola» muerte con lo numeroso, lo personal con lo colectivo.

Obra polifónica donde se escucha la voz de la autora, otras voces, testimonios, cartas, relatos, poemas, discursos interiores… con amplio dominio de los recursos de la lengua y la literatura.

Nora Strejilevich

Una sola muerta numerosa

ePub r1.0
Café mañanero 25-04-2023

Título original: *Una sola muerta numerosa*
Nora Strejilevich, 2018

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 04/2023
Edición conmemorativa X.º aniversario
ePub base r2.1

EDICIÓN
CONMEMORATIVA
10.º ANIVERSARIO
"MÁS
LIBROS,
MÁS
LIBRES"
+
PROYECTO
SCRIPTORIUM
epublibre

UNA SOLA MUERTE NUMEROSA

Nora Strejilevich

PRÓLOGO

EDURNE PORTELA

Nora Strejilevich comienza su obra con unas palabras de su compatriota argentino Tomás Eloy Martínez: «Desde 1975, todo mi país se transfiguró en una sola muerte numerosa que al principio parecía intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido». Una sola muerte numerosa es la crónica de esa transfiguración, un relato fragmentado que narra la experiencia y su recuerdo, la herida y su cicatriz. Es un libro sobre el dolor inmediato —de la tortura, del secuestro, de la reclusión— y sobre el dolor prolongado —de la desaparición y muerte de seres queridos, del exilio, del olvido y la impunidad—. Así, la obra remite tanto a la experiencia individual de la autora y sus múltiples maneras de revivirla y narrarla como a la experiencia colectiva de muchos que no sobrevivieron o que, si lo hicieron, no tuvieron las herramientas para contarlo. Es literatura de duelo y supervivencia que tiene como motor el mandato de Primo Levi: testimoniar, contar la experiencia de aquellos que nunca podrán hacerlo, convertir la vivencia del horror en palabra. Una sola muerte numerosa no es, sin embargo, un testimonio al uso. El tratamiento lírico de la experiencia, la originalidad de su construcción polifónica, el uso de la ironía para enfrentarse al recuerdo y desvelarlo y la perspectiva memorística —Strejilevich recorre más de veinte años de historia— dotan a este texto de gran belleza formal y de una trama que supera la inmediatez del relato traumático. Su lectura nos descubre una historia dolorosa, pero también el regalo del que solo es capaz la buena literatura: desvelarnos la multiplicidad de matices que encierra toda experiencia, también la más extrema.

A finales de noviembre de 2017 la historia en la que se inscribe

esta obra apareció en las primeras páginas de los periódicos españoles. Después de cinco años de investigación y audiencias, un tribunal federal de Buenos Aires leyó el veredicto del mayor juicio por crímenes de lesa humanidad celebrado en Argentina hasta el momento. Fueron juzgadas cincuenta y cuatro personas que participaron en las operaciones de uno de los más grandes centros clandestinos de detención que funcionaron durante la dictadura entre 1976 y 1983: la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), desde donde se practicaron los llamados «vuelos de la muerte». Por primera vez se condenó a responsables de esta metodología de exterminio por la cual se asesinó a más de cuatro mil personas. Entre los represores que recibieron su segunda cadena perpetua se encuentran Jorge Eduardo «el Tigre» Acosta y Alfredo Astiz «el Ángel de la muerte», principales responsables del «Grupo de Tareas» de la ESMA . España, que en sus propias políticas de memoria y en la persecución de los crímenes franquistas tiene poco de lo que enorgullecerse, ha jugado un papel importante en los juicios de lesa humanidad contra varios represores argentinos encausados en este juicio.

En 1997, durante el periodo en el que en Argentina se otorgaban indultos a los generales que fueron condenados y en el que estaban vigentes las leyes de Punto Final y Obediencia Debida que impedían la persecución de los represores, el juez Baltasar Garzón aplicó la figura de jurisdicción universal en crímenes de lesa humanidad. Esto le permitió detener y juzgar al capitán Adolfo Scilingo, quien había reconocido públicamente su participación en los vuelos de la muerte y sigue cumpliendo condena en España. También procesó a Ricardo Miguel Cavallo, otro de los imputados en el juicio a la ESMA , que cumple hoy cadena perpetua en su país. En Argentina, particularmente desde que en 2003 se derogaran las dos leyes mencionadas, se persigue y condena, después de cuarenta años, a los responsables de los crímenes cometidos en la dictadura. En España no nos vendría mal tomar nota de sus políticas de memoria y ver cómo, desde la reivindicación de la memoria, del derecho a

saber cómo y quiénes cometieron los crímenes, y desde la exigencia de justicia, se puede construir un presente habitable para las víctimas y sus descendientes.

Una sola muerte numerosa ha contribuido, y lo sigue haciendo, a crear ese presente habitable. La obra arranca en el momento en el que Nora Strejilevich se convierte en víctima de la maquinaria represora que, usando el léxico siniestro de los torturadores, «se chupó» a miles de jóvenes argentinos. El 24 de marzo de 1976 los militares Jorge Rafael Videla, Emilio Massera y Orlando R. Agosti dieron un golpe de estado que era, según sus líderes, la única solución al caos político y económico en el que estaba el país, la única manera de atajar las acciones subversivas de los dos principales grupos guerrilleros entonces operativos: los Montoneros y el
ERP
(Ejército Revolucionario del Pueblo). Era la primera vez en la historia argentina que las tres ramas del ejército se unían con un plan gubernamental que no se limitaba a controlar el caos. El «Proceso de Reorganización Nacional», tal y como pomposamente lo denominó la Junta, tenía como objetivo reestructurar el Estado por completo, desde la economía y las relaciones laborales a la justicia, la política y la educación. Con ese fin prohibieron todos los partidos políticos, cerraron el Parlamento, adaptaron el poder judicial a sus fines, cancelaron la libertad de expresión y censuraron todos los medios de comunicación, eliminaron a todos los disidentes de posiciones de poder y los reemplazaron con colaboradores afines al régimen. Según los comunicados de la Junta, el Proceso tenía como principal objetivo restaurar «la civilización occidental y cristiana», y eliminar la subversión de Argentina. El término «subversivo» no solo se refería a los guerrilleros. Según unas declaraciones de Videla para el periódico La Prensa, «el terrorista no solo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización a otras personas». La defensa de la civilización «cristiana y occidental» se ejecutó a través del secuestro, tortura e internamiento de sospechosos subversivos, según la amplia definición de Videla, en centros clandestinos de detención (
CCD

), de los cuales pocos salían con vida. También a través del exilio forzado, que para algunos se convirtió en la forma de anticiparse a la detención o, tras la liberación, sobrevivir a un nuevo secuestro. Después del golpe de estado, el ejército implemento de forma racionalizada y centralizada el funcionamiento de los
CCD
y la desaparición forzosa de personas. La metodología para la desaparición de prisioneros era variada —quemados, ejecutados en «combate», enterrados en fosas comunes—, pero una de las más eficaces y perversas fue, precisamente, la de los «vuelos de la muerte». Entre aquellos que fueron desaparecidos por este siniestro método estaba Gerardo Strejilevich, hermano de Nora, y Graciela Barroca, su novia. El número total de desaparecidos ha sido siempre un campo de batalla: los defensores del «Proceso» hablan de unos «pocos miles», como si esta barbarie hubiera sido un mal menor, mientras que las organizaciones de derechos humanos siempre han defendido la cifra de 30 000. Que no se pueda concretar el número de personas que fueron masacrada en este plan, orquestado y ejecutado por el Estado para crear un país a la medida de sus intereses, da buena cuenta de la magnitud de la tragedia. También se debe recordar que el exilio fue otra forma de eliminar del conjunto social a todos aquellos que el régimen consideraba subversivos. Aproximadamente dos millones y medio de argentinos se fueron del país entre 1975 y 1983. Entre estos exiliados estaban aquellos que temían ser detenidos y aquellos que sobrevivieron a la represión y fueron forzados a irse después de ser liberados. Este fue el caso de Nora Strejilevich.

Nora Strejilevich fue secuestrada en 1977 y estuvo detenida en el
CCD
conocido como «Club Atlético» al mismo tiempo que su hermano Gerardo y su novia, y sus dos primos Abel y Hugo, todos ellos todavía hoy desaparecidos. El Club Atlético fue un
CCD
en Buenos Aires que funcionó desde mediados de 1976 a diciembre de 1977. Strejilevich apenas pasó detenida unos días en el Club Atlético, pero esos días marcarían su vida para siempre. Después de

ser liberada, se exilió y vagó por numerosos países (Israel, España, Italia, Brasil, Inglaterra y Canadá), hasta afincarse en San Diego (Estados Unidos). Durante esos años, la autora volvió a Argentina en varias ocasiones, entre ellas en 1984 para testificar frente a la CONADEP. Y ha seguido volviendo después, cuando la condición de exiliada política ha desaparecido de los registros oficiales. Sin embargo, el exilio no es algo temporal, sino que se acaba constituyendo como parte de la identidad de quien lo sufre. El exilio, en lugar de un paréntesis del que se puede volver, es la prolongación de un trauma que comienza con la violencia que impulsa al desarraigo —en el caso de Strejilevich su detención-desaparición— y continúa de por vida.

El secuestro, la tortura, el exilio, la historia familiar, la búsqueda de Gerardo, la solidaridad con otras víctimas, recordar, testificar, sobrevivir. Todo ello se traduce en los fragmentos narrativos que Strejilevich enlaza magistralmente a través de las páginas de este libro. La cronología salta de un evento a otro impulsada por el difícil ejercicio de memoria y por la conversación constante que sostiene la narradora con sus seres queridos, entrelazada con testimonios de otros que van formando un coro que irrumpe en la trama. Si Primo Levi apelaba al testigo para que hablara por delegación de los muertos, Strejilevich no solo cumple este precepto sino que encarna su voz —del hermano, del padre, de la madre, todos muertos en el momento de la escritura— para así mantener viva su memoria.

Frente al monólogo armado que quiso borrar de la vida y la memoria a toda una generación, Strejilevich opone su voz y la de los desaparecidos. Frente al nuevo léxico inventado por la dictadura, la autora propone la palabra y la memoria. Su cuerpo y su memoria constituyen el espacio en el que anclarse y desde el que reivindicar la justicia: «nada de cerrar las heridas con ceremonias. A mí que me queden bien abiertas». Porque la herida no se puede cerrar sin justicia ni reparación.

En este libro palpita una herida de cuarenta años. Con una

belleza literaria extraordinaria, Una sola muerte numerosa nos pone en contacto con esos lugares de la experiencia humana más difíciles de entender y procesar: el dolor extremo, el deseo de aniquilación del otro, la incomprensión ante eso que llamamos maldad absoluta, la indiferencia ante el sufrimiento, la pérdida traumática de seres queridos, el desarraigo. Y sin embargo, de la mano de Strejilevich también entramos en el territorio de la ternura, del amor, de la ironía e incluso del humor, de la solidaridad, de la resistencia y la supervivencia. El ejercicio de memoria se convierte en reconquista del propio cuerpo, en reivindicación de los desaparecidos con y sin nombre. La escritura transforma la experiencia inenarrable en conocimiento del pasado individual y colectivo. Una sola muerte numerosa apela a la empatía del lector, haciendo imposible permanecer indiferente ante su fuerza narrativa.

A quienes me contaron sus vidas hasta largas horas de la noche, o me regalaron historias en instantes que fueron años.
A quienes me ayudaron leyendo, o simplemente siendo.

A ustedes tres, que al irse me dejaron con la palabra en la boca.

Desde 1975, todo mi país se transfiguró
en una sola muerte numerosa
que al principio parecía intolerable
y que luego fue aceptada con indiferencia y hasta olvido.

Tomás Eloy Martínez.
Lugar común la muerte

I

Cuando me robaron el nombre
fui una fui cien fui miles
y no fui nadie.
NN
era mi rostro despojado
de gesto de mirada de vocal.

Caminó mi desnudez numerada
en fila sin ojos sin yo
con ellos sola
desangrado mi alfabeto
por cadenas guturales
por gemidos ciudadanos de un país
sin iniciales.

Párpado y tabique
mi horizonte
todo silencio y eco
todo reja todo noche
todo pared sin espejo
donde copiar una arruga
una mueca un quizás.

Todo punto y aparte.

No vamos a tolerar que la muerte ande suelta en la Argentina

Almirante Emilio Massera, 1976

Una magia perversa hace girar la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan pisa pisuela color de ciruela.

El rito exorciza mis pecados en el templo del Ford Falcon sin chapas: templo verde con antena que acelera por Corrientes, a contramano, pasando semáforos en rojo sin que nadie parpadee. Lo de siempre.

Pero no todos los días ¿o todos los días?, se rompen las leyes de gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destroce el pasado y arranque las manecillas del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los disfraces. No todos los días una trata de escapar cuando el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y una gime acorralada por minutos que no corren. No todos los días una tropieza y cae manos atrás atrapada por una noche que remata su vida cotidiana. Una se marea por la vorágine de retazos, de ayeres y ahoras aplastados por órdenes y decretos. Una se pierde entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas. Una apenas siente que los ecos modulan ¡te querías escapar, puta!, y que una boca inmensa la devora. Quizás murmuren voces conocidas: ni ella ni él están en nada. Pero una está aquí, del otro lado, en este cuerpo precario: suelas tatuadas en la piel bota en la espalda arma en la nuca.

¡De pie!, y una se para sumisa confundida atontada vencida y

grita ¡me llevan, me llevan!, mientras dedos metálicos se clavan en la carne. Dos de la tarde impune la tiran a una al ascensor la arrastran. En la vereda una patalea contra un destino sin nombre en cualquier fosa colectiva. El espacio se deshace entre los pies.

Lanzo mi nombre con pulmones con estómago con el último nervio con piernas con brazos con furia. Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. Los domadores me ordenan saltar del trampolín al vacío.

Me empujan. Aterrizo en el piso de un auto. Lluvia de golpes: este por gritar en judío este por patearnos. Y otro más.

Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos. Soy un juguete para romper. Pisa pisuela, color de ciruela.

Acordate que yo maté tres o cuatro personas con mis propias manos

Almirante Emilio Massera, 1976

A la lata al latero a la chica del chocolatero / ala A / ala A / Mariquita no sabe hablar / ala E / ala E / Mariquita no sabe leer…

Coros a muchas voces sobre fondo manchado de colores brillantes. Verde, la ligustrina que separa mi casa de la vecina; blanco, las lajas del jardín por las que rueda que ruedan las ruedas de mi ferrocarril; rojo, las baldosas del patio que se balancean cuando me hamaco; marrón, el piso que se desparrama por los dormitorios. En la cocina una mancha plateada, la caldera; en el baño una transparencia, el espejo de mis muecas; en el cuarto de mis padres la cortina de voile, mi vestido de fiesta; en nuestro dormitorio la lámpara, redonda como El globo rojo que mostraron en la escuela. El globo lo sigue al pibe toda la película, pero el mío no sabe volar y me espera en el techo. Es obediente y muy lindo, con una planta verde y una mariposa posada en el medio. Siempre me quedo dormida contando las hojitas de mi lado. Mi hermano tiene menos porque no las cuida. Hoy nos juntaron las camas y el globo se ve más redondo. Papá y mamá salieron y nos pusieron un colchón al lado del otro: parece grande como el de ellos. Nos dejan ver la tele hasta tarde si y solo si nos portamos bien.

Gerardo eligió un programa a su antojo. Como soy más chica siempre se sale con la suya. Mira una pelea: masas de músculos se dan trompadas, se destrozan a golpes. Me da miedo y él aprovecha

para divertirse a mi costa. Se planta delante de mí y hace muecas: con una mano se estira la mejilla, con la otra se empina la nariz, saca la lengua y me ataca. Si me escondo bajo las sábanas, apaga la luz y salta para tragarme. Si trato de escapar, me cierra la salida. Le grito, le pego, lo empujo, hasta que logro zafarme y corro hacia la puerta de calle. Corro hacia más allá, hacia cualquier parte.

La oscuridad de los potreros no me asusta. Llego hasta el cementerio sin que me alcancen los fantasmas. Cruzo y golpeo una puerta. Un par de brazos me alza. Ahora que recuerdo lo que acabo de hacer, me tiemblan las piernas. Los mayores me festejan y sonrío, segura, bien alto entre sus brazos. Revoloteo como la mariposa de mi globo, sin parar.

Te embromé, te requete embromé, a peten sen den. Te dejé solo y el que se va a morir de miedo sos vos. Te va a dar un ataque de asma.

Buenas noches / que descanses / gracias / igualmente / de nada / buenas noches. Nadie va a seguirte el ver sito porque me voy a dormir con ellos.

Gerardo molestando a la hermanita, Gerardito alzándola sobre los hombros, Nora resentida porque le tiró del pelo, Norita riéndose porque le hace cosquillas.

¡Shh! ¡Silencio que nos van a retar!

Perro y gato se persiguen por el jardín, se esconden en la terraza, se vuelven a pelear.

Corto mano / corto fierro / cuando te mueras / te vas al infierno.

Muchos años después, en 1977, la casa es otra. Negro, los barrotes del balcón, mi jardín mutilado; gris, las persianas entornadas, sombras de árboles imaginarios; marrón, el piso que se desparrama por el departamento; blanco, el marco de la puerta, nuestro último escenario.

Fijate por la ventana si me siguen, decís, sosteniendo las palabras del borde para quitarles peso.

¿Qué gano con mirar? En plena dictadura y vos jugando a las escondidas con el cuco.

Te enojás y te vas. Salgo a mirar si te siguen. No veo a nadie.

Tampoco a vos te vuelvo a ver.

Gerardo

> Si es preciso, en Argentina deberán morir
> todas las personas necesarias para lograr
> la seguridad del país.
>
> General Jorge Rafael Videla, 10 de octubre de 1975.

Hoy la vi en Plaza Dorrego. Entre palomas, bailarines de tango y bandoneones, músicos de metal forjados con tenedores y cucharas, vitrolas, monedas antiguas, sábanas bordadas por tatarabuelas, estampillas antiguas y turistas. Junto al aljibe salpicado de cuadritos con consejos para padres, rodeada de sus inevitables flores de papel, está sentada con sus sandalias y su sombrero de pétalos rojos, lilas, amarillos, azules, verdes. Los matices de sus ochenta años posados en el centro mismo del domingo.

Si no me decís que son lindas, tenés que pagar peaje, amenaza a un público goloso de ternuras que le saca fotos como a una diva.

Cuando era maestra no me gustaban los directores, los inspectores, los boletines, los timbres, la institución. Me revelaba contra la pacatería, contra el sistema.

Despliega su amplia sonrisa, se arregla el pelo corto, y sigue: Ahora me pongo un sombrero con flores para que me acepten, aunque sea como a una excéntrica, y eso te muestra la banalidad de esta sociedad.

En sus clases de geografía no colgaba los mapas. Los ponía en el piso y todo el grado caminaba encima. Nos íbamos a Europa, nos abrigábamos para el polo, nos tirábamos al sol en Brasil. Esos pibes conocieron el planeta conmigo.

Maestra y dulce dama indigna: sus flores, nos previene, sirven para seducir a los hombres. Se la regalás al que te atrae y te sentás a esperar. No falla.

Así fue que conquistó a su amante, porque es soltera. Eso se lo cuenta solo a privilegiados que, como yo, llegan hasta su casa sin pagar peaje. En su dormitorio, entre las ramas curvilíneas de sus volubles arreglos florales, distingo la foto de su amado, cuya nariz afilada asoma, airosa, bajo el inefable gorro militar: el mismísimo excomandante general Jorge Rafael Videla. Frente a esa imagen ya no conversa ni bromea, le importa dejar sentada su verdad.

Me ofreció puestos, pero los rechacé. No soy oportunista como esas locas de la Plaza que andan reclamando por ahí. Quieren hacerse famosas a costa de unos pocos subversivos. No fueron tantos, y además, eran todos guerrilleros.

Ella lo sabe a ciencia cierta por boca del comandante, a quien amó durante veinticinco tersos y gloriosos años.

Él no sabía nada de los asesinatos, fue traicionado por sus pares. Me lo dijo cuando lo fui a ver a la cárcel.

Los veo abrazados entre sábanas bordadas, el gorro militar blanco y puro como sus ideas sobre la mesita de luz, aquella madrugada en la que a Gerardo lo arrancan de la cama por subversivo.

> No es, en esencia, un hombre político. Seguramente por ello imprimirá a su gestión un estilo similar al que utiliza en la conducción del Ejército, caracterizado por el *low profile*, por una línea contenida, más inspirada por la mesura que por el apresuramiento.
> La Opinión, 19 de marzo de 1976

Hacemos nuestros operativos entre la una y las cuatro de la mañana, hora en que el subversivo duerme.

General Acdel Vilas

Gerardo compite en la carrera de postas de primer grado. El público aplaude. Preparados, listos ¡Yaaa!

Gerardito corre entre los más rápidos. De golpe se para y gira la cabeza ciento ochenta grados. Sonríe y saluda con la mano: está mamá. Sigue a toda velocidad y llega último. Se larga a llorar.

Gerardo va a primer año de la secundaria y todavía no usa pantalón largo. El nene está adelantado un año.

Gerardito quiere ser director de orquesta y sus padres lo convencen de todo lo contrario.

Gerardito hace travesuras y siempre lo pescan. Gerardo es inteligente pero no estudia.

Gerardo cambia de colegio porque lo echan. Tiene más amonestaciones que pelos en la cabeza.

Gerardo se opera una rodilla para salvarse del servicio militar. Gerardo estudia pero no trabaja.

Gerardo saca la cara en las asambleas, maldita universidad. Gerardito tiene novia y la trae a dormir a casa.

Gerardo redacta volantes en la máquina de escribir de papá. Gerardito es divertido, ingenioso, amistoso y audaz.

Gerardo escribe demasiado:

> Tenemos en el país una orquesta compuesta por:
> Gran Orquestador: el Señor Burgués.
> Director: Juan Carlos Represor.

> Intérpretes: obreros y campesinos, con la actuación especial de algunos pequeño-burgueses. Esta música, compuesta en Buenos Aires City, se divide en tres tiempos:
> económico (imperialismo vivace),
> social (andante en cana o estado de sitio con molto)
> y político (fuga en futuro fraude mayor).

Gerardo está fichado. No viene a dormir a casa.

Gerardo apoya la violencia de abajo y desafía la violencia de arriba.

Gerardo teme porque lo siguen.

Gerardo insiste:

> Es como tomar conciencia, como verse repentinamente no perenne, como si te afanaran un cacho de vos mismo así, socarrona, sobradamente y te dijeran: Quédate musa, pibe, insinuándote que al fin y al cabo, quieras o no, te seguirán afanando —poco a poco, es cierto— hasta que no queden más que tus cenizas.

No se sabe si Gerardo mató o secuestró a alguien.

Se sabe que a Gerardo lo secuestran y lo matan.

No quedan ni siquiera sus cenizas.

Nunca más tuve noticias de él.

Nora Strejilevich, Nunca Más

Milicos / muy mal paridos / qué es lo que han hecho con los desaparecidos…

Legiones de cánticos, rimas, quejas y reclamos inundan las calles del 84, que estrenan la democracia. Las tonadas dividen la oscuridad en infinitos planos sonoros.

No hubo errores / no hubo excesos / son todos asesinos los milicos del proceso…

Llenan el vacío: ese concepto que nunca me pudiste hacer entender. A vos, que tanto me hablabas de las líneas y los puntos en el espacio-tiempo, no puedo asignarte ni un plano, ni un vector, ni una tumba.

Veo la esquina donde se forma la marcha, pero antes de dar el primer paso te adelantas. Choco con tu nombre y nuestro apellido a lo largo de una desfachatada tela blanca. Tus letras negras me punzan la memoria y mis piernas siguen andando solas. Me quedo ahí, plantada frente a tu grito unidimensional.

Corto mano / corto fierro / cuando te mueras te vas al infierno.

Una culpa harapienta se enreda entre las rimas.

Las lágrimas te esquivan, te merodean. No puedo asomarme a la desmesura de la verdad sin un ventanal.

Busco perspectiva, un marco para sostener el agobio. La nada es tan difícil como el principio de incertidumbre.

Aparición con vida y castigo a los culpables…

No canto a coro, me da escalofrío. Callo y registro:

En un bosque / de la China / un milico se perdió / por qué no se pierden todos la puta que los parió…

Resuenan bombos y platillos. Te acompaña Graciela, esa noviecita etérea que, flotando al vaivén de su pelo lacio, solía aparecer en puntas de pie y en pijama por el pasillo. En ese instante tu estrategia para ocultar que dormían juntos en casa, planeada con tanto esmero, se desmoronaba. De ahí en más se aceleraba el abrupto final. El viejo te echaba de casa por una semana: exilio por desacato. Amenaza que en unas horas se diluía si prometías no traerla más.

Las mayúsculas de Graciela no son tímidas como en aquella época. Parece que el tiempo (iba a decir la vida) la hace desafiante y hasta intrépida. Son tan grandes como las tuyas. Ese apellido, entre voluptuoso y armónico, atrae más la atención que el tuyo: Barroca. Suena a arpegios, a pinceladas, a poesía. A destino trágicamente bello. Un apellido de primera: herencia militar.

El tuyo, en cambio, es de segunda: un interminable apellido judío, de esos trabalenguas que a los locales les exaspera pronunciar. Una marca de diferencia, en todo caso, y no de las mejores. Con una carga de patetismo que brota ante cualquier vendaval.

Con razón los del Comando, mientras la esperan en el comedor de su casa, se muestran tan irritados con el exmarino Barroca:

¿Cómo deja que su hija se meta con un judío?

Premisa errada: no la había dejado. Todo había sucedido sin su permiso, igual que este allanamiento. Ya sus palabras no eran órdenes para nadie, estaba acabado. Ni siquiera le sirvió su olfato militar para detectar que el comando que rodeaba su casa no era guerrillero.

¡Si no abre volamos la casa con dinamita!

Saben que el dueño es un suboficial retirado de la Armada, por

eso, con todo respeto, le ordenan salir con las manos en alto.

Luego de abrir la puerta de calle y de pedirles a esos hombres que se identificaran, con resultado negativo, no tuvimos más remedio que salir con las manos en alto. Entonces pude ver que estaban rotas las ventanas de atrás. Amén de los primeros destrozos, el frente había sido dinamitado, y amenazaron con proceder a volarlo todo si la familia no salía.

El caniche en brazos: la pelambre erizada, con taquicardia. A cubrir la jaula de la lora con una manta, para que no chille. Cae la noche cuando la presa se asoma a la puerta de calle.

Los sujetos vestían todos de civil, eran ocho y tenían muchas armas automáticas, granadas y esposas. Me vendaron los ojos al igual que a mi hija menor, nos distribuyeron en distintas piezas y procedieron a un interrogatorio exhaustivo sobre la vida de toda la familia. Buscaban en nuestra casa, que presumían refugio de terroristas, a nuestra hija Graciela. A las diez de la noche volvió de lo de una compañera donde había estado preparando un examen. A eso de la una de la madrugada, tras revisar a fondo toda la casa, el responsable del operativo se acercó a mi marido para informarle que se la llevaban para ser interrogada por un capitán. Que no se había encontrado nada, pero que Graciela pertenecía a la Juventud Universitaria Peronista. ¡Si la JUP fue creación de un ideólogo del Ejército, Juan Domingo Perón! ¿De qué podían acusarla?

Un enjambre de ametralladoras la acompaña al Ford Falcon sin chapas. A la familia se le sugiere que no haga denuncias que afectarían la reputación del suboficial. En unos días todo volverá a la normalidad. Claro que en esas diligencias suceden a veces accidentes indeseados, totalmente impredecibles y ajenos a la voluntad de los empleados.

Mi marido presentó babeas corpus, denunció el secuestro en

la comisaría (donde se le informó que mediaba una orden del Ejército de no intervenir), concurrió decenas de veces al Ministerio del Interior y dejó de hacerlo porque siente que lo tratan como a un chico.

> Caso 754: No está probado que Graciela Barroca fuera privada de su libertad el 15 de julio de 1977, en su domicilio de la calle… de la provincia de Buenos Aires.
> Ningún testigo afirmó haber visto el procedimiento, o a la causante en algún centro de detención. Solo se cuenta con lo que surge del relato efectuado al iniciar el expediente caratulado «Barroca interponer recurso de *habeas corpus*», lo que no parece apuntalado por ninguna otra probanza.
>
> *La sentencia*

Tu apellido, Gerardo, parece ocupar más y más espacio. Ese espacio en expansión que no se puede ordenar sin generar entropía, dirías. Recién ahora lo entiendo: los militares aumentan el desorden del universo a fuerza de controlar el caos. Controlar el caos es un método sistemático que se practica con la doctrina en la mano: se seleccionan disidentes y se los extirpa del tejido social. Medicina preventiva. A mí también me la aplican, y no les va nada mal.

> Ese día, el 16 de julio de 1977, luego de revisar toda la casa, secuestrar algunos libros y papeles… se llevan a Nora.
>
> *Nunca Más*

El recorrido entre mi barrio y el Club Atlético dura un cuarto de hora, en día sábado, cuando el tránsito afloja. Se hace rápido porque el conductor, campeón en cortejos de encapuchados, acelera a unos
150 km
/hora. Cuando el auto penetra la tierra sé que llegamos a destino. Estaciona en el único círculo helado del infierno.

¿La pequeña se portó mal? ¡Venga que le vamos a hacer chas chas en la cola! ¡Desnúdate, pendeja!

Es todo tan veloz que ni recuerdo cómo o dónde me saco la

ropa, y eso que no es costumbre mía hacerlo en público. Lo hago sin ayuda de nadie y a toda velocidad, pero igual me regañan a culatazos.

La ventaja de no ver es que permite ignorar la presencia de los otros. A no ser que hablen. Y estos hablan. Mejor dicho: ordenan.

Acostate boca arriba.

En una mesa metálica, fría. Me amarran.

Hombres de braguetas ágiles

No me amarran pero me meten en un auto, cuatro hombres armados. Como estoy embarazada, cuando me vienen a buscar creo que es para ir al hospital, ya que a las presas las atienden en la maternidad en esos casos. Pero los que me buscan están vestidos de civil y, cuando les piden identificación, bajan la voz. En el camino no doblan en dirección al hospital: siguen de largo y desembocan en un cruce. Veo un carro de policía y varios patrulleros. Me hacen subir, y ahí me encuentro con presos que van a ser trasladados. Me doy cuenta que estoy en la máxima ilegalidad. El viaje parece tan largo… posiblemente haya sido muy corto, pero como decía Cortázar, el tiempo se hace trizas entre las manos. Es tan incómodo que yo, con un embarazo de ocho meses y dos semanas, empiezo a descomponerme. Los presos golpean y los policías paran. Al acercarse me dicen: en realidad no sabemos quién es usted.

¿Cómo vivir entre gente que no sabe quién es una, en recodos ciegos que no figuran en el mapa? ¿Entre hombres que, sin mayores inconvenientes, se ganan su pan de cada día preguntando cómo te gusta, por delante o por detrás? Hombres de braguetas ágiles: las abren y las cierran con maestría gracias a un entrenamiento sin tregua. Una forma varonil de vencer al enemigo. Yo, crucificada, manos y pies atados sobre una mesa helada. Ellos, en pie de guerra: Vamos calentona, deschavate. Que cómo, que cuándo, que dónde fue la primera vez.

> A esa chica, cuando la secuestraron, le preguntaron qué tortura prefería, la picana o que la violaran. Primero eligió la picana, pero luego pidió que la violaran.

Al día siguiente, un guardia le preguntó:
—¿Qué te pasó anoche?
—Me violaron, señor.
—¡Pelotuda! (una cachetada), ¡a vos aquí nadie te hizo nada! ¿Entendiste?
—Sí, señor.
—¿Qué te pasó anoche?
—Nada, señor.

Ana María Careaga*, Nunca Más.*

¿No te acordás de nada? ¿Era de pie o acostados? ¿Por delante o por detrás? ¿Se enteraron tus papás?, machacan los preguntones.

Me dijeron che, no vas a querer que se entere tu marido. Yo pensaba: él va a tener que escuchar. Pero no, no escuchó nada. Me tiraron en la cama, yo amordazada. Quería gritar y ya no podía. Pensé: ojalá me muera.

La única manera de salir de eso es la muerte, me decía. Ellos tienen todo el tiempo del mundo, y uno siente que la muerte es la única manera de dejar de sufrir eso que nunca termina de pasar.

Y las voces siguen, implacables en su curiosidad: ¿Cómo pasó: de día o de noche?

Todo pasó a plena luz del día. A la vuelta de la escuela entro al ascensor con un desconocido. Es gordo y me acorrala entre su barriga y el espejo. ¿Cuántos años tenés?, me susurra entre dientes mientras arrima su gordura blanda a mi cuerpo. Una mano ansiosa me roza, se apura por los pliegues del guardapolvo, me pellizca, me arrincona. Huelo un olor azul. Un guante me tapa la boca. Una voz me promete placeres que no comprendo. En el tercer piso lo empujo, abro la puerta y salgo corriendo. El olor azul se queda ahí.

Me libero de una cárcel para encadenarme a otra. Tengo miedo de salir y miedo de quedarme, miedo de moverme, miedo de tener miedo. Mañana vendrá a la escuela. Mañana no debe llegar. Me recluyo en el presente, entre las paredes del departamento, espiando el tiempo amenazante de la calle. Pibas, jóvenes, mujeres, caminan solas por la vereda. A la vuelta de la esquina algo les

pasará y después sus ventanas parirán barrotes.

Esta obsesión no me abandona. Interminables días, meses. Interminable año de observar cuerpos deslizarse por la calle con su pesada carga sexual. Voy a la escuela de la mano de papá. Desnudo a la maestra y la veo ridícula, el pubis canoso y los pechos fláccidos. En la hora de historia imagino ejércitos de violadores, en la de geografía continentes de carne, montañas como esa barriga.

No sé si por cansancio, hastío o debilidad, un día salí a la calle de la mano de mi primer amor. Olvidé las pesadillas de un invierno y un verano solitarios. De repente éramos dos, mi cuerpo un nuevo territorio con cada caricia. El lenguaje brotaba con palabras desconocidas para mis sentidos. Era mujer y lo deseaba.

Nuestra pasión, Gabriel, es un arrebato apenas controlado por mi pudor, una mezcla de poesías escritas en hojas de cuaderno, de ojos cerrados o entornados, de bocas susurrando mañanas. Soy tu musa y recibo tus ofrendas bajo la lluvia otoñal, como señal de armisticio tras nuestras peleas. La reconciliación se cierra con un beso y la caza del atardecer, con cantos a dos voces por las vías del tren que mueren en La Boca. La Boca para caminar, La Boca para reír, La Boca para estar con vos. Compones música para mí y para vos solo compongo una carta. No sé cómo o por qué se esfuma el encanto, un día me abrazás y sos otro. O soy otra: no quiero ser musa de nadie. Pido palabras prestadas para decirte adiós.

Adiós mundo cruel

Adiós sesión. Me arrastran a una celda, para que recapacite. El guardia es ahora una voz suave, íntima, paternal.

Tranquilízate, nena, relájate. Una voz que se aleja cantando:

> *Adiós mundo cruel / ya nunca te veré / yo diré que no te conocí / pero todos ya comprenderán / qué magnífico es / dejar este mundo cruel / adiós adiós…*

Si tuviera paladar, lengua, o labios, sonreiría. Mentira, no podría. Un aullido de muerte me ocupa el cuerpo.

Sos bosta, no existís, acota otra voz. El dolor lo abarca todo. La irrealidad del mundo se instala entre las encías y las muelas. Más allá, nada existe.

> Horrendos los electrodos en los dientes… parece que un trueno te hace volar la cabeza en pedazos… un delgado cordón con pequeñas bolitas… cada bolita era un electrodo y cuando funcionaba parecía que mil cristales se rompían, se astillaban en el interior de uno y se desplazaban por el cuerpo hiriéndolo todo… no podía uno ni gritar, ni gemir, ni moverse. Un temblor convulsivo que, de no estar atado, lo empujaría a uno a la posición fetal.
>
> *Nunca Más*

Estoy temblando, me castañetean los dientes, todo me duele más. Quiero ver dónde estoy, me bajo la venda y por primera vez abro los ojos. No sirve de mucho. La oscuridad lo abarca todo. Apenas entro sentada, es como un ropero. Estoy aquí para pensar.

La mente en blanco. Ni siquiera pienso en la muerte. Entre mis pensamientos y yo, esta puerta de metal compacto. Que recapacite. No se me ocurre nada, se me agotaron los verbos.

Nombres, nombres y más nombres. Y música de fondo, que se escurre por la tonada del carcelero: un hervidero dos como gemidos, de llantos como gritos, de gritos como alaridos, de alaridos como gemidos, como un volcán de angustia, como nada que se pueda comparar con nada. Nada que decir, nada que acotar. Un dolor agudo como puntada en el espesor de los músculos, en las entrañas, en los huesos. Si el cuerpo no se desmembra es porque lo atraviesan miles de agujas. Música. Descargas y música para tapar las descargas. Un contrapunto impecable.

> Nora Strejilevich (legajo 2535) estaba terminando de preparar su equipaje para el viaje que debía emprender a Israel, cuando un grupo de personas penetró en su domicilio.
>
> *Nunca Más*

Un contrapunto de lamentos se arrastra desde lejos. Por la cocina, que da al templo, se abren paso armonías en una lengua misteriosa que acompasa nuestros sábados. Nunca piso la sinagoga, me basta con vivir en esta caja de música a cuyo son descuelgo mi ropa. Música de lamentos callados, acallados, calados.

¿Qué gritabas en judío en la calle?

Mi apellido.

Vas a ver cómo se te acaban las ganas de tomarnos el pelo, rusita.

> A los judíos los sacaban todos los días para apalearlos y pegarles. Un día llevaron una grabación de discursos de Hitler y les obligaron a levantar la mano y a decir: Yo amo a Hitler. *Hai Hai Fuhrer*. Con eso se reían y les sacaban la ropa para pintarles una cruz esvástica negra con pintura de aerosol en el cuerpo.
>
> CONADEP

Me atan de pies y manos. Crucificada. No hay peros, me duele, déjenme tranquila. Soy un cronómetro, quizás humano.

Aunque no sepas nada la vas a pagar por moishe.

> Me aseguraron que el «problema de la subversión» era el que más les preocupaba, pero el «problema judío» le seguía en importancia y estaban archivando información. Me amenazaron por haber dicho palabras en judío en la calle (mi apellido) y por ser una *moishe* de mierda, con la que harían jabón… el interrogatorio lo centraron en cuestiones judías. Me preguntaban los nombres de las personas que iban a viajar a Israel conmigo. Uno de ellos sabía hebreo, o al menos algunas palabras que ubicaba adecuadamente en la oración. Procuraba saber si había entrenamiento militar en los *kibbutzim* (granjas colectivas), pedían descripción física de los organizadores de los planes como aquel en el que yo estaba (Sherut Laam), descripción del edificio de la Agencia Judía (que conocía a la perfección).
>
> Nora Strejilevich*, Nunca Más.*

Conocen a la perfección el edificio de la Agencia Judía. Uno de ellos me refresca la memoria: Adelante esta la escalera, arriba la oficina de atención al público. ¿Te acordás ahora?

Como me niego a recordar al que me atendió, me lo describe con lujo de detalles.

¿Quién es este que sabe tanto? Y si sabe tanto ¿para qué pregunta?

> En los centros clandestinos en los que actuó, el Turco Julián se paseaba mostrando un llavero con la cruz esvástica, tenía especial ensañamiento con los detenidos judíos, y les llevaba a los presos literatura nazi para que leyeran.
>
> *La Nación,* 2 de mayo de 1995

Ustedes son judíos pero son buenos, le había dicho a mamá la vecina de enfrente. Ellos eran alemanes y según mis padres,

SS.
Refugiados en Sudamérica tras la Segunda Guerra Mundial. Mis abuelos, en cambio, son rusos y polacos que llegan a la Argentina para 1910. Año de pomposos emblemas: paz, unión, integración. Es el centenario de la Revolución de Mayo, año generoso en conmemoraciones e himnos a la patria. La confianza en nuestra predestinación a la grandeza es eufórica, el crisol de razas, un hecho.

Miles de ojos miran hacia América desde las estepas y las montañas de Europa. Miles de oídos auscultan el horizonte dorado y prometedor de la pampa. Superponen un paisaje de pogromos, migraciones y destrucción a este paisaje bucólico que solo exige trabajo. Muchos vienen. Anclan en Buenos Aires. En sus playas de barro depositan baúles y bultos. Amarran sus carros y barcos. Enarbolan sus veinte o cincuenta años de vida anudados en ropa, recuerdos y candelabros.

¿Convivieron con las olas por sesenta días y sesenta noches? ¿Fueron a parar al Hotel de Inmigrantes, con sus hermanos de barco? ¿O remontaron esa misma noche el río Uruguay hasta Entre Ríos? Recién entonces se percatan de sus deberes: transformarse en dioses. Hacer brotar cultivos sin herramientas, vivir sin techo. Casi. Hay carpas de lona y el horizonte salvaje cubierto de pastizales. Quién sabe las historias que allí se tejen. Al calor del sol y del nuevo ritual construyen hornos, cavan pozos, trazan surcos, trillan, cuidan arados y ven crecer el trigo como una vasta sábana verde. No hay mucho: unos pocos rastrillos, palas y muchas manos que aprenden la tierra. La desolación se oculta con cortinas de teatro, festejos, rezos y melodías románticas de países remotos. No logran con eso paliar sequías, langostas, heladas e inundaciones. Al abuelo Isidoro no le atraen ni el campo, ni las bambalinas, ni las plagas naturales. Hace rancho aparte, se muda a la capital. Se alquilan piezas, anuncia por todas partes Buenos Aires.

Son muy parcos

Una mísera pieza para esconderse. En el Buenos Aires del 77 no se alquilan habitaciones para jóvenes militantes.

Sálvese quien pueda. Y el lugar de trabajo de Gerardo, sin ir más lejos, no ofrece demasiadas seguridades: secuestran a varios científicos sin que su director sienta necesidad de mencionarlo. El director es un contraalmirante y los contraalmirantes suelen ser muy parcos.

> Entre octubre de 1976 y setiembre de 1978 catorce físicos, ingenieros y otros empleados de la Comisión de Energía Atómica, ejemplar en el continente, «desaparecieron» en manos de las fuerzas de seguridad.
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

> *Muchas veces me preguntaban, en esas reuniones de padres que hacíamos, qué pensaba del destino de nuestros hijos. Como eran científicos, había quienes los hacían en la Patagonia, trabajando en un laboratorio, qué sé yo. Y me veía en figurillas porque no me animaba a mentir, y tampoco me animaba a decir lo que pensaba: que no había centros de investigación clandestinos.*

Gerardo, átomo del éxodo de militantes a la clandestinidad. Isidoro, átomo del éxodo de inmigrantes a la gran ciudad. Te instalás en Once, en el mismo edificio que ocupamos tus nietos sesenta años después. ¿Orean sus colchones en los zaguanes?

¿Comen pan *koilech, plétzalej, béigalej*? ¿Hablan idish, ese idioma dulce horneado en música? ¿O una mezcla de idish con una

pizca de sabor local? Quién sabe. Un día cualquiera se mueren y entierran sus haches aspiradas y sus jotas tajantes bajo lápidas en hebreo que nunca vi.

¿Es cierto, abuelito, que vas a vender telas en carreta? ¿Que llegás al Paraguay? ¿Que te metés por los bosques salvajes del sur, en Carmen de Patagones, para hacer trueque con los indios? ¿Qué te dan por esas telas de colores vivos y ondulantes? Dicen que ganás mucho dinero y enseguida lo perdés, que armás negocios y así de rápido los deshacés. ¿Te falta paciencia, o sobran estafadores?

La familia sufre tus altibajos en carne propia. Pasa del conventillo al caserón, cambia ropa de fiesta por overol. Papá y José, el mayor, salen a vender estampitas a las ferias hasta que una racha de suerte los devuelva al colegio privado: el Cangallo Schule. ¡A un general argentino le llegó ahí mismo su vocación militar! Y a papi la de no volver a hablar alemán después de la guerra. Con lo bien que recitaba a Goethe…

¿Colegio alemán? ¿No van a escuelas judías?

No, nena. Los abuelos dejaron sus tradiciones en los barcos. Rescatan apenas la costumbre de rasgarse la ropa cuando muere un ser querido, prender las velas en *shabat*, ayunar en *Iom Kipur* y cambiar ese día toda la vajilla. Lo demás pasa al olvido, como el samovar y el terrón de azúcar en la boca al tomar el té. Aquí toman mate y hasta comen jamón. El secreto de la asimilación es no mirar hacia atrás. Dar media vuelta es condenarse, como la mujer de Lot, al castigo divino. Peregrinos del porvenir, su meta es dar a luz sangre argentina. En América no cuenta la religión. Lo que importa es darles a los jóvenes una buena educación laica, con dos pilares: justicia y libertad. A Dios se lo puede olvidar, pero no que fuimos esclavos en Egipto.

Con estos materiales se construye una nueva camada de profesionales. Los médicos, los arquitectos, los abogados, los intelectuales, conservan un leve recuerdo de su origen. Los nietos, un eco remoto y algunas fotos sepia de viejos barbudos, sombrero en hongo y capote negro, de viejas corpulentas con miradas perdidas, vestido largo y rodete.

Nosotros, los nietos, apenas entendemos qué es ser judío. ¿Una religión? ¿Una forma de vida? ¿Una raza? ¿Una identidad?

Ser judío es ante todo ser visto como tal. Pero entonces no lo

sabíamos.

> Le repitieron (en el Club Atlético) si tenía algún amigo judío, que les interesaba, que querían cualquier dato, si conocía a algún comerciante judío al que le tuviera bronca o a alguien que fuera de esa religión.
>
> CONADEP

No sé si lo que escucho son balbuceos, una voz que me interroga en sánscrito, o una música compuesta para aturdir, marear, asquear. Un concierto atonal con letra descabellada, con ritmos espasmódicos y estridentes. La voz se acompaña de una extraña percusión que cae, abrupta, sobre mi piel. No son golpes sino toques de algo que ni pincha ni quema ni sacude ni hiere ni taladra pero quema y taladra y pincha y hiere y sacude. Mata. Ese zumbido, esa zozobra, la precaria fracción de segundo que precede a la descarga, el odio a esa punta que al contacto con la piel se enloquece y vibra y duele y corta y clava y destroza cerebro dientes encías oídos pechos párpados ovarios uñas plantas de pie. La cabeza los oídos los dientes la vagina el cuero cabelludo los poros de la piel huelen a quemado.

Media vuelta: a ver, una tocadita eléctrica en el culito, y se ríen.

¿Te das cuenta que estás muerta desde que caíste aquí? ¡Cantá!

Mi nombre de guerra de los perros los amigos los montos mi hermano mis primos mi vecino los nombres de todos de más de muchísimos más. Luz blanca, boca seca, temblor. Bramo con tendones, con músculos, con sangre, palabras guturales, consonantes y vocales que le bajen el volumen la próxima descarga el voltaje del miedo inventar más veloz quieren nombres el cerebro no responde.

¡Soy un hijo de puta! ¡Me pagan para que sea un verdugo hijo de puta!

No les daré a estos caballeros el gusto de llorar. Para qué. Las lágrimas no abren candados, decía la abuela.

Una vez sentí llorar a una persona. Vino uno al que le decían Kung Fu, la sacó de la celda, la llevó a la sala de torturas y

escuchamos los gritos de la persona mientras era torturada. Al traerla de nuevo a la celda escuchamos que le decía ¿no vas a llorar más?, no señor.

Las lágrimas no abren candados

No llores… Si no lloro ¿me parezco a vos?

Quiero ser como vos, la protagonista de aventuras. Una mujer independiente, testaruda y vivaz. Y no quiero casarme si el matrimonio es esa especie de naufragio del que preferís no hablar.

Cuelgan hilachas de tu historia: guardo apenas una leyenda hilvanada entre tus relatos y mi memoria, entre tus fantasías y mis sueños.

Allá por el 1900, en Varsovia, la hija mayor de una enorme familia se ocupa de los negocios paternos. El viejo, cansado de tantos años de trabajo en la recolección de frutas, le delega responsabilidades.

Menuda, vivaracha, dos puestas de sol trenzadas enmarcando el rostro eslavo, Kaila sale a recorrer montes y estepas para controlar las siembras y conseguir clientes. Habituada a la intemperie, a travesías por la nieve, al lento vaivén de los barcos, trenes, carretas y caballos, vive ajena a los techos ciudadanos.

Un día, al volver de un largo viaje, descubre que en el aire tibio de su propia casa le han congelado el futuro. Debe casarse. Se niega. Trata de rebelarse: llora por tres días y tres noches, pero su padre no está dispuesto a cobijar a una hija solterona. La encierran en la piecita del fondo, para que recapacite. Como las lágrimas no abren candados, debe soportar la custodia de las paredes. Los candidatos, no tanto atraídos por la dote como por la belleza de esta mujer de ojos marinos con olas en la mirada, dunas en los pómulos y capullos en la boca, entran a diario a pedir su mano. No hacen más que acentuar su resentimiento. Son rechazados.

A la empecinada señorita, casi treintañera, le hace gracia que un apuesto joven de dieciocho años golpee a su puerta. Lo rechaza, como a los otros, sin poder ocultar cierta sorpresa. A las pocas horas le llega un rumor: el muchachito amenaza con suicidarse si ella no

le da su mano. Mi abuela no piensa darle el brazo a torcer a un chiquilín malcriado, pero su padre le advierte:

No te quedarás en esta casa si no lo aceptás por esposo.

Anonadada, sin una sola voz de apoyo, cansada de tanta amenaza, de tanta puerta con llave, se resigna. Le da el sí al joven, el no a sí misma. A partir de entonces no deja de suspirar por el paraíso perdido de su libertad. El que viaja ahora es su marido, que decide cruzar el océano para explorar los tesoros escondidos en América.

Tienen su segunda hija cuando Mauricio parte rumbo a la Argentina. Una vez instalado en Buenos Aires, las puertas del exilio se abren para las tres. En lugar de paquetes, como antaño, Kaila carga con niñas que lloran, se pelean y le hacen intolerable una mudanza que ante todo ella detesta.

Paradójicamente, las únicas en disfrutar el Nuevo Mundo serán las mujeres. Mauricio muere al poco tiempo. Deja en manos de su esposa el luto, el negocio de telas, y cuatro bocas que alimentar. La peor herencia es el negocio. Machista acérrimo, le ocultó a Kaila los pormenores de la empresa y ella no sabe cómo manejarla. Desorientada, ignorante de las leyes y de la lengua, opta por vender. La estafan. Con lo que le queda instala una fiambrería que atiende con las hijas mayores. La menor puede estudiar. En cuanto las mayores se casan, baja la cortina metálica del almacén y se enclaustra en el fondo de su hogar, entre begonias y recuerdos. Queda libre, al fin, para convivir con su realidad: los treinta años en su Polonia natal.

La veo amasar su pasado en la estrecha cocina de madera que da al patio solitario. Ahí me recibe y me cuenta historias. La miro entre mordisco y mordisco del *gefilte fish*, entre sorbo y sorbo de la sopa de *farfalaj*. Siento el cosquilleo de su nostalgia en su lento balanceo al amasar, en sus párpados entornados, y en su voz que refunfuña: si sabía no venía.

Esa condena

Por años y años te quejás de esa condena llamada vida matrimonial. Pero disimulás tu mal humor con melodías, tonadas y canciones. Un ronroneo de letras mientras lavás, planchás, cocinás, una lírica a contrapelo de tu estilo conciso y meticuloso.

> *Qué importa saber quién soy / ni de dónde vengo ni pa'dónde*
> *voy se confunde con sola, fané y descangayada / la vi esta madrugada salir del cabaret, en un collage que se cierra con: Bésame otra vez / piensa que tal vez / no nos veremos más…*

… si estás de buen humor. Si estás de malas, preferís:

> *El mundo fue y será una porquería/ya lo sé / en el 510 y en el 2000 también, y la cara te hierve de rabia cuando sentenciás: Siglo XX cambalache / problemático y febril / el que no llora no mama / y el que no afana es un gil…*

Tango que por algo prohibieron los señores militares cuando tomaron la sartén por el mango/y el mango también.

Puede que cantar con voz rotunda y saltarina sea un modo de sacarle brillo a tu modesta rutina, que cumplís a regañadientes en tu jaula de oro. Papi te alivia con ocurrencias que saca de los bolsillos mientras se pasea ida y vuelta por el pasillo.

¡Te dije que te amaba, no que ibas a viajar en primera!

Ya no te causan gracia. Ni siquiera viajaste en primera para llegar a la Argentina. Te salvaste del tráfico de blancas que conspiraba entre Varsovia y Buenos Aires, pero te diluiste en una vida poco novelesca. Un pasado en los prostíbulos alimenta mejor la

imaginación que esa prudente serie de eventos a la que someramente aludís como mi historia. Empleada en un comercio de sombreros, enamorada en una fiesta de Año Nuevo, casada con un solo marido, madre de dos hijos. Tu vida es un irrelevante disco rayado, y para colmo, de 78 revoluciones: una antigüedad sin más valor que unas tenues capas de tiempo.

Por suerte hay gente que no se parece a su vida. Tu presencia es contundente, y en cuanto apareces en escena, uno duda de tu biografía. Ante todo: tu aspecto señorial no va con el delantal y los guantes de goma. Esbelta, rasgos finos, dedos delicados: un conjunto aristocrático. El desacuerdo entre personaje y atuendo se exacerba en cuanto tomás la palabra: tus opiniones levantan corrientes de aire. Sos a veces temeraria, a menudo impetuosa, siempre vehemente. Acostumbrada a hacerte oír, incluso a mandar. Además de ejercer un control riguroso sobre cada rincón del espacio familiar, tus neuronas se codean con exóticos personajes y anécdotas sabrosas que nos regalás a la hora de la leche: el circo al que ibas con el abuelo, donde representaban partes de Las mil y una noches en su versión rioplatense, con Sherezade vestida de china y cebando mate; la casa que mandó construir el tío David después de ganarse la lotería, con dos pisos exactamente iguales: uno para vivir y el otro de repuesto, cubierto con papel de diario para que no se arruine; las aventuras de Samuel, el muñeco maldito de orejas enormes y voz gangosa, dueño de coches destartalados que usa de camas en cinco o seis garajes de la ciudad. En uno de ellos debes haber estacionado la fantasía en julio de 1977.

> Hijas de puta, vienen a provocarnos aquí, bajo nuestras narices, y las dejamos. Todas son comunistas, madres de subversivos, y se atreven a venir a reclamar. Si me dejaran, limpiaría bien rápido la plaza con ráfagas de ametralladora. No volverían.
>
> *Un militar*

Ahora te toca viajar sola a una plaza con canteros de flores y un monumento en el centro. Todos los jueves te acercás, entre tímida y desafiante, a caminar en círculo del brazo de otra mujer con el mismo pañal en la cabeza, la misma ausencia en una foto que las

hace girar y girar. Caminar y caminar, y al caminar encontrar tantas cosas.

Para mí la Plaza representa el encuentro con nuestros hijos. Entrar en la ronda es como algo sagrado, como una ceremonia que cada familiar vive a su modo. Hay un momento en que uno necesita estar callado y no escucha al que está al lado: es el momento de rememorar. Por otro lado, cada jueves te reencontrás con alguien que no habías visto, y en el abrazo que le das se transmite el recuerdo. Y además, se da el encuentro entre las madres. Ese río de emociones no es igual al de la vida cotidiana. La Plaza, sobre todo, es el lugar de denuncia más fuerte que hay: le molesta a la iglesia, le molesta a los políticos, le molesta a alguna gente que pasa por ahí y dice todavía acá estas viejas…

Junto a estas mismas viejas, las mismas botas de los guardias. ¡Circulen, circulen!, y ustedes obedecen a su manera y circulan, hacen su círculo de madres e hijos, tomados de la mano.

Siempre volvíamos, aunque la policía nos perseguía. Nos hacían un vallado y no nos permitían pasar. Al final todas queríamos ir a la comisaría, porque hacíamos escándalo. Nos parábamos enfrente cuando entraban dos, cinco, o veinte madres, y nos quedábamos hasta la madrugada haciendo turnos. Las madres presas se quedaban, en general, un par de días, después las soltaban. Una vez, cuando llegamos a la Plaza, vimos que estaba toda la caballería. Pasé entre dos caballos encabritados, porque los manejan para que se enerven, a propósito. Yo tenía mucho miedo. Otra vez nos corrieron e intentamos refugiarnos en la Catedral. Cuando los curas vieron eso, nos cerraron las puertas. ¿Ustedes no tienen madre?, les gritábamos. Hebe siempre recuerda cómo nos vinieron a sacar de la Plaza con ametralladoras cargadas para la guerra, y cómo llegaron a pegar el grito de ¡Apunten!, y nosotras les respondimos: ¡Fuego!

—¡Fuego!

—¡No estoy muerto! ¡No estoy muerto!

Federico García Lorca
antes de su fusilamiento

¡Me van a matar! ¡Baaastaaa! ¡Me están matando!

¿¡Gerardo!? Es él. Es la voz de Gerardo. Esa certeza me paraliza, me da vértigo. No tengo tiempo para no reaccionar.

¡No sé nada! ¡Paren!

Su gemido me parte en dos, en miles de pedazos que no puedo contar. Es él, estará en otro cuarto, o será una grabación para hacerme hablar. Siguen los pinchazos, el voltaje parece más alto que nunca, me muerdo la lengua para no estallar.

Mirá, che, la misma cicatriz que el otro. ¡Ni que fuera etiqueta de fábrica!

La marca de una vacuna infectada en la espalda: la llevamos como un trofeo, porque nos identifica. Te tienen. Sí, estás acá.

¡Baaasstaaa! ¡Me están matando!

¡Te están matando! ¡No, no me claves ese grito! ¡Que no te maten!

Mi voz se quiebra en el cruce fugaz con la tuya. Al final hay silencio. Ya no te escucho. Ya no me siento.

> Durante el interrogatorio pude escuchar los gritos de mi hermano Gerardo, cuya voz pude distinguir perfectamente. Además, los torturadores se refirieron a una cicatriz que ambos —mi hermano y yo— tenemos en la espalda, lo que ratificó su presencia en ese lugar.
>
> Nora Strejilevich, *Nunca Más.*

Que confiese. Ahora menos que nunca. Y además ¿confesar qué?

Si no cantás sos boleta. Si no cantás te morís.

La frase resuena a secas, y se sostiene en el tufo de los alientos. De esa idea clara y distinta pende el hilo que es mi vida. La muerte como formulario. Boleta: un modesto papel con membrete que ni siquiera llegará a los diarios. Apenas pasará por las manos de los jefes que la juegan de cráneos.

> Estaban los cráneos que tomaban decisiones y no convivían con los detenidos. Tomar contacto con la realidad de darle la libertad o la muerte a una persona es una cosa muy cruel… nadie quería tomar contacto con el detenido.
>
> El Turco Julián. *Crónica*,
> 4 de mayo de 1995.

Tomar contacto con la realidad a través del diario es como consultar el horóscopo: los presagios dan para todo. Mamá lee en voz alta: Funcionarios acreditados aseguran, tras un estudio exhaustivo del tema desaparecidos, que se dará una respuesta filosófica.

Papá escucha con la bombilla del mate en la boca por hacer algo con la lengua, que se le descontrola.

¿No ofrecen más detalles?

No, tené paciencia.

¡Tengan paciencia!, nos decían. No podemos dar una solución inmediata. Pronto se les dará una respuesta. Vuelvan mañana.

> *La consigna que han cumplido al pie de la letra era: buen trato, amabilidad, no ilusionar con cosas concretas, dar la sensación de que se busca, de que se ocupan, mantener a la gente a la expectativa. Yo empecé a ver que nada de lo que hacía a nivel individual daba resultado, y entonces me incorporé a las Madres. Ya no se trataba de buscar al propio hijo, sino a todos. Con ellas se socializa la maternidad.*

¿Qué panfletos?

¿Por qué todos estos libros socialistas? ¿Qué panfletos editabas en tu casa? ¿Con quién vivías en el Tigre? ¡Habla!

¿Hablar de Roberto y sus locuras? ¿De sus compras de aparatos inservibles en remates? ¿De sus repentinos empeños de muebles para pagar deudas aún más sorpresivas? ¿De sus inventos para vender en ignotos países africanos? Como broche final: la imprenta propia. No hay forma de hacer parar a ese monstruo una vez que arranca: una máquina salvaje, maldita la hora en que la trajiste a casa. Imprime papeles en serie mientras vomita una tinta verde que nos salpica y hace reír a carcajadas. Sus desplantes, esos manchones impredecibles, echan a perder un esfuerzo de horas. Horas de redactar, editar, imprimir y armar una inefable Revista de filosofía que distribuimos y hasta compramos si escasean los clientes.

La palabra cliente no es azarosa. No lectores sino clientes. Roberto implanta su tono comercial, un juego que parte de una orilla, la ironía, y lentamente bracea hasta la otra, el buen negocio, con los más diversos estilos engarzados. Nadás entre el humor y el comercio minorista, pero te hundís a la hora de la verdad.

Buenos Aires, 21 de octubre de 1974
Estimada Nora:
Siento comunicarle que nuestra empresa reclama, en calidad de pago por el importe de su entrada al cine en la víspera, los siguientes servicios:

Citas de Hegel y Marx.....	4
Caricias en	9

el.....
Sonrisas.....16.....
Besos.....3.....
Total.....31.....

Le solicitamos tenga a bien abonar a la brevedad.

Firma un desconocido gerente de ventas que deja su dirección. Respondo imitando el tono, y estampo como al pasar mi número de teléfono. Por un año representamos el papel de novios: vos marcas mi número, yo espero tu llamado del Tigre, del centro, de los cinco puntos cardinales por los que transitas: el trabajo en el diario, la casa de tus padres, la universidad, los cafés, y un quinto punto en constante movimiento browniano. Para no perdernos a fuerza de desencuentros, optamos por vivir bajo el mismo techo. Así nace nuestro enjambre de sueños, encuentros y separaciones, comunicación y corto circuito eternos.

Nuestro departamento se moldea con nosotros y nos volvemos pareja: las paredes verde loro de los primeros días se blanquean y vemos nacer cuartos; de las cajas de madera brotan patas y tenemos sillas; caminos metálicos cortan montañas de libros y nace la biblioteca; el colchón se vuelve cama; llegan la heladera y el hábito de comer en casa, los sillones y la costumbre de recostarse a leer el diario. Mis cuadros y tus mapas, nuestras ocurrencias y manías, la vida cotidiana. Cuando nuestros pulsos diurnos están por confundirse, los nocturnos empiezan a sufrir de disritmia. Nuestros latidos aceleran a distintas velocidades a partir de las distantes caricias. La noche nos separa y nos desnuda en seres divididos que el día cose con puntadas invisibles. Hasta que las noches se alargan, como en invierno, y pintan de negro las paredes. Nuestra cómoda felicidad se vuela por la ventana en plácidas cuotas mensuales. Vendes el tocadiscos y se va la música que acompasaba nuestros silencios; se van también la mesa, el velador, las cortinas, el espejo. La casa es una extraña, como nosotros, el día que empacamos, resumiendo en dos valijas el contenido de nuestro precario romance.

Nos separamos sin esa pila de papeles que se acumula tras el divorcio. El portero puede entonces desquitarse. Harto de mascullar

señor y señora cuando él sabe bien, no sé cómo, que no estamos casados, deja caer, temerario, la palabra señorita cuando abandono el edificio. La subraya y me mira. La moral le irriga las mejillas. La boca se le enciende como un pimpollo.

Adiós, señorita.

Las buenas costumbres me condenan desde las alturas del hombre de bien. Hombre que se apresura a cumplir con su deber de ciudadano: avisarle a las Fuerzas de Seguridad que dos jóvenes sospechosos acaban de retirarse de su domicilio, donde han abandonado una imprenta seguramente utilizada con fines subversivos. Allanan el departamento.

¿Cómo pudimos mudarnos a un barrio plagado de gente del ejército? ¿Cómo pudimos no oler las sospechas que emanaban de las ventanas? En la Argentina del 77 todo joven era culpable, hasta que demostrase lo contrario. Olvidamos la premisa, y perdimos.

Después de un tiempo prudencial Roberto rescata lo que queda. Desde el puente ve el espectáculo habitual: chicos jugando en el césped bajo la sombra de tilos amarillos. Sube al cuarto piso. Puertas atrancadas, luces encendidas, muebles dados vuelta, saqueo total. Pisos levantados, montañas de libros, cuadros y mapas descuartizados, sillas quebradas. Los discos de los Beatles son astillas negras clavadas en una partitura feroz.

> *Le tiraron todos los discos en el piso y caminaron encima. El antecedente que tenían contra ese muchacho era que había sido becado en algún país peligroso. No se retiraron sin antes quebrar la puerta.*

Un ser humano también se quiebra. No como un vaso, pero casi. Las astillas de vidrio o de cristal se tiran, las de humanidad se reciclan en hombres y mujeres de flamante identidad. En este submundo de los desaparecidos pasa a menudo. El resucitado tiene las mismas huellas digitales, pero le han colocado un motor cero kilómetros, que anda a toda velocidad y arrasa con todo. No se sabe cómo, ni cuándo, alguien puede sufrir una ruptura tal. Se conocen los resultados: ahora nada en la banalidad del mal como pez en el agua, y si tiene remordimientos se sienta a esperar que se le pasen. A todo prisionero le preocupa quebrarse. ¿Hasta cuándo podré

aguantar? ¿Valdrá la pena resistir si otros cantan? Salirse de sí, sin embargo, no es tan fácil. Por eso mi consigna es: quedarme conmigo, siempre conmigo. No dejarme sola ni por casualidad. Andar pegadita a mi sombra, aunque no la vea. Lo logro gracias a una técnica que mata la memoria. La memoria debe coagularse y vivir su vida aparte, lejos de aquí, entre sus propios personajes y paisajes.

No acordarse de nada

No me acuerdo de los números de celda, del número de preso que tenía en la cárcel, de cómo era la celda… De la única cosa que me acuerdo es de una ventana, pero no si las camas eran de metal o de madera. Me acuerdo del inodoro de Sierra Chica y de la bóveda que era esa prisión. De la burra, un armario donde se guardaban las cosas, y de no mucho más. No me acuerdo del uniforme, salvo que era gris y azul, pero sí de una araña y del verso que yo decía: la soledad cayendo desde el techo como una inmensa araña. No me acuerdo de mucho más.

No acordarse de nada es la consigna. No me acuerdo ni de caras ni de asambleas, ni del humo ni del entusiasmo, ni de las consignas ni de los aplausos, ni de los amigos ni de los amantes ni de los vecinos.

Era tal la necesidad y la urgencia de olvidar situaciones, de olvidar compañeros, de olvidar rostros, que realmente los olvidé. Para nada ¿no? Porque finalmente, después de medio año de reclusión, vino un milico y me dijo que iba a quedar libre al día siguiente. Ahí es donde aprendí a odiar esa omnipotencia, porque la aprendí en carne propia. El último día de prisión me enteré de qué estaba acusado. La acusación era ser montonero, aseguraban que me habían secuestrado material subversivo de abajo de un colchón. Le dije que tenía que ser más que pelotudo para guardar material tan comprometedor debajo de un colchón, teniendo tal cantidad de cerros donde esconder algo así. El tipo se quedó pensando como tres minutos y me dijo: Sí, tenés razón, mañana quedas libre. Anotó mi nombre y se retiró.

Nombres, nom-bres, nommmmmbresss, n-o-m-b-r-e-s. Que cómo se llaman mis compañeros de la universidad, los amigos de mi hermano, la esposa de mi primo, los que viajan a Israel conmigo, es decir, sin mí. Nombres: Sutano y Mengano. Marco y Aurelio. Ya no sé qué inventar para salir del paso sin contradecirme. Por suerte tengo muy mala memoria y no me acuerdo de casi nadie. No me acuerdo, por ejemplo, de Patricia, alela, negrita, mi doble.

Sí, mi doble

Patricia, durante años nos pisamos los talones sin darnos cuenta. Cuando entrabas al teatro de sombras, yo salía y apenas nos cruzamos, cuando empezaba a estudiar música, vos terminabas. Eras amiga de un amigo de Gerardo; yo, de tu compañero. Teníamos la misma edad y casi la misma estatura, un aire de familia y ciertas líneas invisibles al andar que por fin se juntaron.

Sala de espera, dos sillas enfrentadas. Toman entrevistas para un viaje, esa sigilosa vía de escape del cuartel que es muestro país en el 77. Los militares no se interesan por nosotras, pero la atmósfera es irrespirable, los rumores hieden a muerte. Que cerca de casa se llevaron a una familia, que al bebé también, que a plena luz del día volvieron por el televisor y los muebles. Que vi un operativo, que tenían cortada la calle, que se oían gritos. Que al dueño de mi departamento lo vinieron a buscar.

Buenos Aires, 16 de julio de 1977. Día de nuestra partida a Israel del aeropuerto de Ezeiza. Buscás por todas partes: en el mostrador de Aerolíneas, en la sala de embarque, en el portón de salida, en los negocios, en los baños, en los pasillos, en los teléfonos públicos, en las salas de espera. Me hacés llamar por altoparlantes. Nada. Qué impuntualidad rayana en la locura, vociferas con más miedo que rabia. Cuando el avión despega se parte todo en dos. No llego, te vas. Ustedes vuelan, yo me hundo; ustedes aire, yo encierro; ustedes alas, yo cadenas.

Prefiero pensar que el avión carga mis utopías en tu valija, y así nos burlamos de la lógica simplista de los fusiles: me voy con vos aunque falte a nuestra cita. Esta treta la imagino en el país del no me acuerdo, en el Club Atlético, donde te pienso en secreto, no sabes cuánto. Con decirte que al aterrizar en Medio Oriente ya sos mi doble. Sí, mi doble. Tu misión es casi imposible: hacerte cargo de mis sueños sin dejar los tuyos.

La idea se me ocurre cuando me dejan sola por días que son noches y noches que siguen siendo noches. La oscuridad me revela que ya te conocía y me ayuda a distinguirte, adolescente, con nitidez. Estás cortando siluetas de cartulina en el teatro de sombras, el ceño fruncido, impaciente porque tus personajes se resisten a saltar a la vida. Siempre ansiosa por despertarlos, les hablás en silencio hasta que surgen con su personalidad y con sus voces. Te veo afanarte en la máscara de la diosa Inanna, que Gilgamesh —el rey de la épica sumeria— rechazará. Un soplo vital de cuatro mil años animará esas figuras cuyas sombras aparecerán proyectadas en la pantalla. El lamento de Gilgamesh ante la muerte de su amigo Enkidu, en plena juventud, cobra ahora otro cariz. La desesperación por esa pérdida, que resonó en la esquina de Posadas y Libertad donde se puso en escena, se hace sentir en el subsuelo del Club Atlético. Pero no quiero fijarme en el dolor sino en tu capacidad para revivir el pasado con tintas, tijeras y movimiento.

Por eso te elegí, Patricia, para que me resucites. Es hora de poner en práctica lo aprendido. El teatro será nuestra coartada. Yo la sombra, vos la mano. Y como a mi doble nada de lo mío le es ajeno, adivinarás mis sueños de sombra. Podré así salir de mi caverna y ver el sol, allá, en Jerusalén.

Mariposas nocturnas

Tienen mi libro Oh Jerusalén. Me leen párrafos. No tanto para mostrar que saben leer, sino para sondear mis relaciones con los terroristas del Irgún.

¡Pero el Irgún se acabó en el cuarenta y ocho!

Eso los calma —y los calmaría aún más saber que el Irgún no era un grupo de izquierda— pero surgen nuevas inquietudes:

¿Qué hacía Marx en tu biblioteca? ¿Qué más leías? ¡Hablá!

> La campaña contra los libros la hizo el ejército mismo. Recorrían librerías céntricas y expurgaban las mesas y anaqueles. Recuerdo uno de esos episodios que fue presenciado por centenares de personas, pocos días después del golpe de Videla. Había un gran local de librería, un salón con mesas donde se apilaban libros nuevos y usados. Allí paró un camión militar y comenzó el ritual macabro… Los libros al caer hacían un ruido sordo. La gente guardaba silencio. Como los niños secuestrados, los libros no tenían voz para defenderse… La «limpieza» de libros fue una acción de las que llaman de «inteligencia». Un ejército que quema libros jamás puede ganar la guerra.
>
> Osvaldo Bayer*, Rebeldía y esperanza*

Me encanta abrir y cerrar esos libros enormes, de tapas duras y rojas. Abro: un lobo se asoma entre las sábanas disfrazado de abuela octogenaria. Cierro: la hormiguita viajera se aleja pisando el polvo con zapatos de madera. Los libros son mis salas de teatro: soy directora, espectadora y hasta actriz cuando se me da la gana.

Un día, en puntas de pie, alcanzo el estante de los mayores. Saco unos tomos gordos, llenos de letras y más letras. Azabache es mi

favorito. En el otoño, cuando me enfermo, me lo llevo a la cama para que me saque de la fiebre al galope. Un caballo negro y salvaje que recuerda la extensa y deliciosa pradera de su primer hogar.

Mi trato con los libros es secreto. Nadie se entera de las lágrimas que vierto sobre David Copperfield, ni de mis aventuras con Tom Sawyer. En la lectura nacen y mueren mundos que solo yo conozco.

Cuando nos mudamos al centro me refugio otra vez en el susurro acogedor de los libros. La ciudad me disgusta.

¿Por qué un departamento? Le pregunto con intensidad a cualquiera que me escuche. La calle Corrientes me aturde, me arruina el humor, me empuja hacia mi caverna mágica: la biblioteca. Ahí puedo crear mi propio espacio, elegir mis compañeros: *Los tres Mosqueteros, Martín Fierro, Mujercitas*. Mis amigos son las mayúsculas y las minúsculas que juegan bajo la mortecina luz de la lamparita.

Ya soy adolescente y me urge aprender. Los libros me salen al encuentro sin esperar que los elija. Quiero devorar la cultura. Tomo notas de párrafos, subrayo, leo y releo para fabricar un universo de conceptos demasiado vasto para mi cerebro. Quiero tragarlo todo, sin darme tiempo de digerir nada. Ahora soy estudiante universitaria y tengo una manía: leer ante todo los libros que nuestros profesores no recomiendan. Recuerdo algunas frases, ciertas ideas quizás. El resto pertenece al olvido. Solo los libros permanecen. Infinitos mundos guardados en infinitos signos. Un día no encontré el que buscaba y me puse a escribirlo. Desde entonces sigo jugando a esconderme y encontrarme entre mis párrafos. Colecciono pensamientos, imágenes, mariposas nocturnas.

Dicen que las mariposas nocturnas se mueren con la luz. Pero son tantas que uno no lo nota, porque aparece otra y otra, y otra más, aleteando junto al farol. No se dan por vencidas.

K-48

Me doy por vencida. Debo deponer mi nombre, como un arma.

Te llamás K-48. Si te olvidas la sigla, olvidate de salir de acá.

K-48: nombre y apellido. Hay que acordarse del código del encierro.

> *Te tenías que acordar el número de los candados que te ataban los grillos a los tobillos, y te los sacaban nada más para torturarte o cuando te llevaban a bañarte. Ese candado era compartido con los destabicados. La prueba de que eran presos era el candado. Uno eso lo ve en las películas ¿no?, pero resulta que te podían poner grillos, y vos caminar con grillos y candados… Los candados que nos ponían y nos sacaban no eran los únicos. También les decían candados a los guardias. Tenías un candado en la puerta de la celda, tenías un candado en los pies y tenías un candado afuera que te cuidaba. Y te llamaba por el número de candado. Jamás lo voy a olvidar.*

Si me olvido me condeno, si no me olvido me condenan. Liquidada, de cualquier manera. No más aire libre, no más amigos, no más diarios ni besos ni luna ni trenes, no más.

Por la ventanilla del tren pasan a toda velocidad lagos, bosques de pinos, un volcán. Futalaufquen, Huechulaufquen, Lanin. Miel en las palabras, leche caliente con café en el tren que serpentea el sur, chocolate en la hostería donde los acampantes de la secundaria nos tiramos a dormir en cualquier parte. Deliciosa bebida caliente en la noche fría de San Martín de los Andes, tibio refugio con canciones, travesuras y ansiedad por descubrir qué se verá por la ventana cuando llegue el día.

Me despierta un sol excesivo para mis pupilas habituadas al smog. Los colores me marean, es demasiado fuerte el resplandor de la nieve en la cordillera. La intensidad de la luz me arrastra y salgo a caminar. Soy pasajera de un tren de cristal cuya terminal es un oasis, un espejo inmenso que atraviesan las montañas para llegar al centro de la tierra. No hay un alma. Solo yo frente al panorama insólito del paraíso. Corro hasta el lago y me miro en el espejo. Las cumbres invertidas se parten en mil pedazos en cuanto el agua me acaricia los labios. Miro fijo cada detalle: el borde liso del canto rodado, el rocío, el vaivén de una balsa junto al muelle. Me zambullo en una paz inédita que me envuelve con brazos terrenales. Veo las escamas del lago entre mis dedos y me detengo en un universo sin horas. Ilimitado. Sello entonces un pacto con la Nora de cualquier época: recordar. Me escondo las imágenes en un bolsillo de la memoria para sacarlas cuando sea necesario. Hoy las proyecto en párpados entornados para que se acurruque el frío.

Hace frío

Hace frío. Mucho frío. El frío viene de las paredes, se arrastra por el elástico del catre, sube por el colchón, trepa por la espalda y se clava en la nuca. Juega con la columna vértebra por vértebra, ida y vuelta, de arriba abajo, de abajo arriba, sin tregua. Frío de muerte haciendo muecas. Por la invisible reja de la celda entra un rayo de luz que corta el aire de un tajo. Choca contra la piel y veo un sudor viscoso. Trato de tocarlo, no sé cómo. Las manos se acercan y caen como peso muerto. Quiero mirarlo. La cabeza se levanta y se desploma. Quiero salir de esta red de heridas y moretones. Los pies esposados ya no luchan. El dolor gime de piernas a cabeza como tediosa obsesión que repite: estás presa, desaparecida, parecida, depe-sapa-repe-sipi-dapa. Me tapo los oídos. Trato de dormir, acurrucada, para olvidar que soy esta cosa inerte que palpita. Hay que recordar el número ka cuarenta y ocho, ka cuarenta y ocho, ka…

40, 50,51…

Cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y un listones tiene el cerco que me separa del mundo. Estoy confinada en el suburbio de las gasas y los antibióticos, la cara enferma de la vida: el hospital. Santa Rosa, La Pampa, verano como instructora. Fuera de toda lógica en pleno enero hay temporales. Repiquetea la lluvia entre las pacientes baldosas de los patios, que aceptan la erosión de las gotas. Baldosas carcomidas por la resolana de noviembre y de diciembre, sometidas a los castigos del cambio draconiano de las estaciones. Nuestros días transcurren a la sombra de nuestros planes: actividades al aire libre, para cuando escampe.

Hay un solo bar en las inmediaciones, que hace gala de un globo giratorio de luces en la pista de baile. Rayos de colores abren infinitos abanicos que estallan contra las siluetas de los bailarines. Por eso uno tarda en darse cuenta de que el dueño pone, o tiene, un solo disco. Noche tras noche, hora tras hora, la misma voz de barítono, melosa, estridente:

Es preferible reír que llorar / y así la vida se debe tomar…

Le hacemos caso a la melodía y vamos a tomar un trago después de cenar.

Caminamos por veredas y calles desiertas, monótonas, perdidas en la memoria del Virreinato, cuyo destino final son los camastros estrictos del viejo caserón donde nos alojamos. Hoy no paró de llover desde el amanecer. Solo se siente el murmullo de la garúa infinita sobre el empedrado y las tejas. De repente el cielo se enfurece y corta el transcurso del tiempo. Una epilepsia cósmica de rugidos prepara el escenario con redobles intermitentes. Un rayo decisivo le arranca a las nubes torrentes de agua. Cortinas volátiles,

velos acuáticos impulsados por un viento que sacude los árboles de su modorra. A la hora despótica de la sobrevivencia mis compañeros se protegen, casi a cuatro patas, bajo las galerías coloniales. Una fatiga inmemorial me atornilla al centro de la plaza y no puedo seguirlos. Me sostienen columnas de agua. Manos transparentes me atacan por la espalda; suben, abundantes, por el tórax. Soy puro líquido, no respiro.

Los sueros me devuelven a una sala que no coincide con la penumbra del dormitorio estudiantil. Estilo monástico, ventanas altas, marcos de roble, cabeceras de metal. Se me acerca una enfermera para aclararme el panorama: internada con neumonía. Me distraigo contando los listones que me separan del mundo.

Es el Día del Juicio Final. Frente al púlpito, una balanza me sostiene el corazón. Los jueces lo pesan para evaluar mi conducta en la Tierra.

Pesa mucho, como un corazón de plomo, comentan que endureció a fuerza de golpes. Tras mi exitoso proceso de maduración, puedo ahora pasar al Mundo de las Ideas.

¡No quiero otro mundo, quiero el mío! ¡Quiero un corazón liviano! ¡Déjenme volver con los demás, allá abajo!

Siguen calculando el peso de mis ventrículos. Están por dar el veredicto cuando salto por encima de los alambrados y me largo a toda carrera por las calles de Buenos Aires, Santa Rosa, El Tigre, La Boca, laberintos subterráneos, desvíos inquietantes clavados en la nuca. Una mirada fija me persigue: es la enfermera, el gordo de la barriga blanda, un cirujano. Manos de hierro, dedos que se acercan, ya me tocan, se apoyan en la espalda, me rodean la garganta, no puedo gritar me aprietan el pecho no puedo respirar. No me queda saliva pero resisto hasta que la sed y la angustia me despiertan. Pido agua.

Los presos piden agua cigarrillos baño ayuda. Paciencia. Hay horarios para todo. Hasta la puerta de la celda tiene ritmo propio. Se abre tres veces por día. Una para ir al baño y dos para dejar entrar un brebaje al que llaman sopa. Pongo el plato sobre la colchoneta, y trato de embocar la cuchara en el líquido. Me quemo. Soplo cada cucharada. Una y dos y tres a ver cómo se come la sopa esta nena que no quiere comer. Quiero, pero me la sacan. Es hora

de retirarla. La sopa no me sirve de alimento sino de reloj. Marca mis noches y madrugadas hasta que pierdo la cuenta y me interno en un calendario propio, con hojas mezcladas. Hojas como infinitos pares de ojos.

La muerte es puro ojos

Una mujer sin manos, sin pies, sin cabeza. La muerte es puro ojos, decía mi abuela. Si llega antes de tiempo nos deja un par, y se esfuma antes que la veamos. ¡No le vayas a tener miedo! ¡Esos ojos ven maravillas que jamás en la vida imaginaste! Recién cuando llega la hora justa, ni antes ni después, ella vuelve y uno la acompaña en silencio. Año tras año les encargo a los Reyes Magos un par de ojos exóticos, pero no me hacen caso.

Ese no es asunto de Reyes, tené paciencia que ya te van a tocar. Hasta que un día me despierto eufórica: ¡Son negros, abuelita, y tan grandes que me ocupan toda la cabeza! ¡Veo mil cosas al mismo tiempo!

Con las pupilas de fantasía me dedico a espiar las caras ocultas de la gente. Empiezo por las mujeres que conozco y armo con ellas un castillo de naipes: mi ideal de mujer. Ante todo suprimo el papel de ama de casa de mi madre. Nada de criar hijos, fregar, sentirse un trapo de piso. Me quedo con su beso de las buenas noches y su tan mentado sexto sentido.

El hubiste, verbo de la abuela que corrige lo que uno hizo con lo que pudo haber hecho, lo descarto. Me guardo su espíritu aventurero y sus frondosos cuentos.

La coquetería de mis amigas no me convence, la tacho.

Subrayo la risa.

El aburrimiento de las maestras se prohíbe. En mi lista solo se aceptan la pasión por saber y la alegría.

Son expulsadas, a duras penas, las estrellas de televisión.

A las heroínas de las novelas les doy cabida con todas sus virtudes, menos la sed de poder y de riquezas.

Trato de sostener mi vida con los pilares de este castillo de mentiras. Tropiezo con mis debilidades, que no figuraban en la lista. Llena de odio contra mí misma lo demuelo y siento un alivio.

Ciertos mitos dejan de pesarme.

Los pies esposados dejan de pesarte, la mente se ocupa de otras urgencias. Tus límites son concretos: las paredes, la humedad, el frío, el hambre, el dolor. Lo más abstracto: tu vida en moratoria. Lo más urgente: cómo aguantar lo que sigue. Lo más presente: la bronca. Lo más práctico: hacer flexiones si hace frío y respirar hondo si todavía estás. Respiro hondo: sigo acá.

> *Ahí uno no podía hablar, uno no podía mirar, uno no podía caminar. Las celdas tenían una mirilla del lado de afuera. Ellos venían de golpe y abrían, y si uno estaba —incluso en la oscuridad— con la venda sacada, o caminando, o haciendo gimnasia, o teniendo cualquier expresión de que uno era un ser humano y trataba de establecer una mínima resistencia, era castigada por ellos.*

La puerta de la celda se abre en cualquier momento:

¡Subite el tabique, perra!, ¡la vas a pagar!

La pago si quiero mirar, la pago si hablo, la pago si no quiero hablar. El guardia lo cobra todo, y no da cambio.

Eran ELLOS

En una guardia suele ocurrir que se abre la puerta bruscamente porque alguien trae un herido. Uno golpea y entra gritando: ¡A ver a ver!, ¡córranse, che, abran!, y otro avisa ¡llegó sangrando!, y se va creando un clima agitado. Aparte, la camilla golpea contra una cosa, hay pisadas, tropezones. Un ruido invade la escena, se conmueve la cosa. Pero estos no venían de a dos, en general venían treinta, y no respetaban las pautas de ingreso a una guardia: entraban con armas largas, con ametralladoras, con revólveres. Ponían a los tipos en las camillas con poca prolijidad, digamos. No era el padre, o el hijo, o el hermano, que trae a su papá o a su mamá y trata de acomodarlo para que no le cuelgue la pierna o para que la cabeza le quede en su lugar. Lo traían como si fuera una bolsa de papas, chorreando sangre por el piso. Por las órdenes que daban, por lo que decían, por el ruido de los walkie talkie de un auto que recibía mensajes, por las radios que se escuchaban desde afuera, por el sonido que salía del teléfono que tenía alguno de ellos en la mano, por las explicaciones que daban, uno sabía quiénes eran. Esta es gente que cayó en un enfrentamiento que hubo, decían, y no se iban. Y nadie se animaba a contestarle váyanse de acá. A lo sumo córrase y ellos sí, sí, sí pero se quedaban ahí, al lado de los heridos. Después se iba de a poco serenando la cuestión, iban saliendo algunos, otros volvían, por ahí una enfermera arriesgaba un ¡a ver, mueva eso de acá, por favor!, para que sacara un

FAL

o una ametralladora que andaba tirada. Se establecía una especie de onda familiar porque ya, después de quince minutos que estaban ahí, revoloteando, eran como de la casa, y entonces

se escuchaba ¡bueno, negro, ché, salí de ahí porque no puedo! Y todos nos íbamos serenando: se desvestía al detenido, se le ponía una sábana, un suero, se pedía sangre, venía la sangre. Ahora hay que llevarlo a rayos, otro tiene que ir al quirófano y mandaban a uno que te seguía con la ametralladora hasta rayos y otro hasta el quirófano.

La cosa es que la autoridad de la guardia no es el policía, y ahí quedaba claro que la autoridad era la que traía a los tipos, la que imponía no escribir historia clínica. Si uno de los nuestros, como no dándose cuenta de lo que pasaba, la agarraba y decía ¡A ver, su nombre!, enseguida intervenía uno de ellos: ¡No, no, no! ¡Saque eso de acá! ¡No tome nota! Nadie preguntaba por qué, ni usted quién es. Quedaba tácito. Eran ELLOS.

El anonimato de Scifo Módica duró hasta mayo último. El 15 de ese mes, la Policía Federal inauguró un Centro de Atención a la Víctima de Violencia Sexual, dependiente del Centro de Orientación a la Víctima, del que Scifo Módica es director. Su foto apareció en un diario y la cara resultó conocida para algunos exdetenidos-desaparecidos. Era «Alacrán», del Club Atlético.

Página 12, 16 de julio de 1996

La picana eléctrica abre y la guardia, con todo cuidado, cierra para que ellos vuelvan a abrir.

Abrieron la puerta de nuestro taller de artesanía, donde había cosas para trabajar: pulidores, herramientas, entre ellas un torno de dentista que usábamos para pulir anillos. ¡Uy! ¡Qué linda picana!, escuché.

Gracias a la picana termino en la enfermería.

Había servicio médico pero era solo para casos de gente que había sido torturada demasiado y que corría peligro de muerte y a quien querían seguir torturando. Eran llevados a enfermería, atendidos bien, se les suministraba suero y

luego volvían a ser torturados. La enfermería era atendida por otro preso.

CONADEP

El preso o enfermero o médico que me atiende se acerca. Lo sé porque las pisadas resuenan con ganas. La pieza debe ser grande.

Está junto a la calle, por el ruido de autos. Entra un poco de luz, que detectan los párpados cerrados mientras una voz parsimoniosa acompaña al algodón que se revuelca entre las llagas. Una voz tersa, serena, como la de cualquier enfermero en hospital de provincia. Le respondo sin que me pregunte: que no sé nada, que no tengo nada que ver, que no sé…

No sé nada

Solo sé que nada sé. ¿Qué sé yo? Soy una entelequia, una abstracción. No leo los diarios y la tele es un asco. Leo novelas y escucho a los Beatles; deben gustarme porque no entiendo lo que dicen. Pero hace falta leer los diarios para palpar la realidad: mi tobogán de los primeros años da a un barrio que parece un *collage* de chapas entre eucaliptus y basura; a los dieciséis soy maestra, y debo enseñarle a chicos descalzos a decir *shoe*, shú. Nuestros mendigos son bien educados, aprenden inglés.

> *Soy maestra, le dije yo.*
> *Sí, claro, para concientizar gente, interrumpió él.*
> *No sea estúpido, le contesto. ¿No ve que soy maestra jardinera?*

En la Argentina hay que ser estúpido para mirar sin ver, no hay que hacer mucho esfuerzo para chocarse con el mundo al revés. A los diecisiete ingreso a la universidad. Como dicen que sé escuchar a la gente y tengo una tía esquizofrénica, me anoto en Sicología: el llamado antro rojo, el paraíso de los infiltrados, el seno de las ideologías foráneas.

> No nos enfrentamos a un oponente que batalla para defender una bandera, una nación o sus fronteras. Quien nos ataca no tiene nada de eso. Es, sencillamente, un ejército de ideólogos, cuyo cuartel puede estar en Europa, América o Asia.
>
> General Acdel Vilas

Durante el día los estudiantes actúan a la manera estudiantil: van y vienen por los pasillos, asisten a clase, contestan preguntas, toman notas, van a la biblioteca. Los profesores actúan a la manera profesoral: llegan tarde, olvidan sus apuntes, improvisan, formulan preguntas, toman pruebas. Solo los murmullos que llegan de atrás del escenario desmienten el ritmo normal: invitaciones, alegatos, acusaciones, admoniciones, exhortos. Los susurros de la noche reniegan del día: organizan asambleas, formulan exigencias, solicitan votos, pasan resoluciones, buscan apoyo.

La cortina cae en la mitad del acto. Los susurros tienen cuerpos, los cuerpos gritan y tratan de escapar, saltan por las ventanas, se trepan a los techos. Algunos desaparecen por callejuelas que desembocan en colectivos, subterráneos o taxis, otros se escapan en parejas para sumergirse en hoteles alojamiento de la zona, y unos pocos se sientan en cafés, para observar el espectáculo.

Uniformes azules controlan la salida del edificio, un celular estaciona en la vereda. Motonetas morrudas circunvalan la pista y se conectan por radio a una central tan invisible como poderosa. A una orden los uniformes lanzan gases lacrimógenos. Los estudiantes responden con quema de bancos y pizarrones. La puerta trasera del camión se abre y devora a todos los que se arriman, expelidos por los gases. Otros cuerpos huyen por el humo hacia la salvación.

Si los uniformes azules y los celulares aparecen en el primer acto, la escena se traslada a la intemperie. Miles de extras voluntarios marchan por la calle, levantando consignas artesanales. Las columnas de extras pagos marchan hacia ellos con mejores trajes e instrumentos: usan uniforme y portan armas.

> *Portando sus armas habituales, los uniformados vienen a la fábrica a pedir mil ladrillos refractarios, los más caros. Les digo que no estoy autorizado a regalar, que tengo que consultar. El responsable del operativo se enoja: Así es como se colabora con la patria, dice, y se va. El lunes, cuando vuelve, le digo que vamos a regalarles baldosas en lugar de ladrillos. El tipo insiste que ellos piden otra cosa, que no es una limosna, un regalo, una dádiva, sino una cooperación con la patria. Se lleva igual las trescientas baldosas, y al salir se queda mirando un afiche de Mafalda que dice: No hay caso, nadie puede amasar una fortuna*

sin antes hacer harina a los demás. A los dos días nos secuestran a mi hermano y a mí, según ellos por cargar en la camioneta… ¡fusiles!

Los brazos, fusiles; los dientes, balas; los ojos, blancos de tiro. Eso creíamos, pero son más siniestros: tipos comunes, de traje y corbata. Igual que el oficinista, el empleado de banco o el maestro. Gente como uno, solo que su trabajo es hacer preguntas y ablandar al interrogado con métodos científicamente ideados, siempre que no ande apurado.

> Usted me preguntó en qué forma interrogábamos a una persona. De acuerdo a la premura, de acuerdo a la hora en que caía ese integrante de la organización, se aceleraba el interrogatorio. Por ejemplo, si caía a las dos de la tarde se tenía que acelerar… porque podía tener una cita en una hora y media, y para no perder esa cita había que acelerar el interrogatorio mediante la tortura, el *shock* eléctrico.
>
> El Turco Julián, *página 12*,
> 2 de mayo de 1995

De cómo un profesor de historia habla con una señora

> Si en cualquier país del mundo pusieran un aviso ofreciendo trabajo de torturador, con buen sueldo y a tiempo completo: ¿Cuántos *curriculum vitae* se presentarían?
>
> Jacobo Timerman

Señora, este trabajo tiene sus bemoles: no se imagina lo duro que fue para mí cuando mi mejor alumno me confesó sus simpatías por el socialismo. Yo era su profesor de historia, pero al mismo tiempo me debía al Ejército. Y tuve que informar, como corresponde. Se lo llevaron, qué le va a hacer. Cumplir con el deber no es fácil.

La señora le da la espalda para prepararle un café. Hace horas que están en su casa y necesitan despejarse. La posición es algo incómoda, no solo porque la cocina es estrecha sino porque un joven de pelo largo la sigue del aparador a la mesa con el caño de una pistola en la nuca. A veces él le roza un brazo, o la cola, y a ella le da un escozor helado. Él la sigue con pulso firme, masculino. El profesor se sacó la campera de cuero y se puso cómodo, mientras los muchachos terminan de dar vuelta a un par de sillones y darles un tajo en el vientre, por si esconden papeles indeseables. Mala suerte: era relleno, del barato.

El café está listo, pasen, muchachos, estarán cansados.

La señora trata de caerles en gracia para que no se impacienten y terminen de partirle todos los muebles. Mientras el profesor prueba el primer sorbo de café y le dice al rubio con cara de matón

que vaya a requisar el domicilio cuya dirección tan amablemente ha entregado la señora, ella teje para tranquilizarse. De tanto tragar saliva, con tantas palabras ácidas que se le filtran por ese líquido blancuzco que le corroe la tráquea y el estómago, la vejiga le arde y quiere simple y llanamente mear, le vienen unas ganas imperiosas de hacer pis aunque sea en medio de la sala.

Perdón, si me disculpan, tengo que ir al baño.

Un sutil movimiento del índice del profesor pone en marcha los pasos de un morochito corpulento que apoya el pocillo de café en el platito de porcelana blanca, recoge la ametralladora del rincón y se dirige con tranco firme y decidido hasta el punto en que la sombra de la señora choca contra la pared y sube por el muro. Ella y su sombra entran por la puerta y el enanito armado la sigue. Ella no sabe si puede hacerlo delante de esta estatua guerrera con el arma apuntándole a la sien. ¿Cómo será morir en un enfrentamiento armado, meando en un baño, los sesos volados, y aparecer así en la primera página del diario? Claro que en nuestro país eso no sería noticia. ¿Cómo será mear frente a un soldado en pie de guerra?

Un río tibio y liberador entre las piernas y ya no sabe ni le importa si el valiente le apunta fuego o si el sonido cantarín le despierta el instinto o si suelta el gatillo para sostenerse el sexo en medio de la batalla. Ella no está a dúo, está sola con su cuerpo, en un rincón de la casa, con su catarata de palabras que al tirar la cadena correrá por laberintos de cañerías hacia el sur, por debajo de los barrios y de las calles hacia el río, y de ahí hasta todas las costas, sin parar.

Otro libreto

Sin parar, entre bambalinas, se ensaya otro libreto. Se oyen gritos sordos, portazos, a veces nada. ¿Qué está pasando?

Hay que adivinar, uno debe ser muy sutil, debe permanecer muy tranquilo o no oirá nada. Es teatro experimental. Me salteo los ensayos y se enojan conmigo: la compañera no quiere comprometerse, está atrapada por sus limitaciones pequeño-burguesas y no lucha por superarlas.

No quiero ser protagonista, hasta las partes más insignificantes son demasiado para mí. Siempre me salgo de los libretos, memorizarlos; pero persisten en enrolarme, en seducirme con promesas de revolución. También creo en utopías, pero no en dar la vida como forma de vida. O los suburbios del heroísmo no son mi barrio preferido, o sufro de envejecimiento precoz. Llevo puesta una cierta distancia que me impide confundirme con el coro de consignas, leer proclamas rociadas de fervor, y apostar con certeza a la creación de un mundo mejor. Igual apuesto, sin la convicción de la victoria pero con el deseo. No se puede ser joven en el setenta y siete y no apostar al hombre nuevo, al cambio.

> *Cambia de nombre, cambia de apellido, cambió todo, me dijo un compañero que me encontré después que cambiaron las cosas. Y cambié, como esa canción que dice todo cambia.*

Todo cambió cuando sonó aquel tiro, nítido como el segundo antes de la muerte. Era de noche y al marchar por el barrio de Once nos acercamos sin querer a la cuadra de la comisaría. Cuando nos dimos cuenta nos abrimos. Me metí por Viamonte y Pueyrredón. Fue allí, cortó la noche. Claro como un presagio. Lo sentí como se siente el horror por primera vez. Al día siguiente fue el entierro.

Emilio Jáuregui: un nombre, un tiro, ese perfil eterno al que me asomé con ansiedad y miedo de aprender demasiado. Tuve miedo. Ellos, mis compañeros, también lo tenían y lo amaestraban. Algunos se armaban. Era absurdo enfrentar armas sin armas, pero yo no era capaz de empuñar la muerte en la mano. Aunque se lo merecieran.

Tardo varios años en planificar mi huida, demasiados. Antes que caiga la cortina final, me bajo del escenario en puntas de pie para tomar el taxi que me lleve a la última salida: el aeropuerto. Nadie lo notará, no soy tan importante. Me equivoqué. Alguien lo notó.

Tienen piedra libre

Notan y anotan, entran y salen como quieren porque tienen piedra libre.

Honorables ciudadanos golpean las puertas de los cuarteles, roncos de tanto pedir auxilio, allá por el 76. Capitalistas, empresarios, doctores, ciertos estudiantes, algunas amas de casa, bastantes oficinistas, todos ellos están hartos de que en este país no se respeten las reglas del juego. Que los señores militares nos tengan cortitos por un tiempo. Ya lo han hecho antes, y no tan mal. Que acaben con el enemigo, que haya mano dura con los que patean en contra. El Ejército tomará el poder en beneficio del pueblo, para acabar con la subversión.

> *El 9 de febrero del 75 a la noche empezó el Operativo Independencia en la provincia de Tucumán. Llegó para neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos, terminó masacrando a diestra y siniestra aún antes del golpe de Estado. Andábamos tranquilamente por la calle, sin darnos cuenta de nada. Nos sentamos a tomar en un bar de la calle mientras pasaban los camiones del Ejército, y entre sorbo y sorbo del* whisky *decíamos: mira el quilombo que se viene. El hermano de mi amigo estaba prófugo, yo ya había ido preso, y estábamos así, totalmente ciegos a lo que se estaba gestando. Él cayó preso al poco tiempo. Nunca medimos lo que pasaba. En* El Diario del Pueblo*, por ejemplo, nos quedábamos a trabajar toda la noche. En el 73 o 74 sentíamos las bombas, y en realidad nos preocupábamos por quién iba a cubrir la siguiente nota y no por las bombas que seguían resonando hasta la mañana. No teníamos una noción concreta de lo que se venía. Creo que nadie se daba cuenta. Lo que se viene es un baño de sangre, le había*

dicho un policía a mi papá, pero nosotros no lo podíamos llegar a concebir. Cuando estás en el terror no te das cuenta: te acostás a dormir con el terror, y vivís con el terror, lo incorporás. Y cuando pasa y mirás para atrás te preguntás ¿cómo pudimos haber soportado todo esto, cómo pudimos haber tolerado que te llamen a la mañana para decirte: che, cayó fulano anoche, y vos digas puta qué cagada, y cortes el teléfono?

Hablemos por teléfono y juguemos en el bosque mientras el lobo no está ¿lobo está? / ¡me estoy poniendo los calcetines! Y los calzoncillos de doble refuerzo, para tener las bolas bien puestas. Ya están listos. Se han calzado guantes, botas, charreteras, reglamentos, disposiciones, tanques, armas y a largar la Reconstrucción Nacional. Manos a la obra: ordenar ¿ordeñar?, el país. La tarea no es fácil: disolver, prohibir, quemar, reglamentar, limpiar. El placer del juego se exacerba. Pisa pisuela color de ciruela.

> Comunicado N.º 19. 24 de marzo de 1976
> Se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimida con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o a personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta 10 años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales.

Para no perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales hay que hablar con propiedad, emplear un rico vocabulario:

Abatir al enemigo: matar y / o chupar niños, jóvenes, adultos o ancianos. Se incluyen mujeres embarazadas.

Chupar: secuestrar; chupadero: hábitat natural del secuestrado.

Secuestrado: el que está en la joda.

Estar en la joda: ser militante o tener ideas que difieran de la militar.

Idea militar: salvaguardar la Patria, la Familia y la Propiedad.

Propiedad: concepto universal que abarca la propia y la de los subversivos.

Subversivo: dícese de todo elemento disociador y disolvente al cual se le coloca un tabique.

Tabique: venda, pañuelo o trapo colocado en los ojos del subversivo para que no vea a sus torturadores.

Torturadores: funcionarios especializados en métodos de interrogatorio.

Métodos de interrogatorio: picana, submarino, parrilla, etcétera. La lista es demasiado larga. En la República Argentina el hijo de un ilustre escritor, Leopoldo Lugones, inventó la picana.

Picana: pasaje de corriente eléctrica mediante la utilización de un elemento puntiforme, ubicado en el quirófano.

Quirófano: espacio creado para interrogar al subversivo, antes de pasarlo al tubo.

Tubo: celda de 2 m por
1,60 m
donde puede reposar el subversivo, bajo el control de los guardias.

Guardias: Tiburón, Víbora, Tigre, Rubio, Turco, Panza, Luz, Tete, Ángel, Colores, Alacrán. No son canas: policías. En general pertenecen a Grupos de Tareas.

Grupos de Tareas: conjuntos de individuos dedicados a aniquilar al enemigo y a rescatar el botín de guerra.

Botín de guerra: bienes muebles e inmuebles de todo tipo que los hombres del Ejército recuperan en cada batalla.

Hombres del Ejército: funcionarios de los Servicios de Inteligencia.

Inteligencia: palabra que se sustituye por obediencia. Obediencia debida: concepto que se utiliza en caso de juicio público, para pasarle la responsabilidad al superior.

Superior: el que no tiene nada que confesar, agregar o reprocharse.

—Nada tengo que reprocharme, declara el general

Lambruschini.
—Ya me ha perdonado Dios, declara el general Agosti.
—29 desaparecidos figuran en las listas de sobrevivientes de los recientes terremotos en México, dice la defensa del general Viola.
—La subversión marxista tiene miedo, declara el general Viola.
—Nada tengo que agregar, declara el general Anaya.

La Nación, octubre de 1985

Ahora me toca declarar con un estilo más civilizado: sentada frente a una máquina de escribir que puede copiar mis palabras o redactar una receta de cocina. Lo mismo da. Una verdadera declaración oficial, tan oficial que debo firmarla a ciegas a pie de página. Estampo un mamarracho, para darle el visto bueno a la farsa burocrática. Son muy eficientes: tienen todo archivado. Anotan quién entra y quién sale, su aspecto, historia, contactos e ideas. Claro que a veces un viento fuerte les desordena los papeles, se les mezclan los datos y se producen algunos descalabros.

¡Flor de descalabro! Nadie parecía haber ordenado mi traslado: unas mujeres del servicio penitenciario provincial empiezan a llamar a la policía federal, que dice no haber pedido mi traslado. Llaman a la policía provincial, y dice no haber pedido mi traslado; llaman al servicio de investigaciones: dice de ninguna manera haber pedido mi traslado. Hasta que finalmente llaman a un Regimiento de Formosa, en el cual aseguran que efectivamente los militares habían pedido mi traslado y que debo quedarme detenida ahí. Serían las tres de la tarde, yo estaba muy cansada. Me metieron en un calabozo que debía tener dos metros por uno de ancho, y me debo haber quedado dormida. Cuando me desperté ya se me había roto el tapón y empecé a llamar a alguien a los gritos. Vino una celadora y le dije que quería ir a una maternidad porque se me había roto el tapón. Se veía que era cierto porque tenía la ropa empapada.

Me despido de mi ropa, pantalón de *corderoi* y camisa

estampada, como de viejos amigos. Me dan otra con olor a cárcel, a humedad. Camisa, pantalón, bombacha de alguien que pasó a mejor vida. Ropa confiscada, que le dicen.

No solo estoy con la ropa empapada sino a punto de parir, pero la partera me dice que no a lo cual le respondo que sí, que ya tuve una hija y sé que voy a parir. Le advierto que tengo un problema de sangre, y que hay una vacuna para neutralizarlo. Toma nota pero no hace nada. Se va a darle de comer a sus patos. Como a las ocho de la noche noto que se me ha roto la bolsa. Grito muchísimo más. Es un grito de liberación, rompo con todas las inhibiciones que le impone a la mujer esta cultura. Mi custodia la manda llamar. Llega chancleteando en el momento en que siento los pujos. Me ordena caminar hasta la sala de partos. Le digo que no puedo, que ya está naciendo el chico, y me insiste que no me va a hacer el parto ahí. Entonces me levanto, con las piernas abiertas, la mano en la cabeza de mi hijo, que iba saliendo, y camino así un trayecto que no recuerdo, hasta la sala de partos. Ahí me hace tender en una cama y comienza a sacarme sangre. La apuro y le aviso que está naciendo, entonces se acuerda y lo hace salir. Mi hijo nace con una doble vuelta de cordón, sin gritar ni llorar.

Sin gritar ni llorar, le dejo mis lentes de contacto a la guardia. Lo mismo da, igual está prohibido sacarse el tabique hasta para dormir. Una ceguera a merced de gritos de chicos, de mujeres, de hombres que flotan en el vacío. Ecos sueltos, voces que le hablan a uno desde la locura.

Cada cual atiende su juego

La locura tiene para mí un nombre. Se llama Berta. Tiene ojos azules en los que me encanta perderme y unas manos que giran al son del

> *don al don del don pirulero / cada cual cada cual / atiende su juego / y el que no y el que no / una prenda tendrá.*

Jugamos siempre a las prendas con mi tía: hay que mover manos y brazos como zapateros, como lavanderas, como planchadoras, mientras las estrofas de la canción clavan, lavan, planchan a un ritmo vertiginoso. El que se equivoca de oficio tiene prenda. Uno siempre puede pagar la prenda dando tres vueltas carnero o saltando como la *rana que estaba cantando debajo del agua*, pero para Berta es diferente: su prenda es el manicomio, una penitencia por inventarse reglas que los mayores no entienden. Ahora tus manos no giran al son de nuestra música, apenas se animan a saludar desde la ventana que enmarca treinta años de cautiverio, treinta años entre aquel regazo mullido en el que me acurrucaba y tu regazo cansado y solo, treinta años entre tu rodete negro y tu rodete blanco, entre la ventana del dormitorio por la que saltabas a la intemperie y la ventana del cuarto de hospital.

Tildan de loca tu costumbre de tomar trenes hasta la terminal, de viajar hacia el sur en cualquier vagón abierto para mirar el campo, ese mar de oro con vacas y tranqueras. Tu paseo termina en azarosos pueblos donde te ubicará tu familia, gracias a las pistas que les vas dejando por el camino.

Un día se festeja tu compromiso: tu novio viene de Montevideo. Intrigados, nos sentamos a comer canapés y bocaditos, como anticipo del placer que nos deparará su llegada. Pasan las horas y el

invitado de honor no llega. Los demás empiezan a impacientarse, a arriesgar teorías. Teodora se te acerca para ver si sabes qué le habrá pasado.

Sabés muy bien lo que le pasó, sentenciás airada, y mandás a todo el mundo a su casa.

La semana siguiente la invitás a cenar, ansiosa por hacer las paces. Después de todo, no vale la pena pelearse por un hombre. Servís una entrada de sopa de verduras y un plato fuerte de bife con ensalada. De postre, helado espolvoreado con vidrio molido. Desde entonces tu hogar es el hospital psiquiátrico, universo cúbico de pared pared pared techo piso y ventana.

A Berta le dejan recibir visitas una vez por semana. Sus hermanos vienen a verla una vez por mes, por dos horas. Le traen ropa vieja, galletitas dulces, una que otra revista. Como jamás aceptan su invitación a tomar el té, nunca sabrán que toma y come todo en el mismo tazón de aluminio abollado, que revuelve el mate cocido con la misma cuchara con la que toma la sopa, porque solo tiene una. Ella se conforma, no pide nada.

Nadie pide nada

Les pedíamos cosas a nuestros familiares, pero no era fácil. A veces las visitas a la cárcel eran en un locutorio con vidrio de por medio, o con rejas de por medio. A veces teníamos que estar arrodillados en un banco de iglesia, y allá lejos el familiar también tenía que arrodillarse en otro. Aunque había que hablar a los gritos, aprovechábamos ese momento para pedir algo.

Nadie le pide nada al guardia, aunque las puertas de las celdas estén abiertas. Que se vaya. Los pasos se alejan por el pasillo, firmes y emprendedores, a barrerle la mugre a otros condenados. Las puertas quedan abiertas, como si pudieran ventilarse del tufo a orín y a humedad que lo impregna todo. Quiero bajarme el tabique, pero ese simple gesto me da miedo.

Me daba miedo cada vez que se escuchaban pasos de un guardia en el pasillo. Uno temía ser nuevamente objeto de la tortura. La contradicción de que uno a veces quería salir para estirar las piernas, para ir al baño pero al mismo tiempo no, porque eso era estar expuesto a las miradas y ser objeto de cualquier cosa que quisieran hacer los represores. La mente oscilaba entre esos límites.

Se te va achicando la mente, limitando tu mundo a: cuándo abren la puerta, cuándo la cierran, qué comes hoy, qué comés mañana, cuándo te castigan, cuándo no. Esos eran los elementos que más tenía en cuenta yo. Es como que al achicársete la vida, te olvidás dónde estás, quién sos. Es como que agradecés un gesto, agradecés un buen plato, te contentás con una salida. Ya no sirve para nada pensar.

Tengo todo el tiempo para pensar, pero no pienso: me bajo la venda. Le adivino una cara a las piernas, ayudándole a la miopía con los dedos: me estiro los ojos y recupero el foco en la pantalla. Desgarbado, pelo rojo y barba.

¿Dónde estamos? Arriesgo con un hilo de voz.

En un chupadero. Sección pesados.

¿Hasta cuándo?

Yo llevo seis meses. A mis compañeros los mataron.

Las pisadas nos vuelven las vendas a los ojos y el silencio a las palabras. En las celdas del no estar está prohibido hablar.

Menos mal que no está prohibido gritar, porque tu voz se oye hasta la otra cuadra: ¡Apareciste, Norita! ¡No cambiaste nada!, machacás desde el revés de mi sorpresa. Llego casi sin aliento, aturdida por la peregrinación a lo largo de pasillos descabellados y siempre errados, con ecos pidiendo comida, dinero, puchos.

Soy yo, tía Berta, la que siente el zarpazo de tus treinta años de paredes húmedas, olor a comida recalentada, miradas perdidas de vecinas encerradas en torres de miedo, enfermeras entrenadas para inyectarles la necesaria dosis de sedantes. Lo necesario para retenerlas en el círculo de viejas chinelas arrastrándose por el mosaico descolorido de la locura. La locura es una forma de salvación: es salirse de la lógica, anclar más atrás, donde los normales nunca llegan. Es un trueque: mover el caballo como si fuera un alfil, cruzar el tablero en diagonal y seguir de largo. Uno se da cuenta que el tablero no existe, los peones están con o contra nosotros, la reina se escapa y el rey nos persigue. Ahí se acaban las partidas de a dos. Uno se queda solo, rodeado de voces sin entrañas, voces que los jugadores no pueden sentir. Y si las llegan a escuchar, se tapan los oídos y salen a comprar candados y rejas y electricidad y sedantes para tranquilizarlos. Todo debe acomodarse entre seductores almohadones de racionalidad.

Ocho camas sin ropero, sin mesita de luz, sin lugar para guardar lo que tenés que guardar, sin lugar para ser quien sos, tu mundo es una cárcel atenta y sonriente donde los guardias visten de blanco. En ese horizonte das conciertos de piano y conferencias sobre política internacional para que las otras se desenchufen del televisor.

No se interesan por nada, estas brutas. Y si les digo que me saqué premios de arquitectura ¡Qué me van a creer! No se imaginan que alguien pueda tener otras miras que ellas.

Gesticulas y me tomás del brazo mientras paseamos por los jardines abandonados que circundan tu lucidez. Termina la hora de las visitas y me acompañás a tomar el colectivo.

¿Te dan permiso para salir?

Por supuesto. Saben que no llegaría muy lejos. ¿A dónde voy a ir? Hay quienes tratan de escapar, otras saltan por la ventana. Yo ya me cansé. Ellos, a la larga, te ganan.

Aprender a ganar

> El padre a la hija, después de un partido de ajedrez.
> —Nena, tenés que aprender a perder…
> —Pero papá, ¿no ves que ya sé perder?
> ¡Lo que tengo que aprender es a ganar!
>
> Pablo Conti

No me van a ganar. Camino ida y vuelta aunque me duela todo, aunque me choque con las paredes, aunque me asuste el peso de los grillos en los pies, aunque la celda se acabe a los dos pasos, aunque me quieran regimentar el alma.

> El régimen de disciplina era muy riguroso y estábamos atados con grillos que no nos permitían movernos más de 40 cm
> y lastimaban los tobillos. Teníamos una venda que era como un anteojo de tela apretado a los ojos… No podíamos ni hablar ni movemos, siempre sentados o acostados… Los guardias caminaban en zapatillas, y abrían las puertas de sorpresa para ver si estábamos de pie o sin la venda, porque aún dentro de las celdas teníamos los ojos vendados.
>
> CONADEP

Me llevaron a una celda que ellos llamaban tubo porque era angosta y larga. El ancho era el de una puerta más el de una tarima. Había dos tarimas de madera, con un colchón de gomaespuma. Arriba de la puerta de metal había un ventiluz que daba a un pasillo largo. Me llevaron ahí y durante mucho tiempo me tuvieron totalmente aislada.

Quizá pueda mantener la lucidez tapándome con el colchón de goma espuma y oliendo hasta el cansancio la humedad de la celda.

O mejor canto algo.

Letra ele, amiga mía/suculenta libertad / ¿por qué te vas con los otros / y sólita me dejas?…

¿Cómo ganarme una L, esa letra elegante que les ponen a los privilegiados ascendidos por las escaleras? Ni con mentiras. Si supiera y hablara me rematarían. Son temperamentales, imprevisibles, no se sabe a ciencia cierta qué razones los guían: nunca buenas, siempre sólidas. Unas razones tiesas, implacables, erguidas. A mí, para bien o para mal, no se me dio jamás la oportunidad de confesarme, ni siquiera ante el oído púdico de una sotana. Y ahora que los curas andan repartiendo bendiciones por acá, pasó mi cuarto de hora. Oí uno al pasar. Habló con el de al lado. Le machacaba que fue víctima de malas compañías, pero que podía corregirse.

> Después del secuestro, la esposa… se entrevistó con el presidente Videla para pedir su auxilio. «Me recibió con un rosario en la mano. —Acabo de terminar mis oraciones, me dijo—. Luego me explicó que la desaparición de mi esposo podía tratarse de un autosecuesto o hallarse fuera del país, aunque admitió que también podía tratarse de accionar de grupos parapoliciales o paramilitares. — Es que su esposo andaba muy metido en el gremio, agregó».
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

Yo era del gremio docente y fui secuestrada. Lo primero que me preguntaron fue quien era mi director espiritual, mi confesor. Les dije que no tenía director espiritual, que cuando tenía que confesarme me iba al primer cura que pillaba en la iglesia, en el reclinatorio. Lo que no les dije es que gracias a Dios soy profundamente atea, y que iba a la iglesia a conversar con los curitas del tercer mundo que había por acá. Me hacían sentir como en mi casa.

—Retírense, esta es mi casa —fue lo primero que atinó a decir el padre Mai.

—Nosotras creíamos que era la casa de Dios —le interrumpió Hebe de Bonafini, flanqueada por otras 13 Madres de Plaza de Mayo.

—Intrusas… déjenme hablar —se encrespó, mientras una veintena de policías ingresaba a la Catedral (y las ambulancias se preparaban para llevarse a las provocadoras).

—¿Por qué no habló cuando se llevaron a 30 000 desaparecidos?

Página 12, 9 de julio de 1996

Los desaparecidos no pueden hablar. Uno llama al guardia: quiere ir al baño. No se puede fuera de horario. Se hará encima, le pegarán y seguirá cagándose hasta que lo muelan a golpes. Ya voy entendiendo. Acá no se conjuga la primera persona del singular. Para qué, si nos van a matar.

¿Nos van a matar?

Si te trasladan te matan, si pasás una noche en planta baja te largan, susurra mi vecino. T / L. Nuestro destino pende de dos letras.

La letra T estaba en las fichas de Graciela y de Gerardo, eso fue después de noviembre del 11. A veces les ponían una cruz… Lo vi cuando trabajé en la oficina —me tuvieron un tiempo arreglando papeles, aunque me habían destabicado para que les arregle aparatos robados. Por eso no me limpiaban (o sea, no me mataban), porque así me podían seguir usando. Yo era material útil y disponible.

Disponen de las llaves del abecedario y del candado del cementerio. Como si fuera poco, saben la fecha de nuestro final.

Veo veo

Hoy es 17 de diciembre, fecha de mi cumpleaños. Lástima que deba pasar mi día en cama y con dolor de garganta. Para colmo de males se suspendió la fiesta. Seguro que no me lo festejan hasta enero, con el de Gerardo. Con una torta de dos pisos que tiene muchas más velitas y mucho más dulce en la parte que le toca a él. Por suerte mi tía me regaló una muñeca. Es negra, tiene unos ojos bien saltones, y es más vieja que yo.

Veo veo / qué ves / ¡Una cosa! / ¿Qué cosa? / Maravillosa / ¿De qué color? / ¡Verde!

Adiviné. Me van a llevar de paseo. Me bajó la fiebre. Le pido a mamá que me ponga los zapatos de salir y el vestido amarillo. Hace juego con el verde de la plaza. Salimos en auto: la muñeca, papá, mamá y yo. Estacionamos frente a un edificio gris. No hay césped ni flores, ni hamacas ni toboganes.

¿Qué hacemos acá?

Vamos de visita por un ratito.

Dos manos firmes me arrastran hasta la entrada principal. No quiero pasar pero ya estamos adentro. Mamá golpea una puerta.

Un abanico de delantales blancos se abre delante de mis ojos como la cola de un pavo real. Nadie me acompaña. La muñeca también se fue. Los delantales tienen manos. Me atrapan en una red de sábanas blancas. Me atan a una silla enorme que se estira y me deja cabeza para atrás y patas para arriba. Grito pero no paran. No me escuchan. No puedo moverme ni cerrar la boca. Un aparato más grande que todas sus manos se me acerca con una luz que me aplasta la cara. Me busca la lengua y da vueltas en la garganta. Voy a vomitar. Me sueltan para que escupa sangre en un lavatorio.

Escupo mi cumpleaños.

Me rebelo con la única herramienta que tengo: el silencio. Mis padres quieren comprarme el perdón con un helado. Se defienden con excusas que suenan a gastados caballitos de batalla:

Seguimos las instrucciones del doctor, no sabíamos lo que iba a pasar.

Se me meten todas las sílabas para adentro. Tienen un sabor amargo y se vuelven pelotas en el estómago. No sé dónde poner mi resentimiento, esa cosa fea que me anuda la garganta. Poco a poco se va aflojando y vuelvo a hablarles. Pero no de lo que pasó. Me queda una cicatriz en el alma, una marca invisible que con los años crecerá hasta volverse costra. Con la madurez así adquirida estaré lista para educar a camadas de nuevas generaciones, ansiosas de obedecer las voces de mando de los adultos.

¡Firrr-messs! ¡Jota 08 y 09! ¡Uno, dos yyyy tress!

No sé a quién le dan la orden. Como la puerta de la celda está abierta, me amparo en el marco. Una víbora serpentea su cuerpo metálico por el pasillo, delante de mí, pero no tengo orden de reaccionar. Sigo en posición de firme, con mis neuronas en estado de alerta.

Había que estar alerta porque ellos decían de la celda tal a tal, o llamaban según nuestras letras y números, e íbamos saliendo… en el trencito.

El trencito bípedo pasa sin dejar rastros audibles, y me quedo sola, petrificada, con mi gesto militar desahuciado a punto de quebrarse en infinitud de miedos.

Lo que me daba miedo era que me volvieran a tirar animales. En una celda aislada en la que estuve no me dejaban dormir. Cuando me dormía me tiraban agua, y después perros. Hasta tenían un hurón estos hijos de puta. El hurón es un bicho muy jodido cuando tiene hambre. Es una mascota parecida a la comadreja que se alimenta de ratas, de otros roedores menores. Y cuando está con hambre, lo ataca al humano en partes como el lóbulo de la oreja, la nariz. Me hizo mierda la nariz, el hurón,

porque yo me dormía, y me empezaba a comer. Los tipos me tenían para la joda. Se cagaban de la risa conmigo. Eso era lo que me daba más miedo.

Infinitos miedos nacen y mueren, día tras día, en cualquier calle, en los barrios, la universidad, la propia casa. Miedos enrulados o engominados, miedos sosos o voluptuosos, suculentos, de todas las marcas y sabores.

Ignorábamos los miedos y seguíamos ensimismados, sin mirarle el color ni sentirle el olor al riesgo de caer. Lo cotidiano era, para un estudiante típico: entrar a la universidad, la famosa isla democrática, con la agenda atiborrada de direcciones; tragársela en el baño en caso de peligro; pasar por la entrada, controlada por intrusos azules; entrar a las aulas, vigiladas por intrusos civiles; participar en asambleas, controladas y vigiladas por intrusos de azul y de civil. Y volver a casa evitando ser seguido por los intrusos de siempre.

Ahí estábamos todos, en las buenas y en las malas, confundiendo a veces estrategias y tácticas, pegándola otras, siempre al borde de la revolución. Unos pocos iban armados, no tanto para atacar a la cana sino para defenderse de militantes de otras agrupaciones durante las acaloradas elecciones del centro de estudiantes. Eso era antes del golpe, cuando Isabelita intervino la Universidad y el decano pasó a la clandestinidad. ¿Te imaginás, un decano clandestino? Al final tuvo que exiliarse en la embajada mexicana. Nosotros ingeríamos altas dosis de realismo mágico. Pero algunos lo pagaban caro. Después de una asamblea se apostaba la cana en la puerta de entrada y había que de filar para salir. Con el dedo marcaban: este adentro, esta, aquel, y muchos de los pibes que habían hablado más fuerte, pasaban de ahí a disposición del Ejecutivo como por un tubo. Se la tragaron adentro hasta después de pasada la dictadura, del 75 al 86 u 87. Nos agarraban como moscas.

Recuerdo una escena: un grupo de estudiantes va a hablar con el decano para exigirle que salga la policía de la facultad. Dejan entrar solo a dos. Me ofrezco de voluntario y arrastro a otro, que me acompaña por no ser menos. En cuanto se cierra la

puerta detrás nuestro desalojan a los demás. En lugar del decano hay una invasión de policías. Mosquitos que nunca se sabe de dónde salen, pero sí dónde apuntan. Me tranquiliza una idea: si me llevan en cana no podrán evitar la presencia de testigos. Para salir hay que cruzar pasillos, escalera y hall central. ¡Todavía creía que salen por la entrada! Una escalera caracol me sacó directo del decanato al camión celular.

De hoyo a hoyo

> Nos sacaban tres veces por día para ir al baño. Los baños estaban a 30 o 40 metros de donde estaban las celdas. Nos sacaban en fila india, de a 10 cogidos de los hombros. La mayoría de las veces no podíamos hacer nuestras necesidades fisiológicas porque cuando llegábamos daban inmediatamente la orden de regresar a las celdas, o dentro del baño nos daban una paliza general, o nos daban dos o tres minutos para que todos utilizáramos el baño. Allí nos daban una taza de agua, que no alcanzábamos a tomar.
>
> CONADEP

De la celda al baño se va por trencito, me dice una voz sedosa. La primera mujer que se me acerca: ¿Una presa que hace de guardia? Demasiado suave para guardia a secas.

Cuando escuchás uno te das media vuelta; al dos ponés las manos sobre los hombros del de adelante; al tres empezás a marchar. Vamos, rápido. Que no noten que te quedaste atrás.

La sigo.

Llegamos, agachate.

Dan la orden para emprender la cuenta regresiva. Me acoplo: media vuelta, tres, dos, uno. No era un trencito, es un ciempiés que vuelve hediondo y húmedo. Cuarenta pares de patas arrastrándose, de hoyo a hoyo.

> Subsuelo: Sin ventilación ni luz natural. Temperatura entre 40 y 45 grados, en verano. Mucho frío en invierno. Gran humedad. Las paredes y piso rezumaban agua continuamente… Cocina, lavadero y duchas, estas con una abertura que daba a la superficie externa por donde los

guardias observaban el culo de las mujeres.

Nunca Más

Nos desnudamos al entrar a las duchas. Corremos engrillados, entre empujones, patadas y puntapiés. Los manoseos, en general, están reservados para las mujeres. Los guardias nos catalogan en cuanto empezamos a bajarnos los pantalones. El control de la mercadería no es un proceso individual ni arbitrario: consultan entre ellos antes de dar un veredicto. El culo de la tercera, las piernas de la que sigue y las tetas de la primera: cien puntos ¿quién da más?

El jabón se resbala, cuidado: no se puede deslizar fuera del cuadrado que una debe imaginar en las baldosas. Solo mirar los propios pies, no levantar la vista, volver a vestirse, rápido no quedarse atrás ni resbalarse.

¡Rubia, prepárate que te la tengo jurada!

Látigos de hielo sobre la espalda. Mejor gozarlos, quizás sea la última vez bajo el agua.

> Quizás una vez por semana nos llevaban a bañarnos… había dos hierros con agujeros por donde pasaba el agua y funcionaban como duchas. Nos hacían bañar de a ocho y teníamos más o menos un minuto para bañarnos, salir del agua y secamos. Éramos 100 / 140 y había de cinco a seis pedazos de trapo que se usaban como toallas para todos.
>
> CONADEP

Todo es para todos, hasta los gritos de la noche. Acá lo normal es sentir que no se sube en la vida, se baja; uno se hunde más y más hasta que todo es noche. Acá tocamos la noche infinita, el fondo de la noche. A la noche la habitan gemidos y pisadas, y golpes en puertas impetuosas que se abren a la nada. Abren la puerta fuera de horario. No puede ser el baño ni la sopa.

Estoy vestida como les gusta, con el tabique puesto. Ya aprendí a obedecer. Me llevan. De pie, el pasillo, cuidado: subimos escalones. Un nuevo movimiento: hacia arriba ¿hacia dónde? Corre aire fresco, de patios y calles. Una brisa nocturna.

Espera acá hasta que te llamen.

> Club Atlético: Este campo dependía directamente de la Plana Mayor de la Policía Federal y funcionaba como principal base de operaciones de inteligencia de la Policía Federal, pero también era utilizado por los distintos grupos de tareas quienes concentraban ahí sus desaparecidos.
>
> CONADEP

¿Será una guarnición del Ejército? ¿El Departamento de Policía?

> *La policía fue cambiando con el tiempo, pero siempre había que tener cuidado con ella. Hace muchos años mi viejo tenía un oficial amigo del bar en que chupaban juntos. Ahí me llevaba a comer un sandwich con jamón y queso y una Bidú, de modo que yo también lo conocía. Una vez caí por repartir volantes y fui a parar a la comisaría. Me recibieron a patadas y a trompadas, como acostumbraban. En un momento llega este oficial y dice: Paren, paren ¿qué pasa? ¿Qué pasó, pibe? ¿Qué estás haciendo acá? Incluso me pone una mano sobre el hombro. Como estaba sangrando me lleva: ¡ven!, lavate, a una piletita con un grifo. Cuando me estoy lavando siento un campanazo, y doy con la cara y los dientes contra la canilla. Me dio una trompada con toda la intención de romperme la cara. Me di vuelta y me quedé mirándolo, atónito. Él me repetía: ¿qué me mirás?, ¿qué me mirás?*

Una voz me aconseja: Mira que acá hay muchos guardias, pórtate bien.

Este piso suena distinto al subsuelo, el sistema de seguridad parece más relajado. Aquí parece que no nos tratan tan mal, a lo sumo nos ignoran.

Sí, mi teniente. Acérquese, cabo. Enseguida, señor.

¿Una base militar? Tecleo de máquinas de escribir, movimiento. Y hay otros prisioneros: el roce esporádico de las cadenas contra el piso es el alfabeto morse de los sin nombre.

Antes de preguntarme mi nombre me dieron una paliza, después me dejaron, a eso de las nueve de la noche, en una oficina del Departamento de Policía. Yo descalzo, lastimado, sin el cinturón de los pantalones, en un ambiente oficinesco: había un paquete de galletitas medio abierto, un termo de gente que trabaja, y a la mañana empezaron a caer las empleadas civiles de la policía, a las que les parecía lo más normal convivir con ese espectáculo, y me trataban como si fuera un florero adornando el rincón de un departamento.

El umbral

¿Departamento de policía? Los grillos me lastiman los tobillos, las baldosas están heladas. No me aguanto en mi lugar. Quizá sean los otros, o la brisa, o la ilusión repentina de estar en el umbral de la liberación. No sé qué es. Algo en el aire habla a través mío.

Por favor ¿me puedo mover? Tengo frío.

Un silencio mortal corta el espacio por la mitad: de un lado ellos, todos ellos, pasmados. Del otro lado yo, con mi aguzado instinto para decir lo que no corresponde. Se van a burlar de mí, van a matarse de risa. ¿Qué me van a hacer?

Puede hacerlo, decreta sin énfasis.

> *Nos hacíamos nuestras escapadas a casa de un amigo que vivía al lado de la policía. El fondo daba prácticamente al patio de la comisaría 8a. Me decía que escuchaba música y gritos, que torturaban. Era la época de Perón, los años 50. Sabíamos vagamente que ahí, en un portón que había, funcionaba la policía política, la Sección Especial que después fue Coordinación Federal.*

Coordino los movimientos a pesar de los grillos, estiro los brazos, los alzo hacia el techo y me pongo en puntas de pie. Puede hacerlo, me dijeron. No puedo creer que me den permiso para algo, pero me paro y empiezo a mover el cuerpo entumecido. ¡Bravoo! ¡Otraaa! ¡Miren, muchachos, *La muerte del cisne*! ¡Vamos todavía! Las voces se acercan y yo sigo, obsesiva y pacientemente sigo. A ver, *¡Cascanueces!*, el mismo ritmo y uno, y dos: ¡Dale con *La tarantela*!, y tres, y cuatro ¡Baila *El Danubio azul*!, y me olvido del coro, y abajo y arriba, y sigo, y va, donde sus burlas no me tocan, y uno y dos, y un calor me invade, y tres, y brazos y sube, y cuello y

sí, y más y bien, y crece el calor, y va y va, y me río por dentro y sí, y más adentro, y cuatro y cinco. Bailo el gallito ciego muerta de risa.

Chito

Me muero de risa cada vez que empezás a contar chistes cuando tomamos la sopa. Es tu instante predilecto, y disfrutás el enojo de mami cuando el líquido nos salta por la nariz. Tanto te querían hacer callar de chico que te llamaron Chito, sonido que cobra vida con el dedo índice sobre los labios: ¡calladito! Ahora sos León, el rey de la selva que se agazapa, amenazante, detrás de las puertas de nuestra niñez. A la playa en bicicleta, a correr, a nadar lejos, muy lejos, con esa brazada esbelta que parece llevarte hasta la otra orilla del río. Papá es un caleidoscopio de sorpresas: también toca el violín en el jardín, y dibuja figuras en tinta china de chicos flacos y panzones, en callecitas de barro. ¿Por qué esos ojos negros de mirada tan gris? Y hace planos de todas las casas del barrio, y recita a Heine, y baila tango, y lee, siempre lee. No me cuesta quererte: me das consejos cuando los pido, no te enojas como mamá, no me prohibís nada. Sos ideal. Con los años te reís menos y escribí más: *¿Es la política una mala palabra?*, artículos sobre ética y estética, y unas páginas autobiográficas a pedido mío. Vienen con una nota:

> Lamento que mi vida no haya transcurrido más heroica o novelesca. Soy más un personaje de Kafka que de Byron.

Te olvidás de un detalle: mientras Kafka era empleado de una tediosa compañía de seguros, vos trabajás en casa, sin horarios, gozando de lo que algunos llamarían libertad.

> *Me mandaron un radiograma diciendo que a mi hijo lo habían puesto en libertad. Yo soñé que él caía en la ruta, y que un ómnibus le pasaba por ahí, y el otro por acá, y ya lo habían despedazado, y así quedaba. Cada vez que lo quería sacar,*

pasaba un vehículo. Y dije: a mi hijo esta noche lo han matado, y miré el radiograma, con su nombre y apellido, como si fuese una tumba.

Me llaman por nombre y apellido. El tipo que me lleva del brazo es más gentil que antes: soy una ciega respetable. Me sienta junto a un escritorio frente a un oficial militar que pronuncia su autoridad con parsimonia.

Parece que nos equivocamos con vos, pero si no querés complicaciones, mejor que se te grabe lo siguiente: nunca estuviste acá ¿entendiste? No queremos vernos obligados a proceder con más firmeza. De manera que acá no ha pasado nada. Nada se nos escapa: seguimos de cerca tu historia familiar y sabemos todo lo concerniente a tu primo y su concubina, las movidas de tu tío el periodista, las avivadas de tus primos guerrilleros. Podrían verse perjudicados por cualquier descuido tuyo. Pero si actuás como debes y no hablás de más, no vas a tener problemas.

Abel y Hugo

No tuvimos ningún problema entre nosotros, a mis primos solo dejé de verlos por cuestiones de familia: los viejos se pelearon y dejamos de reunirnos para Año Nuevo y los cumpleaños. Apenas acompañaban, abstractos, algunas charlas de sobremesa.

¿Sabés que Hugo se recibió de médico? Trabaja en el Hospital de Niños.

¿Y Abelito? Ya está por terminar la secundaria y tiene solo catorce. Dicen que está altísimo, un churro bárbaro. Van a ayudar al papá a la clínica, son dos chicos muy bien educados.

Los chicos llegaron a la cínica una tarde, me cuenta tío Pedro. *Abel estaba conmigo y escuché que Hugo subía las escaleras cuando empezó el tiroteo. Era una emboscada.*

Aparecieron tipos armados por los cuatro costados, que lo seguían a Hugo por los techos. Abelito se interpuso y lo agarraron. Gritaban, tiraban cosas, pateaban, disparaban. Volvieron con el cuerpo de Hugo, parecía desmayado. No lo habían herido, pero noté que se había envenenado. La famosa pastilla de cianuro. Querían que lo reviviera, pero no había nada que hacer. Se los llevaron, al vivo y al muerto.

Me quedé encerrado en esa escena como en una tumba. Empecé a ver policías por todas partes, cubrí las paredes con cinta adhesiva para que no me espiaran. Un día llegó la ambulancia y me llevó. Me aplicaron electroshock. Dicen que me curé pero soy un vegetal, o peor, una piedra.

Caso 459: No está probado que el 19 de abril de 1977, Abel Ornar Strejilevich fuera privado de su libertad en el domicilio de… Capital Federal, por fuerzas armadas que

actuaban bajo el comando operacional del Primer Cuerpo de Ejército.
En efecto, en el recurso de *habeas corpus* que el padre presentara ante el Juzgado de Instrucción… no se indica la forma en que el supuesto desaparecido haya sido privado de su libertad. Solo se da una fecha, sin ofrecerse testigos ni suministrarse otros datos para poder esclarecer la situación. Como una indicación se manifiesta que había desaparecido un hermano suyo, el que posteriormente apareció como cadáver
N. N.
sepultado en la Chacarita.
A esto hay que agregar que en el informe elaborado por la
CONADEP
tampoco se da noticia detallada del suceso. Hay una presentación de una prima suya denunciando su privación de libertad.
Con estos elementos aislados no se puede tener por probado el hecho: no hay testigos de su detención, ni que hubiera sido visto en algún lugar en que se mantuvieran clandestinamente detenidas a personas.

Caso 460: El tribunal tiene presente lo dictaminado por el señor Fiscal en cuanto solicita la absolución de los procesados respecto de este caso, lo que así se resolverá.

La sentencia

Pasaron varios años hasta que Sonia completó el relato.

En ese entonces mi esposo Hugo, Abel y yo nos estábamos alojando en la clínica de Pedro. Cuando llego a la clínica me llaman la atención dos motos paradas justo enfrente, y la puerta entornada en un horario en que se trabajaba. Huelo algo raro. Subo y casi me choco con un morocho enorme. Pienso ya está, listo, acá perdimos todos. Habían sacado a todo el personal, solo quedaba una mujer grande que trabajaba ahí. Me preguntan a quién busco y digo al doctor. Aparece un tipo petiso en un traje príncipe de gales, que se usaba en esa época, con pistola. Veo el teléfono arrancado a sus pies. Insisto: al doctor. ¿A cuál doctor? Al doctor Pedro, se me ocurre decir. No, no, no… Váyase para adelante, me grita. Cuando voy escucho una voz: Tenemos dos paquetes: un paquete blanco… y otro más. Hugo y Abel, pienso y me recorre un escalofrío. ¡Pensar que todo eso pasó en segundos! Parecía que había estado ahí adentro una eternidad, pero fue menos de un minuto. De repente veo a esa señora y abro los ojos para que entienda lo que le estoy queriendo decir: Mi radiografía, digo. No está todavía, me mira fijo. Justo sale un tipo rubio, alto, con el estilo de Astiz. Entonces me apuro para irme de una vez, como enojada: Pero qué barbaridad, mi radiografía, bueno, mañana vuelvo. Y bajo. Cuando llego a la esquina empiezo a correr.

Perdí los documentos, perdí todo en esa corrida. No sabía dónde corría, pero corría. Paré en un teléfono y le mandé un radiomensaje a Hugo, porque no quería creer lo evidente. Pero lo recibieron ellos, y ahí se dieron cuenta quién era yo. Por eso agarraron un montón de cosas mías que había en la casa. Fotos

de cuando era chica, mi libreta universitaria, una valija llena de cosas. Y se las llevaron.

Nos llevan arrastrando las cadenas al patio de la posible comisaría, de este Club que todavía no sé qué es, de este pozo.

Nos apuntan en la nuca: ¡De pie, manos contra la pared! ¡Por acá, parate donde te digo, maricón! Nos palpan de armas, como si pudiésemos esconder algo. Somos los elegidos. Si se molestan en darnos tantas instrucciones, será porque piensan liberarnos. Pero nunca se sabe. Podrían acabarnos con un par de tiros y desquitarse con el resto del cartucho.

A Abel le disparan porque cuando salen a la vereda él se les escapa y corre hasta la esquina. Lo hieren en una pierna y se lo llevan. Esto me lo cuentan después otros testigos. Los tipos esperan hasta las ocho de la noche —el allanamiento fue a la tarde— para sacar el cadáver y llevárselo. Deben haber creído que caían a un lugar muy importante, pero se equivocaron. Ni siquiera encontraron armas.

Que pase lo que tenga que pasar

Mientras manos anónimas nos palpan de armas, las mías revuelven sábanas de la memoria para despertar a los ausentes entre los pliegues. Ahí están, mis amigos: animados, como de costumbre.

Con una zamba entre los dedos y la luna, arrimados a la nostalgia. Las canciones conviven con utopías paridas por la rabia. No importa el nombre, todos se parecen. Los que están acá, engrillados, también se parecen. Nos parecemos. Éramos un despilfarro de risas, no este silencio congelado con forma de final. La lucidez del dolor me obsequia el vano orgullo de no aflojar cuando están por derrumbarse nuestros nombres al borde de la madrugada. Estamos habituados a despedirnos, pero no a esta ciega ceremonia del adiós.

Sin ceremonias nos meten en una camioneta. Que pase lo que tenga que pasar, de una vez por todas. Me empujo disimuladamente el tabique y espío dónde dejan al primero. Un descampado, parece lejos de la ciudad. No se ven casas ni edificios.

Le toca a otro.

¡Caminá!, le gritan.

No entiende la orden. Quizás piensa que está frente a un pelotón de fusilamiento. Da unos pasos para atrás.

¡No te hagas el vivo, imbécil!

Camina un poco hacia adelante. Todavía ciego, perdido.

¡Tomatelás, Gardel! ¿O querés quedarte con nosotros para siempre? Lo paraliza la duda. O el miedo. ¡Traeme la pistola que lo reviento por pelotudo! Otra voz intercede:

¡Apúrate, tenemos más carga para tirar, che! Pibe, contás hasta cien y después te sacás el tabique. Si lo hacés antes no contás el cuento, ¿entendido?

La camioneta arranca a todo lo que da.

¡Aquí, Turco, cambio!

En dependencia de Brigada 315. Positivo.
¿Saben lo del
GT2
?
Afirmativo. Pasa a Logística.
Entonces atentos al tres nueve, cambio.
Paran otra vez. Uno, dos, tres, soy la cuarta. Sola con ellos.

> Turco Julián, Pocavida y Gonzalito, Sami La Foca Loca, el Colorado, el Coronel, Don Juan, el Soldado, Corchito, Alacrán, Tiro Loco, Centeno, Sangre, El Alemán, Kung Fu, Gato Viejo, Pajarito, Ratón, Tortuga, Hormiga, Pepe Bolsa de Mugre, Doctor K., Ruso, El Japonés, Gordo Rey, Baqueta, Rodilla, Honda, Patán, Candado, Chispa, Chacal, Angelito, Clavel, Padre…

Por fin mi turno. Se abre la puerta y me rescata la calle. El ruido del motor se aleja y empiezo a contar en voz alta, aspirando bocanadas de aire puro. Sigo las instrucciones al pie de la letra, como si fueran garantía de salvación. Noventa y ocho, noventa y nueve, cien.

> *Yo lo que hacía era contar, contaba un dos tres, y así, lentamente, hasta llegar a sesenta, para formar con segundos un minuto y así, tratando de que pase el tiempo que no pasaba más.*

Mientras cuento hasta cien se fueron a todo lo que da. No aguanto más y me bajo la venda. La luz de mercurio me encandila. Abro los ojos de a poquito: que recuerden la noción de los faroles.

> *Uno pierde algunas nociones: la noción de la velocidad de los vehículos, la noción de la distancia, esas cosas físicas. Pero rápidamente las recupera. Debe ser como cuando uno está muy enfermo en cama, se levanta y le cuesta adaptarse.*

Me adapto enseguida al panorama del barrio: veredas altas, calles empedradas, ahí está Caminito y este es el río. Sí, La Boca.

La Boca: tu barrio, Gabriel, el que me regalaste a los quince años. El que palpamos juntos, demorándonos en cada esquina, espiando zaguanes, investigando balcones y portales. Caminamos los domingos, cuando cierran los negocios y uno puede disponer de veredas, terraplenes, y callecitas despobladas como el otoño. La Boca, donde los pobres pierden sus tesoros durante las inundaciones; donde las vías muertas del tren guardan viejas tonadas románticas; donde en un museo de títeres vive, cristalizado, nuestro teatro de sombras. La Boca, donde los balcones espían miles de sombras.

Los balcones ocultan / susurros y sombras / pulsos secretos / ahogan los portales. / Cortan las calles tres mensajes / Prohibido. / Morirá. / A partir de ahora. / Se alistan los relojes / espían las mirillas / tiemblan los rincones. / Solemnes y armados desfilan / sangrientos honores. / Mientras tanto en secreto / y con fugaces citas / levantan la voz / tímidas esquinas.

Desde la esquina observo las cantinas de La Boca, donde la vida se rocía de vino tinto hasta cualquier hora. Entro a la primera que veo. Espío a los inquilinos de la noche: festejan algo con abundante comida, música y ruido. Están contentos, la risa se multiplica. Entre fotos de calles inundadas y posters de Gardel, guitarras y bandoneones. Pido un teléfono, no quiero perder más tiempo. Marco el número. Una voz dormida se despabila:

¡Norita!

Sí, soy yo. Estoy bien. Voy para allá.

No les doy tiempo a contestar. Temo que me sigan, que me escuchen, que me lleven otra vez. Salgo a la calle.

Salgo a la calle muy temprano. Mi primer día fuera de la cárcel me levanto a la mañana, a ver el amanecer después de nueve años. Salgo y me voy caminando, a mojarme las patas en el pasto, en medio de las vías, qué se yo… a sentir esa cosa, la libertad. A la noche, me acuerdo, salí a tomar un helado. Con las luces, estaba mareado.

Estoy mareada, y encima sin documentos y sin un centavo. Le pido cambio al mozo: que me robaron. Con unas monedas corro hasta la parada. Voy como escapando, no me acostumbro a ser libre.

Yo me acostumbré a la libertad enseguida. Siempre que pensaba en la salida creía que iba a ser algo extraño, que uno iba a tropezarse con los cordones de la vereda ¿no?, que la desubicación sería total. Pero no, en absoluto. Yo salí y sentía una gran felicidad de estar caminando por la calle.

Caminar por la calle en la oscuridad no es fácil, cuidado: acá hay que bajar veredas por escalera. Menos mal que conozco la zona porque no veo nada. Espero el colectivo junto al río blanco y negro, en la calle empedrada. Piedras que esconden manos, presos de otros tiempos. El 164 estaciona. En este planeta solo el transporte lleva número, qué placer. Subo y saco boleto.

No sale hasta las menos cuarto.

¿Qué hora es?

Las dos y media.

Tengo todo el colectivo para mí, soy la única pasajera. Elijo el primer asiento para ver mejor. Y distingo muy bien, a pesar de la miopía: un patrullero estacionado enfrente.

Antes los patrulleros eran unos coches destartalados que ni siquiera eran todos de la misma marca: un Ford, un Chevrolet. Me acuerdo que sabíamos que venía el auto de la poli por el ruido a lata que hacía. Hasta usaban bicicleta… pero poco a poco se fueron modernizando. Pasaron de polis a canas.

Documento

Lo único que falta es que este cana suba los dos escalones del colectivo. Dicho y hecho. Ahora falta que se dirija a la única pasajera: yo.

Documento, señorita.

Un tipo tenía mi documento en alto y con la otra mano se estaba bajando los pantalones. Uno le decía que no me lo rompiera, porque lo estaba por desgarrar. Me decía: si no querés que te lo rompa, dale, y despacito lo iba rompiendo. Uno sentía en esa época que sin el documento no era nada, por ahí uno lo iba a renovar y quedaba adentro. No tenerlo me daba terror.

No tengo, le contesto sin ganas, como quien lee un guion poco original. ¿No sabes que está prohibido salir sin documentos?, le toca a él, como ensayando para el estreno. Tienen la obsesión del documento.

Y me queda la obsesión del documento. Cuando este año lo pierdo voy a hacer la denuncia a la comisaría, y me toca un policía que no me da bola, que está jugando con la computadora.

Bueno, me dice al final. ¿Querés la denuncia? Vamos a hacer la denuncia pero tenés que pagar. Entonces me acuerdo de esa escena del tipo despacito mostrándome cómo rompía el documento. Quiero irme, y empiezo a ir para atrás. Empiezo a revivir todo, a revivir, y revivir, y revivir. Y lo único que atino a decir es: No, no.

No me salgo del guion y retruco: Sí, señor, sé que tendría que llevar documentos.

Por fin pronuncia la infalible última palabra: Acompáñame.

Acompañame

Dos pares de brazos me sacan de la fila india que hacemos en la frontera con Brasil. En 1976 vuelvo de mis vacaciones, rebosante de luz y de arena, de Copacabana y Pan de Azúcar. No percibo que el mundo gira ciento ochenta grados hacia la oscuridad al cruzar a la Argentina. Cuando lo noto, ya es tarde. Manos alertas, suspicaces, investigan mi identidad, hurgan mis más íntimos recovecos, revisan, detectan, registran y se preparan para condenarme si no estoy en regla. ¡Esto es subversivo!, me grita el gendarme. Son dibujos de los campos de concentración nazi. Papá pintó en tinta china un paisaje realista con fondo nevado y humo, cascos y siluetas de soldados junto al alambrado. En un ángulo del campo, la torre de control, donde se apostan un par de guardias con sus rifles a la vista.

Pero señor, fíjese la fecha: ¡1944!

No me contradigas, y agradece que estoy de buen humor.

Me cala los huesos con su lapicera, me tacha el cerebro, me interroga acerca de mis actividades profesionales o no profesionales, me cataloga en su fichero y al menor desliz, me registra como culpable. Me inspecciona el bolso, hojea las revistas, me desnuda a cada vuelta de página. Me estruja a fondo, dejándome seca, sin una gota de inocencia. Abre un sobre y mira la carta al trasluz.

Hay frases grabadas entrelineas.

Son marcas de mi escritura en otra página.

¡Contestá cuando te pregunte!

Se concentra en un paquete. Es el único regalo que traigo: un reloj de pared. Lo veo alejarse con el paquete y tirarlo en medio de un potrero. No explota. Vuelve con las manos vacías. Podés retirarte, y dejate de andar con material sospechoso o vas a terminar en la comisaría.

Más informaciones

A la comisaría. Te dije, te dije que no confiaras. No siento miedo ni decepción. No esperaba nada mejor. Quizá me estén probando. Quieren ver si hablo. Andar en mangas de camisa en pleno invierno, de madrugada, sin plata ni documentos, con marcas en la piel, no es un hecho sorprendente para las fuerzas del orden. Hay que imitarlos, acentuar el aire de naturalidad.

¿Por qué no llevás la cédula?

Me robaron la billetera.

¿Querés denunciar el robo?

No, señor, no vale la pena.

¿Cuál es tu número de teléfono?

Se lo doy.

Buenas noches, señora. Acá, en la comisaría, se encuentra una joven que dice vivir en ese domicilio. Queremos saber si la conoce y si sabe dónde estuvo esta noche.

¿Podría darnos más informaciones?

Estas informaciones las da Juan de Luca, argentino, casado, Comisario Inspector de la Policía Federal Argentina, ante el Juzgado donde se procesa el caso del Club Atlético:

> Que esa dependencia cumplía exclusivamente funciones administrativas propias de la División Almacenes de la Policía Federal. Que la división Almacenes ocupaba la planta baja, el primer piso y la terraza del edificio en cuestión. Preguntado por Su Señoría para que diga si el edificio tenía subsuelo, respondió: que no. Que tenía solo planta baja donde funcionaba el garaje, y una escalera que conducía al primer piso donde se entregaban uniformes al personal que concurría con la pertinente autorización.

Preguntado por
S. S.
para que diga si en esa dependencia en alguna oportunidad fueron trasladados o alojados detenidos, respondió: que no… Preguntado por
S. S.
para que diga si en esa época esta División se encontraba bajo control operacional de las Fuerzas Armadas, respondió que lo que se encontraba bajo dicho control era la institución de la Policía Federal, pero no la división de Almacenes como dependencia, dado que por la naturaleza de sus funciones no tenía ninguna relación con las operaciones llevadas a cabo por las Fuerzas Armadas… Preguntado por
S. S.
para que diga si en la zona de esta División había alguna dependencia oficial con personal policial o militar, respondió: Que no recuerda la existencia de ninguna… Preguntado por
S. S.
. si tiene algo más que agregar, respondió: Que no tiene nada más que agregar, con lo que no siendo para más se dio por terminada la sesión.

Causa Club Atlético, Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)

¿Terminará esta sesión? El reloj de la comisaría marca las cuatro de la mañana. Hace dos horas que me tienen, y no hago más que adelantarme a lo que va a pasar. Y no pasa nada. Quiero que se acabe todo, y salir corriendo.

Si salís corriendo cuando llueve te mojas dos veces: con la lluvia que te cae, más la que te adelantas en recibir: la lluvia de adelante. Eso me decían cuando era chica. Y ahora, pensaba, estoy así, siempre adelantándome. Pero solo podré dejar de anticiparme si llega el final.

Finalmente me llevan a casa en patrullero, qué delicadeza de su parte. En el trayecto hablan, me hablan.

Tenía claro que iba a empezar a hablar desde el preciso instante en que pasara la puerta de ahí. Y fue lo que hice. Desde que salí empecé a hablar. Y hablé, hablé sin parar, hasta hoy. Fui a Naciones Unidas, fui al Vaticano, fui a los Estados Unidos, a España, fui a todos lados dando mi testimonio. Contaba que un país perdido, en Latinoamérica, estaba sembrado de campos de concentración. Yo había salido, pero había un montón de gente que estaba pasando por eso que yo había querido cada día que se corte, así fuera con la muerte. Y había gente que seguía padeciéndolo así. Eso era lo que yo hubiera querido que hicieran por mí cuando estaba adentro. Por eso nunca dejé de tener ganas de hablar.

No tengo ganas de hablar. No sé de qué puedo hablar con tres policías. No contesto. En la puerta de casa, dos pares de brazos me alzan. Sonrío, segura, entre sus brazos. Revoloteo como la mariposa de mi globo, sin parar.

Todo sigue tan normal

Sin parar me hacen un nido de agua, y me sumerjo en la tibieza de la bañadera y de sus palabras. Mamá se acerca y me ve las cicatrices, que se resisten a salir con esponja y jabón. Recuerdo sus manos en las nervaduras de mi piel. Mi piel es lo único que ha cambiado en estos días.

Todo sigue tan normal: la cama en su lugar, la lámpara globo. Falta mi poster de Vietnam. Lo habrán hecho papel picado. *El Tesoro de la Juventud* no les interesó ¿muy pesado? Tampoco sobrevivieron los álbumes de fotos, mis cuadernos, ponchos, el reloj, la radio, esas cosas. Por suerte no arrancaron la puerta, ni el inodoro, ni se llevaron los muebles. No, apenas mis diarios y mis cartas, detalles. Fueron sobrios: no vino el camión del Ejército a cargar con todo.

> *Habían cargado con muchas cosas: cuando me quise vestir, me acordé que tenía la ropa en la valija, y cuando la abrí no había casi nada. Me puse una blusa de fiesta, lo único que encontré. Se llevaron todo lo que se podían llevar, menos la heladera. Y al día siguiente volvieron por ella.*

Pueden volver, siempre pueden volver. Les gusta que uno viva pendiente de su posible llegada. Pendiente y temeroso, como debe ser. Ruidos y voces se me meten en los sueños. Una pupila alerta me vigila desde un rincón, desde una tarde de 1977.

Una tarde de 1977, se cuenta al unísono en *Rebeldía y esperanza* y en *Una sola muerte numerosa*, la estudiante argentina regresó a su departamento de Corrientes al 2900.

> El portero la llamó aparte y le dijo que al mediodía habían estado policías de civil que habían preguntado por ella.
> ¿Qué le habrán dicho al portero de casa? Tuvo que haberles abierto la puerta de entrada.
> La joven mujer —tenía 26 años— se sorprendió.

Nos sorprendimos.

> A las diez de la noche golpearon a la puerta. La escena fue igual a la que miles de personas tuvieron que sufrir en los años de Videla-Massera-Martínez de Hoz. La tiraron al suelo, la golpearon, la interrogaron sobre supuestos.

Qué soledad, la joven inglesa con los héroes de la patria. Por lo menos en casa éramos tres.

> La trasladaron luego a un lugar distante unos veinte minutos que Diana reconocerá después como el Comando del Cuerpo I…

Veinte minutos al norte, quince o veinte hacia el sur: rutas hacia el mismo límite, fuera del mapa oficial. ¿Nos comparaban las respuestas, Gerardo?

> Allí la interrogaron nuevamente. Sus respuestas eran comparadas con las de Elisabeth Káserman que es torturada en la habitación de al lado. A la madrugada la trasladan de vuelta a su departamento.

A la madrugada nos llevan a nuestro departamento.

> Se quedan tres. Le dicen que van a preparar una ratonera. Todo el que golpee la puerta, va a la jaula.

¿Caerían mis amigos si me quedaba?

Cuando están ya instalados, uno dice: «¡Sacate la ropa!»

Nos la sacamos, Diana. Y allí empieza otra batalla. La guerra sucia.

La aterrorizada muchacha, con los ojos vendados, es violada concienzudamente por tumo. Dos horas cada uno. Mientras dos duermen, el tercero viola. Vale todo. Un verdadero triunfo de las braguetas argentinas sobre la indefensa inglesa. ¡Por fin un triunfo! Los goles se van acumulando. ¡Argentina!
¡Argentina! Cuando les llega el hambre, bajan a comprar *pizza* y
Coca-Cola
. Y siguen.

¿Comerían un *sandwich* después de tirarme a la celda, con una
7-Up
?

En medio de la humillación, la estudiante de teología le pregunta al violador: *—¿Ustedes son cristianos?* El violador, en silencio, le toma la mano a la muchacha de los ojos vendados, se la lleva al pecho velludo y le hace tocar una cruz que pende de una cadena: *—Somos católicos*, es la lacónica respuesta.

Católicos que odian a católicos de ideas foráneas y disociadoras, y a judíos (elementos siempre disolventes) y a mahometanos y a budistas y ni hablar de los ateos, todos apátridas y extranjerizantes.

Tres días y tres noches durará la becerrada. «Si hablás una palabra sos boleta», es la consigna.

Somos boleta, Diana.

Y se van. Con todo: los aparatos, la colección de discos latinoamericanos, joyas, dinero, las ropas.

Fotos y ponchos, relojes, adornos, colección de monedas.

Lo que no pudieron llevarse fue destruido. Hasta arrancaron las puertas interiores de la vivienda.

Vidrios, rompieron vidrios. Ventanas de colores.

Victoria, terror, botín y tierra arrasada. Guerra sucia. A los diez días Diana pudo abandonar el país.

Pudimos, Diana.

Buenos Aires, 7 de abril de 1979
Querida hija:
Leo tus memorias una y otra vez. Siempre vuelvo a ellas, hasta que quedan grabados los detalles que más interesan, o todo. Como multiplicar las visiones: agregar a la mía una visión tuya. Verte de nuevo, como un pantallazo, con tus bultitos, emigrando.

Desde la ventanilla del avión Argentina es un perímetro, un punto entre las nubes, un territorio que imagino.

II

Hasta que un día
me devolvieron el nombre
y salí a lucirlo por los pasillos
del mundo.

Máscaras encontré
países perfiles adormecidos
lenguas golosas de novedades
absurdo.

Me dejé caminar así
hacia mi ningún lugar
hacia mi nada
por desfiladeros de huellas
sin rocío
sin poder traducir
mis cicatrices.

¡Este nombre no es mío!
El mío
era cien era mil era todos
el mío
era cuerpo era vientre era voz
tenía vecinos silbaba
era diurno y nocturno
era un dios.

¡Se me ha perdido mi nombre!
por las veredas de un mapa
sin esquinas grité
entre puertas acribilladas de miedo.

¡Quiero mi nombre!
mi nombre propio curvo palpitante

¡Que me lo traigan!
envuelto en primaveras
con erre de rayuelo
con o de ojalá con a de aserrín aserrán.

No fue un sueño

Hoy vi un mundo a la deriva. Había figuras que volaban o nadaban en el espacio, mujeres enormes y diminutas, hombres de todos los tamaños que se duplicaban, triplicaban, multiplicaban. Al hacerlo creaban cuerpos y parecían bailar con alguien. Ese alguien era un traje sostenido por el vacío de una ausencia. Las parejas jugaban a las simetrías y a las sorpresas, apareciendo y desapareciendo en un fondo negro del que brotaba el asombro. Un tren fantasmal atravesó el horizonte, yendo hacia ningún lado. Un barco cruzó el océano, unas olas inmensas rompieron contra la proa, lo cubrieron de espuma, y cambió de rumbo. Implacables alas de aviones sobrevolaban el horizonte y toda costa posible. Oí gritos pero no había nadie. Solo ecos. Salí corriendo del sueño, en el sueño. No era un sueño. Se oyen gritos pero no hay nadie cuando la arrancan del colectivo y la meten en un auto. La historia de siempre. En pleno día, en pleno centro, en plena juventud. Solo que, en el caso de Olga, a quien querían arrancar del colectivo era a mí. ¿Cómo? ¡Si ya lo habían hecho! Sí, y lo podían volver a hacer tantas veces como fuera necesario.

En el setenta y ocho me secuestran por un rato.

Una prima que nunca conocí les muestra a mis padres una foto carnet de la adolescencia. En blanco y negro somos iguales, casi. Empieza a dar vueltas el Falcon sin chapas con Olga. Pleno centro, pleno día, plena joven que no entiende bien: si solo estudia y va a bailes y no está en nada, ¿por qué y cómo la meten de golpe en un coche ajeno, un pañuelo le encierra la mirada y la voz anónima del *walkie talkie* recita su identikit?

Ojos azules, rubia.

El pelo se enreda entre dedos astutos: le están por arrancar la peluca negra pero no logran despegarla del cuero cabelludo. La diferencia de color los irrita: ¡Te teñiste, hija de puta!

1978. Los argentinos somos derechos y humanos. Ahora son selectivos, no se la agarran con cualquiera —llegan demasiados intrusos a husmear en asuntos internos, después andan denunciando abusos como si entendieran algo. Por eso los empleados no saben qué hacer con el *paquete*, dan vueltas por el centro: que el *walkie talkie* decida si la largan o no.

> *El que decidía si nos largaban o no era un coronel, que siempre me venía a ver. En esas charlas le descubrí un lado flaco. Me di cuenta, primero, que era soltero. Y segundo, que tenía una fijación edípica con la madre. Las visitas eran cada tres meses y después de cada una el tipo ordenaba las libertades. Entonces me organicé toda una conversación centrada en eso. Cuando llega a mi celda le digo: mirá, lo que más extraño es a mi madre. Ni siquiera menciono mujer, amigos, nada. Había recopilado de mi vida un montón de historias sobre el tema. Le insistía: toda mi infancia y mi adolescencia he estudiado para poder recibirme y así darle un título a mi vieja. Y a un machista y un tipo edípico, uno puede esperar que esas cosas le impresionen. Cuando termina la visita me dice: no quiero prometerte nada, pero podría ser que la próxima tenga alguna buena novedad. Y me pregunta: ¿con quiénes te juntás vos en el patio? Entonces pienso, ahora sí tengo que decirle con quienes me junto. Por eso se lo digo. Después ponen la lista con los que salen en libertad. ¡Y aparezco yo con todos los que andaban en el patio conmigo!*

¿Fue así, Gerardo?

El tiempo no se acaba, nosotros sí.

Gerardo Strejilevich

Antes que nos sacaran al patio te escuché, me cuenta un amigo de Gerardo. Nos reconocimos en alguna marcha por los derechos humanos, y la sorpresa nos enredó las voces hasta el final de la noche.

Nos largaron a los dos en el mismo momento, estoy seguro. Te reconocí la voz. ¿Acaso no pediste permiso para moverte? ¡Qué ocurrencia! Cuando te lo dieron me animé y también yo empecé a moverme, sin que se notara mucho. Yo estaba muy atento a las voces para detectar si estaba Gerardo. Caímos juntos.

No hablé de su desaparición por miedo. Un miedo que al principio eran vómitos cada noche, y pesadillas, y miedo a las pesadillas. Tu hermano también tenía miedo, y por eso vino esa vez a dormir a casa. Le dije que era más seguro dormir en el ómnibus, ida y vuelta a La Plata o a Rosario. Pero eso le daba más miedo. No quería estar solo. Nos fuimos caminando a mi casa, y así se sintió mejor.

¡Abrí la puerta, pibe!, me gritan, como si necesitaran que uno les abra. Gerardo dormía en la otra pieza y no iba a tener tiempo de escaparse. Titubeé, me hice el que no sabía dónde había puesto la llave, que estaba en la cerradura. Hasta que al final me di cuenta que él tampoco conocía la casa como para escapar, entonces abrí.

No todos los días uno abre la puerta para que entre un ciclón

desmantela habitaciones y destroza el pasado y arranca las manecillas del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los disfraces. No todos los días uno trata de escapar pero el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y uno gime acorralado por minutos que no corren. No todos los días uno tropieza y cae manos atrás atrapado por una noche que remata su vida cotidiana. Uno se marea por la vorágine de retazos, de ayeres y ahoras aplastados por órdenes y decretos. Uno se pierde entre sillas dadas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas. Uno apenas siente que los ecos modulan ¡te querías escapar, pendejo!, y que una boca inmensa lo devora.

¿Fue así, Gerardo? Los segundos que podrían haberte salvado habían desaparecido.

> *A los dos nos tiran al suelo y después contra la pared para pegarnos. Nos suben a un coche y enfilan hacia el centro. En unos veinte minutos llegamos al chupadero. Ahí nos separan.*

Te separaste, viejo, de tu antiguo yo. Uno se cansa de tanto jugar al superhombre, de ese arduo trabajo de ser siempre razonable, ecuánime. El rey de la selva, agotado de su papel, se esconde. Se resigna, renuncia a todo anhelo posible. Una forma de rodear la desesperación sin chocar con ella. Cuando la pena es más agobiante el tenue hilo de angustia se corta y acomete una calma parecida a la indiferencia. El rey de la selva, León, Parece recuperarse. Pero lo suyo no es serenidad sino una tristeza que le devora la voluntad. Por no habituarte a convivir con la ausencia cerrás los postigos de tu vida por no habituarte a convivir con la ausencia. No querés oír lo que supe de Gerardo.

Está muerto, eso es todo, me interrumpís. Basta de detalles.

> … los detalles. Es lo primero que se le aparece a la memoria, y lo primero que parece que hay que olvidar. Es lo que parece insoportable y es lo que aparenta definir la diferencia. Los detalles.
>
> Alejandro Kaufman

Ya que querés más detalles: después lo veo en la leonera, un lugar donde te tienen como a animales, como indica su nombre. Nos dejan juntos por un rato. No sé si para escucharnos o por equivocación. Apenas nos bajamos un poco el tabique y cruzamos unas pocas palabras: que no dijo nada de mí, que no hablé de él. Pero me dice que había cantado. Vos sabés, a los judíos se la daban con todo. Después, unos guardias se dan cuenta que nos conocemos y lo sacan.

En Jerusalén

Que me saquen de estos 50 grados centígrados a la sombra: es mi único, ferviente, ardoroso, inútil deseo. No hay agua fría, apenas unos vasitos de agua caliente, color café.

Todá, le digo, gracias. Me invaden cataratas de sudor después del primer sorbo.

Lejáim, me dice, a tu salud. El hombre sigue hurgando la arena, revisando entre los granos como quien revuelve el ropero de su abuela. Sus antepasados vivieron aquí, su tacto entiende. Los beduinos no necesitan medir, ni estudiar. Saben lo que hicieron, dónde, cómo, cuándo y para qué. Nosotros apenas tratamos de robarles, legalmente, su saber.

Amasan la pita, ese pan fino con aroma a ceniza. Abrimos un par de latas de conservas: arvejas al natural y sardinas en aceite, nuestras precarias maravillas. Nos orientan en el laberinto de piedras y muros que van desenterrando con pocos instrumentos y muchas yemas. En el reino del viento caliente y áspero, el *jamsin*, la arena se convirtió en reloj, la propiedad de la tierra es un sueño de trasnochados, el signo pesos no existe. Estamos perdidos a pesar y por nuestras máquinas y nuestra razón. El universo es este horizonte de dunas opacas y oasis verdes que suben hasta el sol.

> *Lo que me impresionaba era esa luz verdosa clara, día y noche. Siempre la misma porque era una luz artificial, que provenía como del techo y no la podías apagar, prender, nada. Entonces te daba una sensación de estar fuera del tiempo, metido en ese lugar, siempre igual. Una celda escondida del mundo.*

Este exilio de mí

Una celda escondida entre aroma de pinos y granito, a la que llamás tu leonera. Ocultás tu dudosa identidad en esa casa donde las horas son pisadas que entran y salen, suben y bajan, vuelven a entrar. Las impasibles escaleras que auscultan la roca dan a tu ventana, y te pasas los días mirándolas entre pitada y pitada de la pipa que le robaste a tu antiguo yo. A ese no tuve el gusto de conocerlo, solo me crucé con el Andrés resucitado. Al otro lo dejaste allá, en La Plata, junto con sus documentos y sus planes, el día que un mensaje fugaz salido de otra celda te puso en marcha. Había que borrarse. En Jerusalén encarnás un personaje de tus cuentos: el que se esconde detrás de una enorme pelusa de su cuarto para protegerse del mundo. Te metés en tu estuche, la silla de madera a la Van Gogh, pero en vez de asomarte a la ventana, pincel en mano, te empacás en mirar hacia adentro por alguna cerradura invisible.

Te busco un mediodía. No voy de visita, sino como vine al mundo: para quedarme. Abrir tu puerta es abrir la tapa de un libro que intriga por sus letras anacrónicas, por sus bordes raídos, como si el tiempo hubiese querido pegarse a las hojas. Una voz familiar nos interpela desde tus paredes y exige definiciones. Vivís el texto de una Argentina agotada desde el 76, y ya han pasado un par de años. En tu libro pululan barbudos y pelos largos arrojados a desafíos existenciales, enfrentando y asumiendo su compromiso.

Te doy una lección de compromiso instalándome en el centro mismo de tu prosa. De las paredes salen voces con las que tapamos el ruido de la radio, la televisión, la calle.

> El mundo es una pared: no sé si de acero liso y mondo o de cemento mondo y liso.
> El exilio es como los hijos, una vez parido, crece hasta que

uno se muera.
El exilio es una vaca que da leche negra.
Mi época parece hecha de pocas horas.
He llegado temprano a este exilio de mí.

Un bombardeo de lengua y cultura nos acosa. Jugamos a nuestra resistencia inocua, oponiéndole frases a una realidad de artillería. Le bajamos el volumen pero no hay caso: siguen sonando los ruidos locales para recordarnos que estamos de más. Acá también. Un par de intelectuales iletrados, Andrés y Nora, soldados desarmados en un campo de batalla ajeno.

¿Hicieron algo?

Te exiliás, viejo, en el departamento y no venís con mami a Israel. «No se hagan problema por mí», escribís, pero sabemos que te quedás solo por esquivar el mundo, aunque disimules con maestría tu gesto de avestruz.

> 12 de diciembre de 1978
> Queridas mías:
> Les adelanto que durante vuestra ausencia me divertiré de lo lindo. Pienso recorrer el barrio sur para admirar lo típico de su miseria, nadar en las aguas envenenadas del Río de la Plata, respirar el aire con humo de churrascos en los bosques de Ezeiza, y saludar al Año Nuevo rodeado de mosquitos. No sean envidiosas. Ya les tocará ustedes.
> PD: ¿Hicieron algo por el libro de física?

El libro es Gerardo. Sí, sí. Hablamos en la Knesset, el Parlamento Israelí. Golpeamos puertas. Pero hay ciertas reglas del tres que uno no sabe cómo resolver: si Israel le vende miles de armas a la Argentina, y si a un desaparecido lo puede matar un arma, ¿cuántas armas israelíes son necesarias para poder matar a miles de desaparecidos? Miles, a mi juicio.

> *A mi juicio los judíos del establishment fueron muy blandos y silenciosos. Con respecto a los presos indagaban, pero con respecto a los desaparecidos, lo hacían con una timidez que a los militares les venía al pelo. Recuerdo que en una asamblea que se hizo en la*
> *AMIA*
> *, con madres de la colectividad, ellos decían que nosotras éramos*

injustas, que ellos buscaban a los desaparecidos. Y una madre les dijo: Es el momento de gritar, de exigir, no de actuar de modo tan silencioso, tan prudente, tan juicioso.

A mi juicio

Cuatro juicios perdidos, cuatro muelas, adiós juventud. Espero el visto bueno de la enfermera, desfilando junto a la hilera de víctimas para otorgar la última bendición. Su visto bueno garantiza el pase a retiro de este laberinto de dolores, gasas y sangre. Cientos de bocas lastimosas imploran misericordia. Acepto esta escena final con mansa indiferencia, cansada ya de rebelarme frente a los ritos canonizados por nuestra sociedad.

Todo empieza de la manera más normal. Un guardapolvo se me acerca con sonrisa de dentífrico blanqueador.

Slijá giveret ¿me permite?

Encantada por los modales del médico, ubico el marcador en la página cuatro de *El Proceso* para seguirlo, humildemente, hasta ese sillón cuya sola presencia me transforma en carne de cañón.

Me pide que abra la boca. Obedezco. Maxilar inferior hacia abajo, cabeza hacia arriba, sin moverse. En ese momento la enfermera le empieza a hablar. No le entiendo el hebreo, pero no me cabe duda que habla por lo menos dos páginas a un espacio. Y mi boca no está abierta por asombro.

Por fin el doctor irrumpe en mi intimidad con sus pinzas, tijeras y miradas de erudito. Le deleitan mis muelas, cultivadas pacientemente desde mi más tierna adolescencia. Arranca la primera. Mi cuerpo mudo, espectador de su propia agonía, no tiene fuerzas para reaccionar. Por lo menos el dolor, corriente que invade las encías hasta sus últimos límites, me distrae de la cara del cirujano, que con su destilada sonrisa me avisa que estamos llegando. A dónde, quisiera saber. El instinto me responde con ritmo de zamba: *¡y se va la segunda!* Un pinchazo en el paladar me lo confirma.

Lo bueno es que uno se acostumbra a sufrir, por eso cobro valor:

estoy dispuesta a saldar la cuenta al contado y seguir hasta la cuarta muela de juicio de un saque. Justo entonces el verdugo se apiada de mí:

Maspik, suficiente por hoy.

Cierra el capítulo con mis quejas a pie de página. No hay opción ni para suplicios voluntarios. La enfermera me revisa mientras cientos de dentaduras se abren y cierran, en fila, devorando el perdón administrativo. No tiene la culpa de que la mire con odio retroactivo. Lo arrastro desde mi internación involuntaria en la enfermería del Club Atlético, a veces se me superponen las geografías. Salgo a la calle. Por la vereda siento avanzar la hinchazón de las mejillas mientras los ojos de los transeúntes me despojan del poco orgullo que me queda. Desfilo ante ellos con mi mueca a la intemperie.

El que no se escondió se embroma

Qué feas tus muecas, Gerardo, cuando te plantas delante de mí en el dormitorio: una mano estira la mejilla, la otra empina la nariz, la lengua sale de su cueva y vociferás la condena:

¡El que no se escondióóóóóó se embromaaaaaaaaaa!

Se escondieron todos los que podrían identificarte, y me embromé. ¿De qué me sirve salir con tu foto para mostrarla? ¿A quién? ¿Quién puede regalarme un gesto, una palabra, una nueva imagen tuya? ¿Quién puede curarme de esta incógnita que arrastro por el calendario? ¿Al mar? ¿Fusilado? ¿Al río? Dijo alguien que te trasladaron a la Escuela de Mecánica de la Armada.

¿Será cierto? Cada vez que vuelvo a la Argentina trato de rellenar la incertidumbre escribiendo, como hacía mamá, a falta de otro remedio.

> ¿Cómo me decidí hoy, precisamente, a sentarme y volcar pensamientos en este cuadernito inconcluso, en parte escrito con fórmulas algebraicas que nunca entendí y que no llegaré a entender jamás? Por estar escritas por mi hijo, al cual quién sabe cuándo y cómo lo volveré a ver, si estaré o no cuando salga, si es que sale. En fin, en este día justamente en el que entró en sus veintiocho años de vida, si vive, me encuentro demasiado desesperada para salir o para decirlo. Por eso tomé este cuaderno, que por ser suyo me acerca un poco a él. Pienso que si un día llegara a verlo, desearía poder decirle todo esto personalmente. Si no se diera así, quiero al menos que sepa lo que nos ha faltado. No quiero hablar de nuestro sufrimiento, él debe haber

sufrido mucho más. Y si en algún momento pudo pensar, habrá sufrido pensando en nuestra pena, pues sabía que ignorábamos qué pudo haberle sucedido. Quizá las veces que soñamos con él fue a raíz de su pensamiento, tan concentrado en nosotros.

Sé que él no querría que en su día yo estuviera encerrada con mi angustia. Que me perdone por no hacerle caso. No puedo evitar la sucesión de recuerdos y remordimientos por actitudes mías que generaban situaciones negativas entre nosotros.

Hoy es un día soleado, muy caluroso; cerré las persianas y prendí la luz de la lámpara. Me molesta el día de hoy. ¡Si hubiera estado nublado! Pero no, ni eso se puede elegir.

¿Dónde estarás? ¿Sabrás que hoy fue el día de tu nacimiento? ¿Tendrás noticia de ello? ¿Qué pensamientos, recuerdos, imágenes, pasarán hoy por tu mente? ¿Habrás podido hacer un balance de tu existencia hasta el momento en que dejaste de pertenecer al universo de personas que andan por la vida de un lado para otro, sin pensar que justo eso se puede terminar, que sucede algo casual y ya no somos más?

Es terrible no saber qué pudo haber sucedido con un ser; más aún si ese ser es querido; es lo más terrible, es peor que la muerte. Ahí tenés la certeza, aquí la duda permanente. No te da descanso, ni paz. Vivís, hablás, comés, andás, pero no sos. Estás vacío: te falta saber lo que pasó y te falta la presencia de ese ser. Están sus objetos, sus libros, sus letras, su ropa, pero él no. Solo el que lo vive puede saberlo, no es lo mismo imaginarlo. A veces es tal el vacío que no sé cómo llego al fin del día habiendo hecho cosas, andando por las calles, conversando con la gente, llevando lo que se llamaría una vida normal. Todo eso es exterior, adentro está el vacío. ¿Cómo se cura? ¡Solo con tu vuelta! Y eso ¿cuándo podrá ser? No hay respuesta.

Es tremendo comprobar que somos números anónimos, que no contamos para nadie. Desaparecemos, nuestro lugar se rellena y el mundo sigue andando. Espero que esto no dure mucho tiempo así. Mataría a muchos padres.

Versátiles terrenos

Después de matar a miles en la
ESMA
usan el fondo como campo de deportes. El transformacionismo autóctono no tiene límites; pero tampoco lo tiene la curiosidad de una periodista extranjera, multiplicada por la mía. Kerrie, que trabaja para Radio Canadá, me pide ayuda para preparar un programa dedicado a las Madres.

La idea es entrevistar a alumnos de colegios privados que hoy juegan a la pelota en estas canchas: versátiles terrenos que hace menos de veinte años albergaran salas de tortura. Trataremos de averiguar cómo se sienten estos jóvenes metiendo goles en medio de los ecos de desaparecidos de su misma edad.

> *Yo estudiaba en Exactas y tu hermano a veces venía a jugar al fútbol con un grupo que se reunía en las canchas cerca de la facultad de Arquitectura. Ese era el momento de encuentro más frecuente. Jugaba de arquero. Me parecía una persona de muy buena fe, quizás un poco cándido, un buen chico sin lugar a dudas. Cuando leí el testimonio sobre Gerardo en el Nunca Más me puso la piel de gallina. Una pena enorme que haya caído en las garras de esa gente.*

Esta gente tiene derecho a ofrecerles sus canchas a quienes se les antoje, y como estamos en democracia nosotras también tenemos derecho a hacerles preguntas a quienes se nos antoje, dentro o fuera de la
ESMA
.

> El campo dentro de la Escuela Mecánica de la Armada empezó a funcionar durante el proceso que llevó al golpe de 1976… El campo funcionó en el casino de los oficiales, un edificio de tres plantas con un subsuelo y un ático inmenso. Los oficiales dormían en las dos primeras plantas; en el subsuelo los torturadores se dedicaban a su tarea; en la tercera planta y en el ático, los prisioneros aguardaban su destino.
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

Para llegar a destino le pedimos direcciones a los vecinos, que son pocos. Sobre todo, chicos jugando a la pelota en otros potreros de la zona.

Por ahí, del otro lado del puente, nos indican.

> *Bajo el puente la colgaron, con esa cuerda. Mirá esta foto de mi hija, mirá la venda sobre los ojos. Este es un documento tremendo que ellos no pueden negar. Tengo la pollera de este saco. La pollera la tengo yo. Mis fotos son evidencias que los van a hundir. Y fijate la burla final, el letrero que le ponen después que la descuelgan. ¿Hay derecho? La tuvieron ahí, como un día exhibiendo el cuerpo tirado en el piso, con ese cartel.* Yo fui montonera. *Y la gente pasaba junto al cuerpo, junto al cartel, y seguía caminando.*

Caminamos entre senderos de tierra que bordean el edificio por donde no hay guardias. Nos muestran que el sendero se hace calle y desemboca en el cerco de atrás de la
ESMA
. En esas inmensidades solo nos acompaña el sonido de nuestros pasos.

¿Qué comisaría?

Viejo: oigo tus pasos tenues interrumpir el mutismo del pasillo. Pasos aéreos, de esos que se asoman a precipicios, de esos que se paran justo antes de ceder a la tentadora inmensidad que duerme bajo sus pies. Tu voz se resiste a modularse, sale áspera, oxidada.

Estuve en la comisaría, tratas de decir.

Son manos anudadas, dedos tensos revolviendo escombros los que hablan.

Les dije que estuviste desaparecida en el 77, y que por eso estaba muy preocupado, porque esta noche te esperaba y no volvías. Tu tono es ahora un hilo que no se sabe si atraviesa estómago o infinito.

Abrieron un prontuario con tu nombre. Dicen que lo van a cerrar cuando aparezcas. Tenés que ir.

Ahora las manos se separan y corren paralelas, abren el espacio para conseguir más aire.

¿Cómo hacer para abrazarte, para sacarte de encima ese miedo enorme, ese monstruo de terror que te aplasta los pulmones, que te hace patético, indefenso? ¿Cómo hacerlo si a mí también me asfixia, me aplasta el cuerpo, me hace deforme? Apenas tengo un par de cuerdas vocales para ordenarte que me acompañes. Entrar a una comisaría: meterme entre los dientes de este animal salvaje que nos acosa. No puedo pensar. Pisar ese mosaico, aunque digan que es otro, oler ese olor, aunque sea otro, escuchar esas voces y ese tecleo. Son los mismos.

Nos metemos juntos. Una vez adentro, los ojos recorren un plano unidimensional, abstracto. No siento nada.

Guardias en la puerta de entrada, el patio empedrado, la sala de paredes descascaradas, el olor, ese olor azul. El mostrador para la confesión, las explicaciones, el número, la firma. Firmamos.

No sé de qué comisaría salís con esos pasos cortos, el brazo

plegado para que yo me agarre. Yo salgo de la mía, de esa madrugada de invierno en julio del 77. Vos de la tuya, una mañana helada de julio, solo, porque nadie te acompaña a denunciar los dos secuestros. En realidad, salís de varias. De una comisaría con estufas a kerosén que no logra entibiar la indiferencia burocrática. Y de otra más, con ventiladores ruidosos que no alcanzan a refrescar la empedernida indiferencia pegoteada a las paredes, ni la piel de policías que teclean la información una y otra vez, sabiendo que vos sabés que ellos saben lo que dicen no saber. Las estaciones del *habeas corpus*: entrar con él y salir con las manos vacías. Ojalá pudieras gritar, pero vas mudo, encorvado. Una sombra lastimada te cuelga del cuerpo y no sé cómo curarle la herida. Te tomo el brazo en la oscuridad, aquella noche en que nos decimos el silencio.

Lo inesperado

«El silencio encierra la imposibilidad de decir eso, el horror, lo terrible». Las palabras saltan de la página para escurrirse por la ventanilla y encarnarse en la fachada de un edificio de mi pasado. No tendría que sorprenderme, lo extraordinario puede mirarnos desde cualquier ventanilla. Frente a mí se planta el azar, o más bien lo inesperado, y el efecto esperado se produce: no lo puedo creer.

Tantos años de silencio y todavía las mismas geografías, las mismas obsesiones. El colectivo pasa frente al portón de *mi* comisaría. Destino o azar, lo mismo da: decido bajar. A mitad de cuadra, la típica hilera de patrulleros. Son viejos, tendrán más de quince años. Un coche retrocede para estacionar y el freno me remonta dieciséis años atrás, a la madrugada de julio en que me largaron, mi camisa de algodón, sus uniformes de invierno, mis bolsillos vacíos, sus armas. Salimos del auto y entramos por la puerta principal. Recién noto la fachada: dos murales de Quinquela Martín, con imponentes barcos y trabajadores portuarios (Quinquela no pintaba policías). Allá estarían el teléfono y la mano marcando mi número. La forma de mi pasado.

El guardia no le dice nada a esta señora curiosa que se asoma a su lugar de trabajo: mosaicos terracota, azulejos, colores primarios, paredes claras. Aquella noche de julio del 77 las mismas paredes escucharían un llamado del Club Atlético:

Largamos chupados, che.

Esto no es una de *cowboys*

¡Mirá, che!

Como en las películas, en ese preciso momento un camión del ejército pasa delante de nuestras inocentes narices. Está a punto de entrar. Una de las heroínas corre a preguntarle, con su mejor sonrisa, si se puede pasar, y se puede. Ábrete sésamo.

Que abran las barreras/para que pase la farolera / de la puerta en sol…

Kerrie y Nora han logrado pasar al otro lado del cerco como si nada, están textualmente dentro de la
ESMA
, mirando atónitas cómo este señor se baja del camión para cerrar el candado del portón. Cierran las barreras.

Abren las cartas, me dice papá.

Por eso nuestra correspondencia era siempre en clave. Gerardo era *el libro de física*.

Y hasta te avisan que lo hacen: al leerlas estampan el sello del Ministerio del Interior sobre el nombre del remitente, para dejar bien claro quién es dueño de la intimidad en este país. Las cartas del gobierno, en cambio, llegan siempre herméticamente cerradas.

> 10 de julio de 1979
> Querida Nora:
> Son tan herméticos los términos de las respuestas oficiales, que uno termina recurriendo a cualquier método con tal de encontrar una palabra de ánimo. ¿Vos creés en la parapsicología? Le mandamos un cheque a uno de esos visionarios. Nos respondió que el libro está. Nosotros no

creemos, pero tampoco podemos dejar de preguntar. ¿Cómo saber la verdad?

La verdad es que de acá hay que salir por la puerta principal —digo como quien mide a ciencia cierta los metros que le quedan de libertad.

No te preocupes, si queremos salir, saltamos la verja.

¡Estás loca de remate, acá no saltamos ninguna verja! Esto no es una de *cowboys*, Kerrie, ¡date cuenta que nos faltan por lo menos dos caballos! Mientras lo digo casi me confundo y creo que entramos, de verdad, en una película.

Íbamos al cine en el barrio, a ver películas de guerra o de cowboys. Cuando llegaba la 7.ª de Caballería, en vez de festejos había abucheos, y cuando aparecían los indios, aplaudíamos. Si daban películas de la Segunda Guerra Mundial, aplaudíamos a los nazis. ¿Por qué? Porque de los nazis solo sabíamos lo que daban las películas norteamericanas, que eran de guerra, donde no mostraban el genocidio. Los nazis eran los malos, tenían un uniforme, y se enfrentaban a otro uniforme. Estábamos a favor de los malos porque éramos antiyanquis por encima de todas las cosas.

¿Qué hacer?

¿Qué hacer con todas estas cosas? En la solapa, disimulado bajo un pañuelo, la actriz argentina tiene un micrófono. La intención: grabar lo que siente en el lugar adonde presuntamente fue trasladado su hermano. ¿Sentir? ¡Los actores siguen un guion, no se les pide que improvisen! No puedo pensar. De la muerte no se habla. La muerte se muere. Es otoño. El sol se posa en las hojas y las empuja entre los álamos. Caen, una tras otra, al ritmo de trinos amarillos.

> El campo de concentración que se instaló en la Escuela de Mecánica de la Armada… comenzó a funcionar con los aprestos mismos para el golpe de estado de marzo de 1976, y aunque con diversos campos políticos y distintos estilos represivos, se clausuró recién en noviembre de 1983, apenas días antes que asumiera el gobierno constitucional.
> En esos 92 meses de furor genocida se estima que pasaron por la
> ESMA
> alrededor de 5000 detenidos-desaparecidos, por lo que… ostenta el degradante privilegio de ser uno de los mayores centros clandestinos de tortura y reclusión ilegal que tuvo la dictadura militar.
>
> Alipio Paoletti,
> *Como los nazis, como en Vietnam*

El lugar de los hechos, donde se le hacen grumos de espanto a la vida. El lugar de los hechos: un giro elegante para como la acción. Hurgo en la tierra para encontrar sus caras. Barro espeso, siluetas, miles de cuerpos diluidos en la brisa.

Éramos cuerpos moviéndose casi a ciegas en la noche. Llovía torrencialmente y el campamento estaba a oscuras, pero había 1 mástil. Eso era parte del entrenamiento militar de nuestra célula. Los que se quedaban tenían que defender. A mí me tocó la parte atacante: nos lanzamos, después de varios revolcones, a través de la cocina, con gran estrépito. Fue muy fácil porque los del campamento habían dejado una guardia y los demás se habían ido a dormir. Más que entrenamiento militar todo esto parecía un partido de fútbol.

GOOOOOOOOOOOLLLLLLLLL

Al fondo, un partido de fútbol. Vida o muerte por la pelota que salta de uno a otro pie. No hay dónde ni cómo espiar el pasado vencido. Un ¡GOOOLLL!, atraviesa el campo de deportes.

> —Se dijo que el campo de deportes estaba sembrado de cadáveres de guerrilleros y eso es un error. Podía haber ocurrido que se cremara eventualmente el cadáver de algún herido que no soportó y se murió.
> —¿De qué manera?
> —Se lo quemaba… Pero fueron muy pocos…
> —¿Había algún lugar especial para eso?
> —No, no. Atrás. Pero eran casos muy raros.
> —¿Tenían alguna instalación especial?
> —No, nunca hubo nada raro. Es más, siempre estuvo en uso el campo de deportes. Nunca se clausuró.
> —¿Quemaban un cuerpo y después jugaban al fútbol en el campo de deportes?
> —Noooooooo. Ese campo de deportes es muy grande, de tierras ganadas al río. La última parte es prácticamente inaccesible, no está en uso. Era al fondo de todo, junto al río.
>
> Horacio Verbitsky. *El Vuelo*,
> Entrevista a Adolfo Scilingo (1995)

Nos acercamos al fondo, junto al río. Uso el acento gringo a modo de disfraz. Otra vez en la pantalla, sin libreto.

¿Nou se sienten ustedes reros en jugar equí, en un lugarh coumo esto?

Me temo que nos confunden con extraterrestres.

¿Qué quiere decir?

Buenou, acáh dicen quei torturharhon ghentes…, me ayuda Kerrie.

Ah, no sé. No sabemos nada de eso. Si quieren preguntar algo pueden ir a esa casa, ahí están los profesores.

> —Pero Larry, la
> ESMA
> es una escuela ¿realmente crees que ahí torturamos? [El Almirante Massera a Larry Birns, fundador del Concejo para asuntos Hemisféricos en Washington]
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

> Ese edificio tiene la particularidad de ser una escuela… y tiene otra particularidad, la de esgrimir la palabra mecánica. Es como si ciertos edificios estuvieran predestinados a la función que trágicamente alguna vez van a cumplir.
>
> Horacio González

¡Preguntarles a los profesores! Tarde para arrepentirse. No podemos desandar el césped, saltar el portón, volver al sendero, rebobinar el rollo de esta serie, definitivamente de *cowboys*. Los ojos abiertos, los sentidos atentos y una bola de miedo que se agranda, sube del estómago a la boca, arrasa con el presente y se atora entre la garganta y el asco. Golpeamos la puerta.

Fantasmas

Adelante, me decís, a secas.

No quisiste ni siquiera ir a buscarme al aeropuerto, aunque hace tres años que no me ves. El tiempo que pasó se te nota, León. No das el salto del corredor a la plaza que al meterte en la historia te salve del vacío, ni podés darle forma al dolor con las manos, tan inseguras que ni se atreven a salirse de los bolsillos. A solas con tus recuerdos, te acostumbras a rumiar ese fracaso que te pones de sobre todo en tu vejez. Recorres habitación tras habitación como quien visita un departamento en alquiler. Te estás despegando la vida.

El mundo nos deja mucho antes de que nos vayamos para siempre, te gusta citar, quizás a modo de advertencia. Las persecuciones siguen trabajándote a domicilio. Deambulás por tus miedos, las manos atrás, balanceando una cabeza a punto de desbordar su contenido amargo, en ebullición. Llevás un gran fardo en la espalda y te preocupa. El peso te hace cruzar el pasillo en más tiempo del que tardarías en contar tu vida.

Cruzamos la entrada del edificio ante la sorpresa de un teniente y un profesor gozando de su merecido descanso. Parecen estar solos, pero las paredes están pobladas de fantasmas.

A los fantasmas no se los puede indemnizar, eso cae de maduro y a nadie se le podría ocurrir cuestionarlo. Lo que pongo en duda es que realmente yo haya sido un fantasma. Sin embargo, las planillas saben más que uno en este y otros sentidos que se me escapan.

Los presos políticos pueden reclamar, de acuerdo a una nueva reglamentación fechada el 24 de junio de 1992, un monto de dinero en relación a los días transcurridos entre rejas. Ellos estuvieron a disposición del Poder Ejecutivo, pero los que no estuvimos ni presos ni a disposición de nadie, sino más bien todo lo contrario, lógicamente no constamos en los archivos y por ende no existimos,

que es lo que queríamos demostrar.

A los expresos les toman declaración en la Secretaría de Derechos Humanos a los efectos de llenar el correspondiente formulario. A los ex-detenidos-desaparecidos no les toman declaración porque no hay nada que llenar en el formulario, ya que por el párrafo anterior queda demostrado que los desaparecidos no existen.

SOLICITUD DE BENEFICIO LEY 24.043

Lugar y fecha.....

A LA DIRECCION NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS DEL MINISTERIO DEL INTERIOR

El/la que suscribe la presente solicita los beneficios provistos por la ley 24.043. BENEFICIARIO:

NOMBRES, APELLIDO: .....

DOCUMENTO DE IDENTIDAD.:

Tipo:..... Nro:.....

DOMICILIO REAL:.....

Localidad:..... Pcia:..... Cod. Postal:.....

DISPOSICION DEL PEN:

Fecha de inicio..... Decreto Nro.....

Fecha de cese..... Decreto Nro.....

CASOS DE CIVILES DETENIDOS POR TRIBUNALES MILITARES: Fecha de arresto:.....

Lugar ..... Fecha de libertad .....

Tribunal que intervino .....

Medios de prueba: .....

EN CASO DE ARRESTO EFECTIVO PREVIO AL DECRETO PEN O SIN ORDEN JUDICIAL

Fecha de arresto efectivo .....

Medios de prueba .....

DECLARACION JURADA: Declaro bajo juramento que los datos consignados son ciertos y que no he recibido indemnización alguna en virtud de sentencia judicial con motivo de los hechos que contempla la ley 24043.

Me toca aclararle al teniente qué hacemos en este lugar. Mi supuesto acento extranjero se me atraganta entre los cables y el grabador, que me enredan la lengua.

Se les congeló la lengua a mis nietos cuando llegamos a los

Estados Unidos. Eso fue un circo. Los hijos de nuestros hijos desaparecidos habían sido aceptados en una escuela de Nueva York. Vara lograr que los inscriban los tíos, que se iban a hacer cargo de ellos, declararon que los chicos hablaban inglés. Pero no hablaban ni medio el inglés. Cuando llego ahí con los tres, y les preguntan el nombre y la edad, los pibes se quedan helados. Yo tenía miedo de que nos mandaran de vuelta, y le decía al de inmigración: Bueno, tienen un inglés básico, y me contestaba: Sí, bastante básico, señora. A todo esto ya se había ido todo el mundo y estaba yo ahí con los tres, preguntándome qué hacer.

Me pregunto qué vamos a hacer en este escenario al que estamos entrando. Al fondo, desde la mesa de roble que abarca medio cuarto, bajo unas ventanas tan altas que no dan a ningún lado, un civil nos mira de reojo. Hay banderines en las paredes, un teléfono y sillones cómodos. El contraste entre lo acogedor del lugar y lo que sé de su historia me despierta la imperiosa necesidad de mear. Mientras Kerrie se presenta, pido pasar. Al fondo a la izquierda. Un baño minúsculo, con una banderola de vidrios opacos y un inodoro que por suerte funciona.

No funciona

> El inodoro del bañito chico no funciona.
> No cerrar la ventana de la cocina: está trabada. No apoyarse en el borde de la bañadera: los azulejos están flojos.
> La puerta de atrás no se puede abrir: la cerradura está rota.
> No usar el lavarropas: pierde agua.
> No dejar prendidas varias luces a la vez: se saltan los tapones.

Antes que instale los bultos en mi pieza predilecta, la de Gerardo, me entregás una hojita escrita con letra cuidadosa, manuscrita. La síntesis de tu nuevo capítulo de filosofía humanística, adivino, el nuevo producto de tus largas horas de meditación. ¡No me esperaba tal ceremonia de recepción! Te lo agradezco antes de mirarlo. Me acerco a la ventana, abro la banderola para que entre luz, y leo la lista. Un cuadro detallado del deterioro que, anónimo y devastador, le va ganando terreno a tu presente.

¿Te olvidaste que sos arquitecto? No, esos males ya no se pueden reparar en tu mundo. La destrucción lo abarca todo y hay que caminar con sumo cuidado para no abolir el precario balance del edificio. ¿Balance? Ya no hay vigas, ni pilares, ni columnas que sostengan nada. Tu vida flota en una incertidumbre que choca con más y más dudas, con problemas que se multiplican en serie, pero no una serie infinita. Se trata más bien de una reacción en cadena que estalla al final. Me agoto sugiriendo métodos concretos para solucionar cada eslabón: vendamos el departamento, llamá al

plomero, hagamos una nueva llave. No hay llave que engarce en tu cerradura. Y sigo sin ver que eso es, justamente, lo que te pasa. Me irrito porque no colaborás. A la angustia la visto de enojo. Me enoja mi enojo. Salgo a buscarle espantapájaros a la ira y te dejo solo.

Estoy sola en el bañito, no veo cámaras por ninguna parte. Quisiera tirar por el inodoro el lujo electrónico que cargo, pero me conformo con guardarlo en el fondo del bolso. Me meto la cédula en la bombacha, no se me ocurre lugar más seguro para esconder mi identidad.

Escondiste tus señas de identidad para protegerte, y ya no la encontrás. Hace tres años que no está mamá, se te nota su ausencia. Estás tan abandonado a tu suerte como el escritorio, tan opaco como el velador. Tratás de sonreír, pero los músculos no te hacen caso. Me llevás a recorrer las habitaciones: las cosas son las mismas pero les sobra una dimensión de tiempo agobiante. El esfuerzo que hago por esquivar la angustia me pone nerviosa.

No sé qué hacer con los nervios, que entran en inevitable cortocircuito cuando escucho, al volver del baño:

Ella esthá escribiendou un librou.

Nunca Más

Los libros me ayudan a asesinar tiempos y ansiedades, especialmente cuando hago cola. En la Secretaría de Derechos Humanos abro *El río sin orillas*, de Saer. Los ojos del barbudo que espera delante de mí se posan en el título. ¿Le interesará? Estoy por explicarle que se trata de ese río tan mentiroso, el de la Plata, nuestro mar supuestamente dulce. Una crónica de ese río en realidad tan amargo, poblado por una multitud estridente de cadáveres flotantes.

La charla de tres secretarias que mastican galletitas al compás de los chismes del día puede más que mis intenciones docentes. Los minutos se estiran tanto que están por quebrarse, entonces le pregunto a mi vecino si alguna de esas mujeres es la encargada de atención al público. Me responde que en la otra sala toman declaraciones y que hay una sola persona cumpliendo esa tarea.

¡Pero yo no vengo a dar ninguna declaración, sino a preguntar algo!

Me recomienda que vuelva a insistir, de lo contrario puedo pasar ahí toda la tarde. Una mujer sale de dar su testimonio, los ojos llorosos. Es una expresa política que está iniciando el trámite para recibir indemnización del gobierno.

Yo apenas vine a ratificar que no aparezco en las listas de la gente que estuvo a disposición del Ejecutivo y que está autorizada a reclamar. En cuanto me acerco, la secretaria me hace pasar junto con el barbudo. Antes de sentarme le explico mi caso y le deletreo mi apellido. Mientras revisa su bibliorato lleno de nombres, el tipo se da media vuelta y me mira:

¿Tu testimonio salió en el *Nunca Más*?

Nunca me sentí más tristemente famosa.

Sí, balbuceo, confundida por esta pregunta que invalida las

fértiles pruebas de mi inexistencia. Acto seguido salta mi curiosidad, más empedernida que la duda teológica:

¿Lo leíste?

Su golpe mortal no se deja esperar.

Yo lo transcribí. ¿Te llamás Noemí?

Nora. Noemí es la otra que aparece en la misma página. ¡Qué memoria! ¿Escribiste todo?

No, solo algunas partes.

¡Qué casualidad!, repito, como atontada, mientras me da la mano.

Apenas atino a tomársela, y a mirarlo como a un viejo amigo al que apenas reconozco después de añares. Mareada por el impacto de este azaroso testigo que corrobora abruptamente mi existencia, me retiro de la oficina. Cuando estoy a punto de cerrar la enorme puerta con banderolas y cortinas descoloridas, una duda nada metódica me paraliza: ¿oiré mis pasos al retirarme?

Interrogatorio

Doy unos pasos firmes entre el baño y la sala, con la esperanza de llamarle la atención a Kerrie e interrumpirle el discurso. Su cruzada justiciera no cesa: la verdad, solo la verdad, nada más que la verdad. Y les habla de su programa radial sobre las Madres de Plaza de Mayo. ¡Trágame, tierra, trágame ya! El oficial hace un llamado telefónico y con toda parsimonia nos anuncia desde su tupido y cauteloso bigote:

Las vienen a buscar para llevarlas hasta la entrada.

Te llevan hasta la salida del mundo, Gerardo, y no me dejan despedirme. *Adiós mundo cruel / ya nunca te veré / yo diré / que no te conocí…*

¿Te habrás despedido cantando? ¿Es cierto que la muerte es azul, es roja, y es silencio?

No nos dieron mucho tiempo para estar juntos, pero estar juntos es un decir. Para la hermana menor la vida exige, por definición, un hermano mayor. Me quedo sin mi premisa, jugando con tu sombra de pantalones cortos tras la pantalla de la nostalgia. Sombra de mirada traviesa que se burla de todo. Hasta te reís como quien canta victoria cuando te operas la rodilla. Pero para qué, si el asma ya es excusa para no hacer el servicio militar. Mejor dicho, la colimba.

¿Estarán haciendo la colimba estos soldaditos de plomo que nos vienen a buscar?

In-te-rro-ga-to-rio, le susurro a Kerrie.

Me salvé de varios interrogatorios peligrosos gracias a mi sangre fría. Una vez, en el café Paley de Corrientes y Boulogne

Sur Mer, teníamos un informe que preparábamos con otros compañeros. Estábamos como cinco en esa mesa, tres armados. Teníamos el portafolio con el arma adentro, blindado, con una chapa de acero que servía de escudo. Y nada más. De pronto entra la policía en patota, bloqueando las dos puertas. El café estaba lleno y empezaron por la puerta más alejada a hacer parar a la gente, revisarla de armas, pedirle documentos. Mesa por mesa, uno por uno, y nosotros ahí, helados mientras el oficial se paseaba. Cuando se arrima a la nuestra, le digo: Ché, negro, a estos revisámelos hasta los calzoncillos, eh, mirá que son… son de la pesada estos. El tipo sonrió. Se acercan a la mesa de al lado, ¡documentos!, los hacen parar, los palpan de armas, van a la otra, a la de más allá, después a la otra de más allá. Cuando terminan con la última decimos entre dientes ahora vienen para acá. El oficial pasa al lado nuestro, me saluda, me hace la venia, y se va.

Ellos nunca saben

El oficial nos deja en manos de los muchachos. Para calmarme, me concentro en sus trajes de campaña.

Paisaje de Catamarca/con sus distintos tonos de verde…

Borceguíes, gorras; sobre todo, armas largas. Atravesamos un puente y seguimos por una ciudad en miniatura, impecable, con sus edificios antiguos y sus callecitas empedradas.

> El prolijo mantenimiento de los edificios blancos y de las persianas de madera reflejaba la imagen que los hombres de la Armada tenían de sí mismos: la superioridad sobre sus primos mestizos del Ejército.
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

Bathurst, dice un cartel.

Curhioso: nou han cambiadou los nombrhes dispuéis de la Guerha dei las Maulvinas. Kerrie trata de entablar conversación con un soldado que mira al infinito y apunta su perfil hacia el revés de la voz.

Ellos nunca saben ni opinan.

> *Cuando se empezó a anunciar lo de las Malvinas se armó un revuelo. Todos querían ir a pelear, y de nuestro pabellón solo dos no estábamos de acuerdo y nos parecía un disparate. La mayoría estaba a favor de la guerra. Creo que ni un diez por ciento de la cárcel tenía claro que no valía la pena la guerra, que era una estupidez tremenda.*

Para colmo, ponían la televisión y la radio en el pasillo para que los presos escucharan las noticias oficiales. Un periodista arengaba por televisión, diciendo que nuestro país ganaba la guerra. Ante esas noticias, había una euforia tremenda. Nosotros pasábamos por traidores: no solo no estábamos dispuestos a combatir sino que además los acusábamos de ser una manga de locos dispuestos a desatar una guerra que no se puede ganar nunca. ¡Además de apoyarlo a un militar, a Galtieri! Al final circuló una lista de voluntarios para ir a pelear. Se anotaron muchísimos presos. No llegaron a ir, pero hicieron una propuesta, hicieron reuniones con los jefes del penal, con algunos militares, para decirles que estaban dispuestos a ir al frente. Apoyar a Galtieri se consideraba una contradicción menor, un problema interno de la Argentina. Gran Bretaña era el imperialismo, entonces contra eso podíamos aliarnos. Todos los argentinos contra los ingleses. Hasta que llegaron las noticias de la derrota.

Hoy también es miércoles

Kerrie sigue hablando de las Malvinas, de la derrota, y quién sabe de cuántos temas más. Un monólogo magistral. Mi adrenalina avanza a una velocidad directamente proporcional al cuadrado de la distancia que atravesamos. ¡Borrate, ocre de cuerpos dopados!

¿Cómo llevaban a las personas dormidas hasta la puerta?
—Entre dos.
—¿Los arrastraban?
—Los levantábamos hasta la puerta.
—Ellos permanecían dormidos.
—Totalmente dormidos. Nadie sufrió absolutamente nada.

—¿Se hacían estudios de en qué lugar…?
—Debían hacerse. Me imagino que sí. Mar adentro.
—¿Qué cantidad de personas calcula que fueron asesinadas de ese modo?
—De 15 a 20 por miércoles.
—¿Durante cuánto tiempo?
—Dos años.
—Dos años, cien miércoles: de 1500 a 2000 personas.
—Sí.

Verbitsky, *El Vuelo*
(Entrevista a Scilingo)

Hoy también es miércoles. Nos hacen caminar unos diez minutos a la intemperie. Es invierno, el frío sube por los pies hacia la espalda, ida y vuelta, ida y vuelta, sin tregua.

Caminás por el cuarto ida y vuelta, Gerardo, como escapándote de vos mismo, pienso ahora que repaso la escena. Y yo como una

idiota estudiando mis interminables libros de filosofía. Un despiste total.

Camisa a cuadros medio salida de los vaqueros, cinturón negro. Ni te sacás la campera, tu doble azul marino, que te cubre como un guante. Si no te protege la campera, quién. Mirás por la ventana a ver si te siguen y me pongo nerviosa.

¿Por qué no te vas, Gerardo? Los de la Sojnut te pueden mandar a Israel, algo es algo.

Sin registro civil no hay aeropuerto. ¿No ves que Graciela es goi? Para emigrar a Israel hay que casarse, y para casarse hay que tener tiempo.

No tuviste tiempo. Por eso me hago el tiempo de pisar el quizás de tus pasos.

La Costa Dorada

Mis pasos dialogan con fachadas blancas, calles empedradas, faroles, portales, escolleras, techos de teja, balcones con flores. Conozco todo el vocabulario de perfumes y sabores, sin haber estado nunca. Abrimos el portón de una casa con nombre propio: *Los seis arcos*.

Andrés: La puerta de tu nueva vida en Cataluña cierra un largo abismo. Abismo que abre el amarillo de tus cartas y que espío desde mis vertiginosos insomnios en Jerusalén. Habías emprendido la retirada del Medio Oriente en cuanto te mencionaron la palabra ejército. El pasaporte israelí tenía su precio, uno demasiado caro por cambiar de piel. ¿Acaso eras vos ese asombro de pelo corto sin barba ni anteojos? ¿Esa firma a contramano con ganchos y puntos? ¿Ese sonido más áspero que tu nombre argentino, para ellos *sudaca*? ¿Ibas a resignarte a ese ajeno presente rectangular? Después de darle vueltas al asunto le das un giro copernicano: apareciste en sobre y con estampilla desde otra órbita, feliz sobre la lengua roja del buzón, anunciando tu mudanza a Barcelona. La palabra España es el primer motor inmóvil que inicia la serie causal. No tardo mucho en empacar. Ahora vivís en la Costa Dorada. Toda costa tiene su aura dorada, y la mía aparece en el horizonte por la ventanilla del tren: Sitges.

Los trenes que llegan al apeadero número dos siguen rumbo a Sitges.

Los altoparlantes usan palabras raras. Apeadero, ¿qué es eso?

¡Pues tía, que aquí hablamos español!

Apeadero es andén. Apenas un trueque de sinónimos y mi castellano sale andando solito. ¡Qué manera de deslizarse por las curvas y los precipicios del lenguaje, sin siquiera cansarse! En este país mi lengua no sufre de parálisis.

No sé en qué idioma decirles lo que pienso a estos cuatro elegantes muchachos que nos han escoltado tan amablemente. Como siempre, ellos encuentran las palabras antes que yo, siempre en el modo imperativo de cualquier lengua.

Esperen acá, señoras.

Tendrán que esperar

Señora, me dice, nosotros tenemos las manos encallecidas de llevar tantos cadáveres de nuestros familiares a la tumba. Coronel, le contesto, ustedes tienen las manos encallecidas pero tienen las tumbas. Las madres tenemos las manos encallecidas también, de tanto andar buscando papeles. Pero no tenemos tumbas porque ustedes se cuidaron de que no las tengamos.

Tendrán que esperar hasta que las llamen del despacho, nos informa un conscripto vestido de marino. No sé cómo romper el silencio que rodea sus palabras como una amenaza.

En la cárcel tratábamos de romper el silencio, de generar comunicación con los demás. Hasta ahí yo no sabía lo que era hablar morse, pero uno va creando un vocabulario. Inventamos una forma de hablar con golpes, muy rudimentaria. ¡Para hacer la zeta había que hacer treintitrés golpes! Mejor hubiera sido escribir con errores de ortografía y poner la ese ¿no? Después un preso nos avisó que el jarro al revés contra la pared actuaba como micrófono, como amplificador, y podíamos hablar. Hablás y por ahí mismo escuchás. Yo en la cárcel he aprendido a hablar morse, mudo… qué se yo, todo. El asunto era no estar incomunicado, porque ese era uno de los problemas más graves para la salud mental. Así es que hablábamos.

Hablamos entre nosotras, siempre en inglés. Kerrie la sigue con que nos van a largar de un momento a otro. Una canadiense, por definición, no puede entender cómo funciona el universo bajo la Cruz del Sur. Es el otro lado de su luna, no lo puede ver.

Sitges

Viniendo de Israel, España es el otro lado de la luna. Y tal como en la luna se planta un estandarte, instalo en tu cuarto de Sitges los cuarenta kilos de mis sucesivos hogares. Desparramo libros, invado estantes con el botiquín que conjura microbios y melancolías, dejo libre la ventana para que el Mediterráneo inunde paredes y cuadros. A pesar de mis talismanes un peso agobiante se me instala en el cuerpo. No sé qué me pasa, me duele la memoria. Sube la marea de voces que me piden algo, al unísono. Voces a coro, alaridos en rima disonante controlados por otra voz superpuesta: la que interroga.

Decir la verdad

Nos van a interrogar, le explico entre dientes, y mejor que coincidan las versiones. Kerrie apela a la lógica: decir la verdad. Quizás tenga razón. Al fin y al cabo, no hemos cometido ningún crimen. Pero las razones nada tienen que ver con el terror.

Please, don't mention the Mothers again, no hables más de las Madres.

Las Madres hicimos una parada frente a la ESMA. Fuimos una veintena, a gritarles asesinos y a escribir en el piso: Acá se encerró, se torturó y se asesinó gente, y les dábamos volantes a los colectivos que pasaban. Todo el mundo abría los ojos tremendamente. Cuando los tipos de la ESMA vieron que se acercaban mujeres con pañuelos en la cabeza, primero se rieron, después no sabían qué hacer, después se burlaron, y después se pusieron nerviosos. Nosotras con los gritos llamábamos la atención, y unos chicos que sallan de la escuela empezaron a reírse por el lío que armábamos, pero después se acercaron y se quedaron con nosotras: querían averiguar de qué se trataba. Y les explicamos.

A mí eso me parece muy importante, porque esos chicos no van a aceptar la historia oficial. Cuando sean grandes van a decir: no, nosotros vimos a esas mujeres, y sabemos que no eran locas.

Como la ESMA tiene varios portones y nosotras íbamos de uno a otro, los uniformados optaron por ir del lado de adentro de las rejas con

fusiles, para estar preparados. Estábamos seguras que no iba a pasar nada pero, imagínate: del lado de adentro la valiente muchachada de la Armada marcando el paso, y del lado de afuera las viejas pidiendo por sus hijos. Uno de ellos se acercó desde su lado de las rejas a gritar:

¿Qué pasa, por qué tanto escándalo?

¡Ah! ¿No sabe lo que pasó?

Y, no… Es cierto, habrá habido presos, pero…

Entonces una madre, siguiendo con el tono de inocencia, le dijo:

Yo le voy a contar qué pasó. Y le empezó a explicar cómo se torturó gente, cómo se asesinó, las cosas que sabemos. Hasta le mencionó un tanque de agua que ellos tenían: se usaba para meter prisioneros. Y el tipo escuchaba sonriendo.

Los sonrientes marinos desconfían de nosotras porque hablamos entre dientes, porque evitamos la puerta de entrada, y porque surgimos de la nada formulando extrañas preguntas sobre un pasado remoto del que nadie guarda memoria.

> … «El día del traslado todo era muy tenso. A los detenidos los empezaban a llamar por el número», recordaban varios exdetenidos desaparecidos de la Escuela de Mecánica de la Armada [los prisioneros] eran llevados a la enfermería del sótano, donde los esperaba el enfermero que les aplicaba una inyección para adormecerlos, pero que no los mataba. Así… eran sacados por la puerta lateral del sótano e introducidos en un camión. Bastante adormecidos eran llevados al Aeroparque e introducidos en un avión que volaba hacia el sur, mar adentro, donde eran tirados vivos.
>
> Andersen, *Dossier Secreto*

Nos van a tirar de la lengua, quieren saber qué hacemos acá. Tienen razón en desconfiar, no teníamos la más remota intención de poner nuestro destino en sus manos, no pedimos permiso para entrar. Buscamos la manera de pasar directamente a las canchas de juego. Y lo logramos, así de simple.

A veces salvarse era muy simple. Una vez estábamos pasando por un puente con un mimeógrafo y un par de pistolas, en un paquetón que llevábamos entre dos. No me acuerdo bien por qué, pero a la salida del túnel había un soldado tipo Segunda Guerra Mundial, bayoneta y todo el equipo. El tipo toca con la bayoneta el paquete. ¿Qué llevan?, dice. Un mimeógrafo, un par de pistolas, le contesto yo. Entonces el tipo se ríe y nos hace señas para que sigamos. Vayan, vayan… Era una salida que daba resultado. Total, si lo abría, por lo menos no había mentido.

Por lo menos no nos mienten. Nos informan que ante todo debemos ser interrogadas por la Policía Federal, por haber burlado sus sistemas de seguridad.

Los de seguridad se nos acercan y nos preguntan dónde estamos parando. No tenemos dónde parar, les decimos. Pensamos parar en las vías del ferrocarril. Entonces nos llevan.

Vengan, vengan que les soluciono el problema, dice un suboficial, y no sabemos si eso quiere decir que nos lleva presos. Lo seguimos, y nos deja dormir en un aula de la escuela de policías. Nos quedamos ahí, rodeados de pizarrones, bancos y uniformes.

Al día siguiente nos invita a pasear por Tafí del Valle. No estamos muy convencidos, pero aceptamos. Subiendo, hay una vaca en el camino. El tipo la espanta a un lado, saca la pistola de la cintura, se la apunta a la cabeza y le pega un tiro. Así acaba con la vaca, y con nuestra tranquilidad. Y se burla de nosotros, que lo miramos con cara de asco.

Con cara de mosquitas muertas, Kerrie y yo les explicamos a los inquisidores de turno:

Nosotras no burlamos nada, señores, nos abrieron el portón y lo cerraron con candado después de dejarnos entrar. Nos dejaron entrar sin preguntarnos una sola palabra.

Kiriat Shmone

Pregunta.

Pregunto: ¿Qué quiere decir *leistakel*?

Dibujas la caricatura de un enano con pene en forma de estaca. Una mujer lo mira con ojos desorbitados.

Acción de mirar.

¡Diez puntos, javera, *mea juz*, amiga!

Patricia y Nora fabrican cientos de tarjetas ilustradas con los verbos esenciales del hebreo. Las erres se les atragantan entre las carcajadas, y se olvidan por un rato que en Kiriat Shmone se vive una monotonía regulada por timbres.

Hora de conversación timbre almuerzo timbre etcétera timbre timbre timbre. Timbres para silenciar otros sonidos que rondan el paisaje.

Al volver de un paseo la ciudad está a oscuras, las calles desiertas. Antes de saber lo que pasa alguien me arrastra hasta el refugio donde Nesia, continúa su imperturbable clase de verbos irregulares. El edificio se sacude, hay eco de disparos, la tierra gime, mientras la profesora erige la pantalla de su indiferencia frente a nuestras narices. Es contagioso. Cuando subimos vemos cómo los soldados desactivan una *katiusha*, bomba que aterriza tras un largo pero veloz viaje desde el Líbano. Aparece enterrada en nuestra calle: un agujero negro en el asfalto de nuestro curso de aprendizaje veloz.

Nuestra entrada a la
ESMA
fue tan veloz que ni Kerrie ni yo recordamos todos los detalles. Un camionero de civil manejaba un camión que parecía del ejército. Se

bajó, nos abrió el portón, y cerró el candado detrás nuestro.

Si ustedes llaman a la policía, nosotras llamamos a la embajada canadiense para ahorrar tiempo, decimos a dos voces.

Florencia

No siempre se ahorra tiempo llamando a una embajada. Ocasionalmente surgen vías más directas para llegar a un país, que andan perdidas en esquinas, en rincones, o en un jardín.

En ese jardín yo leía a Onetti, y me protegía de la incertidumbre en que me sumía *Juntacadáveres* bajo la sombra de una enredadera. No sabía a ciencia cierta si estaba en Florencia o en Santa María, si esperaba a Gabriel o si había aterrizado en una ciudad imaginaria. Solo sabía que el libro me calmaba de otras dudas aún más estridentes que me acuciaban los sueños.

Ti va di bere un capuccino?

Por qué no. Por primera vez en una semana alguien interrumpe mi férrea tarea de negar la realidad con letras impresas. De repente me despierto a una tibia mañana de viñedos y colinas, y acepto ir con este señor, que sospecho dueño de la mansión, a tomar un café. El problema es que la charla me obliga a saltar de mi paréntesis hacia un mundo que pide explicaciones: que de dónde vengo, que adónde voy. Es difícil entablar conversación cuando se anda evitando los bordes del presente. ¿Cómo le digo que pasado y futuro son fronteras para las que no tengo pasaporte?

Cario persiste: *Cosa facevi prima de venire?*

Ni siquiera sé cómo pasé la frontera de esta acogedora casona. Solo recuerdo que me refugié siguiendo las instrucciones del amigo al que fumando espero. «Qué hacía antes de venir» son cinco palabras que no encajan, mis neuronas no las asimilan. Él, en cambio, puede darme un cuadro preciso de su vida: es profesor en la Universidad de la Colombia Británica. Todos los veranos viene a Florencia a visitar a su madre, y en agosto vuelve a Vancouver para enseñar literatura. Una vida de ritmos, de ciclos que se pueden predecir como las estaciones. Desde su colección de certezas vuelve

a interrogarme, y esta vez decido cortar por lo sano.

No tengo planes, pero acepto el del mejor postor. Muchos hombres saborean el papel de guías, maestros o salvadores, y más aún si lo juegan con una pobre joven desorientada, frágil y perdida. En cuanto a Cario se le presenta esa oportunidad, no titubea:

Vieni a studiare in Cañada, arriesga como en un concurso de preguntas y respuestas.

Para qué contradecirlo. Los italianos son capaces de prometer cualquier cosa con tal de ganarse la simpatía de una turista. Para acabar con tanta historia le doy una dirección adonde podrá mandarme la solicitud de ingreso a su tan preciada institución.

Así se las arreglan institución con institución. ¿Qué les parece?

Kerrie asiente: por fin un acuerdo.

No me pongo de acuerdo conmigo misma sobre qué rumbo tomar. De Israel a España: encuentro con Andrés, hombre que no resulta el de mis sueños. De España a Italia: encuentro con un proyecto: estudiar en Canadá. De Italia a Brasil: encuentro con mis padres para estrenar un año nuevo, si no feliz, por lo menos impar: 1981. De Brasil a Inglaterra: posible encuentro con Patricia, mi doble. Esas vueltas se pagan caras a todo nivel, pero la cajera de mi memoria sobre todo registra mis gastos en la sección desengaños.

Londres

Las líneas aéreas le complican la vida a los pasajeros que no siguen las conexiones habituales. Mi cita intercontinental con Patricia es pendular. Oscila entre el 15 y el 18 de julio de 1981. Como venís de Jerusalén, el punto de encuentro cae en Londres. Llego el 17 a la tarde. Marco tu número desde una ruidosa estación de trenes.

I'm sorry, Patricia is gone, dice un acento inglés.

¿Cómo le voy a creer a esa voz impersonal y mentirosa que dice que te fuiste? ¿Cómo aceptar esa voz desfachatada que tiene el coraje de distorsionar así la información? Llamo de nuevo.

Se fue esta mañana. Creyó que no venías. No sé adónde fue a parar.

Te fuiste. Sin dejar rastro, mensaje, ni siquiera un pedacito de papel como esos que incrustábamos en el Muro de los Lamentos para contarle bromas a Jehová. Te busco sin poder creer que desaparezcas por propia voluntad. No hay caso. Desde ahora también te llamás ausencia. Ausencia rodeada de gatos, bocetos, pinceles, tarros y trapos. Ausencia de mirada verde, hipnotizada por el cactus en la piedra, un perro abandonado, el sonido de una gota en el estanque, aromas de calles. Ausencia de manos mágicas que crean personajes en el aire. Te borrás como aquellas figuras que habías dibujado en las paredes de tu cuarto. El dueño las blanqueó, y casi no quedó rastro. Quizás uno que otro perfil espiando a través de la pintura, vanamente empeñado en perdurar.

Me empeño en mantener con los inquisidores el tono autosuficiente que me inventa el miedo, y pido un teléfono. Con tanta demora no voy a poder llegar a una cita muy importante. La debo cancelar.

Toronto

Tengo una cita muy importante con el oficial de la inmigración canadiense. Voy decidida a hacerme entender en mi rústico inglés, pero me doy cuenta que el problema es otro. En cuanto empieza el diálogo veo que no puede seguirle el hilo a la geografía de mi exilio. Mis rutas confunden a los funcionarios, habituados a cierta coincidencia entre nacionalidad y territorio.

Oficial de Inmigración: ¿Es usted Nora Strejilevich?
N. S.: Sí, señor.
O. I.: De acuerdo a su solicitud usted es ciudadana argentina de nacimiento. ¿Correcto?
N. S.: Sí, señor.
O. I.: Y antes de venir a Canadá, ¿también residía allí? ¿Residía usted en la Argentina?
N. S.: Justo antes de venir, no.
O. I.: ¿Dónde vivía?
O. I.: Estaba en Brasil y de ahí vine para acá. Viví en varios países. Me fui de la Argentina hace cinco años.
O. I.: ¿Cinco años?
N. S.: Sí.
O. I.: Y antes de venir a Canadá, ¿vivía en Brasil?
N. S.: Sí, justo antes de venir. Y antes de eso había estado en otros lugares, pero antes de venir a Canadá, ahí estaba.
O. I.: ¿Cuánto tiempo estuvo en Brasil?
N. S.: Aproximadamente ocho meses.
O. I.: ¿Qué visa tenía?
N. S.: Solo visa de turista.
O. I.: ¿Entonces no está pidiendo refugio de Brasil?
N. S.: No, señor.

O. I.: ¿En cuántos países vivió antes de vivir en Brasil?
N. S.: En Israel, España, Inglaterra e Italia.
O. I.: ¿Y estaba usted ahí de manera temporaria?
N. S.: Sí.
O. I.: ¿Y no está solicitando refugio de ninguno de los países que acaba de mencionar?
N. S.: No.
O. I.: Voy a leerle la definición de refugiado tal como aparece en el Acta de Inmigración: «Refugiado es una persona que, a raíz de un fundado temor a la persecución por su raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un grupo social determinado u opinión política… está fuera del país de su residencia habitual y no puede o —debido a ese miedo— no quiere regresar a dicho país». ¿Entiende la definición que acabo de leerle?
N. S.: Sí…
O. I.: ¿Usted no quiere o no puede regresar a Brasil porque teme que la persigan por su raza?
N. S.: Brasil no es mi país, sino el país del que vengo.
O. I.: Entendí Brasil.
N. S.: Dije Argentina.
O. I.: No lo creo.
N. S.: Sí.
O. I.: Sí, señor.
N. S.: Sí, señor.

Entrevista para solicitar refugio político.
Toronto, 1982

Sí, señor. Pido refugio para dejar de vivir en el territorio de los mapas donde no coinciden estaciones y ánimos. Pero el ánimo se me va a los pies cuando me exigen pruebas. Hay una testigo de mis heridas: una doctora que visité a la salida del *Club*. Necesito que presente su testimonio ante la embajada canadiense. Dice que lo hará desde el exterior: está por viajar a Europa y desde ahí enviará la carta. Pasa el tiempo. No llega nada y le vuelvo a insistir. Dice que consultó con su marido, y que no puede hacerlo, aunque le prometan la más estricta reserva. Nunca la manda.

Mandan a un marino joven a que me acompañe al teléfono.

Secundada por su sombra verde oliva paso a una sala donde puedo hablar. Disco el número de James Petras, un sociólogo americano que pensaba entrevistar esa tarde. En cuanto me atiende le explico, siempre en inglés y a 2000 KHz por segundo, que se acuerde de mi apellido si no aparezco ese mismo día. Que estoy en la
ESMA
. No puede creer lo que oye, pero toma nota.

Sarita

No puedo creer el acento que oigo por teléfono, me llaman en castellano a mi mundo en inglés. ¿Qué pasa? Me sugieren que vuelva a Buenos Aires antes de una operación que te van a hacer, mamá, ese mismo viernes. Voy a pasear la angustia a la costa, para que la refresque el rocío de la madrugada. Las gaviotas saben que me tomaré el primer avión. Por definición una refugiada no puede volver al país de donde huye, pero las definiciones a menudo no encajan con la vida.

Hojeo tus cartas en el avión. Tu letra me cincela en el recuerdo una escultura volátil.

> 6 de diciembre, 1983
> Querida hija:
> Dicen que Miguel Ángel le dio su expresión a la estatua del Moisés en base a esta idea: lo que había impulsado al líder era la resolución de que su pueblo no podía destruirse a sí mismo, que debía recibir y obedecer los mandamientos esculpidos en las tablas, y sobrevivir. Hay que seguir adelante, aceptar las circunstancias aunque uno sienta que va dejando o perdiendo parte de su existencia. Es como una operación: a uno le extraen la víscera enferma o muerta, se cose la herida, cicatriza, y desde afuera no se nota la falta. Total, *todo* sigue funcionando.

Todo sigue funcionando como corresponde. Los inquisidores de la
ESMA
no llaman a la policía, pero nos hacen pasar a un despacho. En el pasillo, viejas máquinas de escribir arrumbada. Adentro, un

escritorio de madera, cuadros con fragatas y oleajes, un par de ficheros y estantes. Tres uniformes azules cuyas sonrisas pulcras, pulidas, perfectas, me asfixian el alma.

Trato de relajarme a pesar de las nubes asfixiándome el alma, busco ojales en el cielo para abrocharles mi ansiedad. A tu estado le dicen terminal pero no en voz alta, y el susurro me ahoga. Hay palabras escondidas en otras como piedritas. Ni siquiera por teléfono se menciona la palabra cáncer.

Traigo revistas que creía de difusión médica. Resultan folletos militaristas:

> Las células cancerosas invaden, colonizan, destruyen. Y las células del cuerpo no son suficientes para eliminar el tumor maligno. Por muy radical que sea la intervención quirúrgica, la invasión tumoral continuará. La terapia consiste en matar las células cancerosas mediante una guerra química Es imposible no dañar células sanas pero se considera justificado casi cualquier daño acarreado al cuerpo si con ello se consigue salvar la vida del paciente.

La guerra y el ejército tienen que ver, pero de otra manera. Digamos que el ejército te bombardeó con la palabra desaparecido.

Esto matará a muchos padres, fue tu presagio. Y acá estás, en una camilla de hospital.

Ya nos pasó

Por fin se abren los ojales frente al gesto eterno de tus manos.

Tu imposible mano me recoge
de agobiadas distancias
me teje itinerarios
que minuciosamente destejen mis palabras.

Tu nocturna mano en mi mañana
me peina los recuerdos
y en tus dedos se enroscan dulcemente
bucles de versos.

Tu mano caracol traza lentos
los bordes de mi infancia
mientras veo mi palma que acaricia
el perfil del dolor.

Dolor que se calma con tus palabras de antaño: No serás más *la nena*, te están creciendo alas. Seremos tres seres ligados por un amor sólido. Un bloque.

Los tres marinos actúan en bloque. Cada uno parece recitar una parte del discurso, pero en realidad habla la institución.

Queremos saber por qué han llegado ustedes a la
ESMA
por una entrada que no es la principal. Imagínense que nosotros nos metiéramos a la casa de ustedes por el jardín de atrás. Podrían creer que somos ladrones.

Soy ladrona de palabras: te copio, mamá, aunque no hayas cumplido tus promesas:

No te preocupes por mí: sobreviviré a pesar de mis fantasmas. Además, a nosotros ya no nos puede pasar nada: *Ya nos pasó*.

Debe ser por eso que a ellos nunca les pasa nada. El Comando Conjunto entró a casa por la puerta principal y nadie desconfió. Estos señores hablan por la voz de la experiencia. En cambio nosotras parecemos ladronas de gallinas, principiantes, desconocedoras de las reglas básicas de la impunidad: actuar a plena luz del día, sin preocuparse de borrar todas las huellas.

Borraste la huella de la palabra cáncer durante años, la guardaste bajo la almohada y trataste de sobrevivir sin decirme mucho. Con el anuncio de las elecciones dejaste que apenas la sacaran del escondite, aunque sin pronunciarla porque es tabú. La palabra autorizada, enfermedad, creció tanto que no me deja espacio para hablarte: me interrumpen preguntas atragantadas al borde de tus fiebres y curaciones.

Las preguntas hacen guardia a tu lado, cuentan tus parpadeos, tus sueños: ¿Cómo son los ojos de la muerte? ¿Te deja un par antes de esfumarse?

Las preguntas quieren escarbarlo todo. Quieren aprender lo que aprendiste, darse vuelta y ser respuestas, pararse para que sigas de pie, recostarse para estar con vos, abrazarte. Los timbres del hospital no funcionan y no viene la enfermera; el peso de una inmensa mole, la paciente de la cama de al lado, se desploma implacable sobre tu silueta de hoja cada vez que se levanta; los médicos no vienen a sus citas; papá no encuentra la palabra ánimo en ninguno de sus cajones. Lo normal en estos casos.

Me acerco a tu intuida eternidad, sin saber cómo ni cuándo. Miro la cabecera de tu mundo como espiando un templo sin atreverme a entrar. Guardo un bosquejo del perfil que veo dibujarse sobre tu almohada con todas las respuestas. Te llevo a casa.

Hasta que llegan ellos, los de siempre, con su atropello. Los que tienen voz y voto, los que deciden por uno en nombre de la Ciencia, del Orden, de la Religión. Lo mismo da.

Prefiero dejarme morir, al hospital no.

Interrogatorio no, me repito, cuando sé que eso es justamente lo que nos espera. Ante la pregunta inicial Kerrie despliega otra vez su ramillete de temas: los derechos humanos, los muertos, el artículo del diario sobre los chicos jugando a la pelota en un lugar así. La juega de periodista. Y yo ¿de qué la juego?

Yo la juego de espectadora, porque no tengo fuerzas para oponerme a papá.

Les abre la puerta y tres guardapolvos te alzan derrotada sumisa acurrucada en tu silla vencida forzada te arrastran la ambulancia el chirrido del tiempo llegamos la camilla esos ojos no me claves esos ojos impotencia adiós adiós este arsenal de lágrimas tus pupilas van y vienen me recorren no me ven quedate volvé no te vayas todavía tu gesto fragmentado y ondulante tu brazo se sacude manotea el vacío me rasguña el espanto no seré yo quien te cubra la cara atrapada en esa red de reflejos. Me voy.

Eso fue ayer.

Hoy tu mano ya no me habla y palpo la matriz de tu ausencia inaugurada hace solo un temblor.

Por eso invento el doble de tu mano tatuado en el espacio del consuelo espejo que recobra la forma de tu gesto en la antesala del olvido.

El silencio es salud

Acorralada en la antesala del recuerdo miro atónita una escena familiar: el consabido milico hablándome del otro lado de un escritorio, del absoluto otro lado. ¿Terminará diciendo que lo lamenta porque fue un error? Lo original es que ahora puedo ver lo que pasa, no solo oírlo. Además, lo que oigo asume variaciones insospechadas gracias a Kerrie, que a fuerza de citar lo que la prensa internacional dice sobre los campos de concentración arrasa con todo posible *déjà vu*. Los marinos no pueden ocultar su sorpresa ante la sinceridad de la periodista. ¿Será un error que insista con esos temas urticantes? Tal vez no. Un rictus que oculta cierta sonrisa ¿nerviosa?, le aparece a Sheller cada vez que se pronuncia la palabra desaparecidos. Creo que le saliva el estómago, como al perro de Pavlov, pero no podría probarlo.

> *Si hace falta probar que estuve desaparecido puedo ir al campo de concentración y pedirles que certifiquen que me tuvieron allí entre el setenta y seis y el setenta y siete, me dijo un exdesaparecido que vino a solicitar indemnización. Era un señor mayor que seguramente nunca entendió nada, y se tragó un año adentro sin comerla ni bebería. ¡No, señor, por favor, ni se le ocurra hacer eso!, le imploré.*

Sheller me advierte: No se le ocurra creerle a las Madres. Además, eso pasó hace veinte años, y fue una guerra en la que murió gente de ambos lados.

Acá nadie se muere porque quiere

ni vive porque quiere

Para vos, papá, murió la esperanza. Apenas atinás a pasear tu monólogo circular por el croquis de tu pasado, a corregir los trazos errados. El boceto juvenil de tu vida se te resquebrajó y ahora que te tiembla el pulso querés mejorarlo. El balance es pobre: no más hijo, ni mujer, una hija que llega para volverse a ir. No salís a compartir tu insomnio con los otros, no luchás por hacerlo público, te falta fe. Por algo subrayaste en rojo aquel párrafo de *Rayuela*:

> No tenía fe en que ocurriera lo que deseaba, y sabía que sin fe no ocurría. Sabía que sin fe no ocurre nada de lo que debería ocurrir, y con fe casi siempre tampoco.

> *Tampoco le crea a los diarios. Hay muchas acusaciones infundadas que tratan de desacreditar a las Fuerzas Armadas, pero los periodistas extranjeros deberían escuchar las dos versiones.*

Mi versión de vos, Gerardo, es un cuerpo macizo y expansivo asomado al balcón como buscando espacio. Barba rala, pucho en mano, y una sonrisa leve, como contándote un chiste sin que nadie se entere.

¿Qué chiste será? Nunca me contestás lo que te pregunto, gracias si te me acercás al pie de la cama cuando se te canta, cuando querés oreja y mimos. Y yo qué. Dale, contame. Nada. Me hablás con la mirada y te callás.

La mirada de Sheller —apellido alemán, aclara dos veces— recorre las páginas del pasaporte de Kerrie, sin prisa.

> Capitán Raúl E. Sheller: actuó en la

ESMA
con los apodos de Pingüino, Miranda y Mariano. Se encuentra en prisión por diez delitos cometidos durante su actuación como oficial de inteligencia del G3.3. Torturó a detenidos, fue uno de los responsables de la desaparición de las monjas francesas Alice Domon y Leonie Duquet, y tenía una lista con el destino de las mujeres embarazadas y el de sus hijos.

Yo era apenas una hija preguntándole al padre: adónde vas, cuándo volvés. Se te veía compuesto, decidido. Que ibas al barrio de los tíos. Que iba a estar ocupada hasta tarde.

A la noche me recibe la sorpresa de una hoja de cuaderno bajo la puerta, escrita con trazo tembloroso. La levanto en la oscuridad y me siento a leerla. Las letras me derrumban.

30 de marzo, 1987 Señorita Nora:
Le rogamos tenga a bien hacerse presente a la mayor brevedad en la casa de su tía Rosita por un asunto de suma gravedad antes de mañana 31 de marzo a las
7 hs
. Es muy *urgente*, en relación a *su padre*.

Nena tu papá… acá en nuestro edificio… del tercer piso… la escalera da al patio… no nos dimos cuenta… le pidió al portero que le abra la puerta de entrada… nos tocaron el timbre… no sé qué decirte… tenés que declarar en la policía… yo ya les conté algunas cosas… andá.

Tenemos todo el tiempo del mundo

Me toca declarar frente al escritorio, ante los que siempre tienen derecho a preguntar.
Y usted… mastica girando el ángulo de visión: ¿vive aquí?
No.
¿No? ¿Y en qué año se fue?
En mil novecientos ochenta.
De tanto mentir con cara de nada la cabeza me va a estallar.

Cuando la cabeza me estaba a punto de estallar de tanto pensar, se me ocurrió algo acerca de lo que buscamos las Madres. Queremos rescatar vidas, sacárselas a ellos. Justamente lo que ellos buscaban era la niebla, el silencio, y sobre todo el olvido. Recuerdo una película sobre el holocausto, Shoá, en que los nazis decían: Shneler, shneler, más rápido, más rápido.

Querían hacer su matanza rápido y sin dejar vestigios. Los de acá tampoco quieren dejar vestigios, lo que buscan cuando desaparecen a una persona es que no quede ni el nombre, que se borre hasta el nombre. Traté de imaginarme qué es lo que piensa una persona encerrada, aislada, en una noche muy oscura, que sabe que posiblemente nadie la va a ver más. Por ahí debe pensar: Nadie va a saber ni dónde estoy, ni dónde me matan. Me borran del mundo, me borran completamente.

Uno siente que nadie sabe dónde uno está… Yo pensaba: en algún momento este hombre tiene que ir a comer, tiene que irse a su casa, tiene que vivir. Ellos saben lo que uno piensa, porque me decían: yo en algún momento me voy a tener que ir pero va a venir otro, nosotros tenemos el tiempo del mundo, nadie sabe acá dónde estás.

Ya no estás, papá. Saltaste al vacío y el reloj de tu bolsillo se partió en dos.

El concepto de alguien

El marino me parte en dos con la mirada, y retoma la palabra:

¿Cuál es su dirección en Buenos Aires?

No tengo, estoy de paso.

¿Se queda con alguien?

Qué pregunta. Me recuerda aquella otra, en el cementerio:

¿Busca a alguien?

No por ser eterna esta ciudad deja de ser ciudad. Con sus árboles, sus calles, su vecindario. Y su vigilante. Uno de esos infatigables guardianes se me acerca. Me debe reconocer el olor, la cara no. No soy de este barrio. Dejo pasar un tiempo entre su pregunta y mi respuesta. Tengo miedo que me salga gutural. Trato de colocar las cuerdas vocales para esquivar el grito, y en eso vuelve a sonar su voz. Un eco cónico, un cucurucho de corcheas me hace cosquillas con la punta. Que si busco a alguien. Estoy a punto de largar la carcajada, pero la dejo agarrada a las paredes del estómago. Que se aguante ahí por un ratito. No voy a entrarle a este honorable señor con exquisiteces filosóficas acerca del concepto de alguien.

¿Se está quedando con alguien? Repite Sheller.

No, estoy sola.

¿No tiene familia?

No le voy a explicar que perdí el mapa de tu tumba, o que jamás lo guardé porque la estampita de la portada me causaba demasiada gracia. Lástima. Porque no es lo mismo recordar la escena sin ese

dibujo de una cara de mujer con brillantitos en la aureola, y hasta un arco iris. Era perfecta: una virgen de mirada perdida como guardiana de tu partida. ¿Por qué no? ¿Acaso para vos había diferencia entre esa imagen y cualquier otra?

Religión, me preguntaron al llenar los formularios para el entierro.

Ateo, les dije: no quiero nada, ni carroza fúnebre ni flores ni tarjetas. Mi padre era a-te-o, les repetí. Para que quedara bien claro.

Pero si lo paga todo la mutual, señora, no tiene que gastar ni un centavo.

Señorita. Y no quiero nada. Temía que te burlaras de mí si cedía a la tentación del rito. Podías llegar a hacerme muecas en medio de la seriedad de tu propio entierro. Era demasiado arriesgado dejarme llevar por la costumbre haciendo oídos sordos a tu prédica.

El que me interroga hace oídos sordos a mis recuerdos y repite lo mismo de otra forma: ¿Marido? ¿Hijos? ¿Padre? ¿Madre?

Omitiré nuestra saga familiar, no sea que se ponga sentimental.

La gente se pone sentimental a la hora del entierro. Cuando murió mamá una tía nos recriminó que abandonáramos sus cenizas en el erario público. Nosotros las dejamos sueltas, al aire libre, para que salgan a pasear.

No nos va a dejar salir de la
ESMA
si no digo algo que lo conforme. Podría inventar algo, total, no lo va a publicar en los diarios.

Ni publiqué aviso fúnebre, porque eso de aparecer en las necrológicas te hubiera parecido de mal gusto. Una pobre manera de darse a conocer a destiempo.

Nada de cerrar las heridas con ceremonias. A mí que me queden bien abiertas. La muerte y sus vueltas. No te hago monumentos pero

te llevo en el cuerpo, en las neuronas, en los pies. Te llevo a pasear, que buena falta te hace. Y en el camino, cuento el desenlace de tu historia.

Es una larga historia, le confieso al marino. En resumidas cuentas, estoy sola.

Una sola camioneta celeste estaciona en el lugar indicado con dos tipos que te sacan con cuidado. A medida que sale el cajón veo perfilarse una cruz de metal cortando la madera en cuatro. Me convenzo que es idea mía, eso seguro se necesita para sostenerlo. No tengo nada contra las cruces, bien lo sabes. Pero no es hora de cargar con el peso semántico del judío en la cruz. En fin. Tampoco es hora de hacer preguntas. Te bajan, te dejan en tu lugar, cumplen su función. Toda función tiene su desenlace, y después cae el telón. Antes de bajarlo me dan la tarjeta de la virgen con un planito para ubicar tu morada celestial. ¡Una estampita! ¡Como la que vendías en las ferias de chico! Los azarosos círculos del destino nos rondan con sus simetrías y no puedo evitar la sonrisa final.

Sonríen. Me pregunto si el entrenamiento para marino incluye la práctica de esa sonrisa aséptica, pero dudo que la información figure en ningún registro.

El ateísmo no figura en sus registros. Al que no es ni chicha ni limonada lo ponen en la categoría cristianos, o en católicos apostólicos romanos. Me pregunto en qué casillero te habrán puesto. Llegaste al paraíso sin comerla ni bebería. Sin haberte confesado ni comulgado, como tanto hace Videla para no perder su puesto eterno. Te premiaron por no tener miedo, y ahora que gozás de tu terrenito etéreo desaparecés de nuestros modestos espacios mundanos.

El espacio de la oficina se agranda con el eco de sus palabras:

¿Tiene su documento de identidad?

Creo que no lo traigo conmigo.

¿Puede buscarlo?

OJO

Busco a mi padre. Lo enterramos en el 87.

A los del 87 los desalojaron.

> *Nos desalojan del pabellón que ocupábamos y nos trasladan a otro, con celdas individuales, donde íbamos clasificados en dos categorías: los que tenían un cartel de OJO, y los que tenían un cartel de*
> *SEMI-OJO*
> *. Estaba escrito con tiza, me acuerdo. Si decía OJO en la puerta, el tipo estaba solo en la celda, porque era peligroso, y si decía*
> *SEMI-OJO*
> *había dos en una celda igual. Después nos desalojaron también de allí.*

Aquí, como en cualquier ciudad, el que no paga, vuela. Los barrios ricos tienen edificios fastuosos, llenos de volutas y frases célebres. Los barrios pobres, como este, están plagados de flores almidonadas, algunas acurrucadas sobre raquíticas cruces de madera. Y tierra, mucha tierra. Te desalojaron del barrio más pobre del cementerio, casi de un potrero, para trasladarte ¿adónde?

¿Adónde estará mi documento?, mascullo como una idiota frente a la cara impávida del marino.

Sigo revolviendo la cartera con cara de yo no fui.

Las cosas a veces desaparecen como fantasmas ¿no?, retruca Sheller, casi divertido.

Quitarle a las cosas su aire fantasmal. Vuelvo a la costa de mis navegaciones, al departamento deshabitado, para sacarle la penumbra a los objetos; para regresarlos al circuito de las manos y de las voces; para devolverles una función, un sentido práctico. Ropa colgada en los roperos, manteles bordados por tatarabuelas, copas de cristal de casamiento, baúles opíparos, vestidos rebosantes de mareas y aromas exóticos, canastas con candelabros y alguna Biblia de tapas plateadas. Todos deben retomar la aventura de la vida, vengo a liberarlos de estas paredes, del pasado y de los pesares. ¿Haré bien en dejarlos ir? ¿Se habrán acostumbrado al olor a encierro de estas, sus habitaciones? Lo siento, no tengo dónde guardarlos. ¿En qué bolsillo meter la platería, en qué bolso la biblioteca, en qué cartera el vendedor de diarios de bronce? ¿Cómo empacar mapas, abrigos, postales, cubiertos, tazas chinas, platos, adornos, costureros, partituras, repisas? Ya que se salvaron del glorioso destino de botín de guerra, debería apilarlos en una alfombra mágica y que me sigan por el planeta: una caravana de curiosidades por el cosmos, a la deriva. Es que yo, tan a la deriva como ustedes, vuelo por la inmensidad del globo. Pero como a mí me cobran peaje, procederé a cambiarlos por el vil metal. Sabrán comprender, queridos amigos. No, no pueden quedarse, lo lamento. No sería saludable. Tengo que dejarlos. Aferrarse a formas, a colores, a sonidos, no va con el siglo veinte, con su calendario de exilios y metaexilios. *Guardamos la ropita en el ropero pero no hemos deshecho las valijas del alma. Vamos* Gelman, todavía.

Deberé partir. Deberán partir. Se irán sin siquiera haberme confiado sus secretos, esos que les susurraron bocas bajo sombreros esbeltos y tules negros. Europa se remata en América, quién da más. En la Argentina de los noventa privatizamos hasta los recuerdos. Generaciones de rusos y polacos han cargado este arsenal de maravillas, estos bártulos esplendorosos, para por fin alcanzar la cumbre de su periplo: ser vendidos por dos pesos en una feria americana, al contado y con suculentos descuentos.

Los objetos se agrupan en mesas prolijamente desplegadas por las habitaciones. Clasificados por semejanza, por precio, por casualidad. Pilas, pares, individuales, todos con su escarapela: el precio, siempre módico. Exclusividades por una bicoca, el fervor de los anticuarios:

¡Pasen, entren, arrasen con todo, que yo me quedo con el cambio! Con el cambio de vida, de país, de piel. Cambio historia por consumo, una historia más que se consume.

Con sumo placer, adelante, aprovechen las novedades.

En algo andaría

La novedad es que al marino, de repente, ni le preocupa mi mentira:

Bueno, por esta vez no importa: dígame el número de documento.

¿Qué número puedo marcar para dar con vos, Gerardo? ¿Y qué les digo cuando me atiendan? No quiero sonar como esas viejas que hablan maravillas de sus hijos. ¿Cómo les digo que sos el más querible el más simpático el más inteligente el más malhumorado el más vital el más amigo?

Señores, el que busco toca la guitarra, tiene debilidad por el café, juega al fútbol y hace otros deportes, a veces mira la televisión y cocina mucho mejor que mamá.

Va a campamentos y trasnocha, tiene amigos en varias lenguas, viaja por el continente y escribe poemas cuando amanochece.

Está por terminar su tesis sobre resistencia de los materiales, pero no resiste ni el metal de la tijera que le tiro a los cuatro años. Piensa casarse.

Milita, dice ser ateo pero tiene un padrenuestro: que todos puedan comer, que todos puedan estudiar, que todos puedan elegir. Hoy diríase que no tiene nada de extremista, pero entonces…

El que busco tiene ojos que hablan, pelo salvaje, tamaño imponente, voz ondulada y gestos de niño. El que busco no envejeció, no tiene la frente marchita ni plateada la sien.

Sabe jugar a las escondidas, al Cisco Kid, al patrón de la vereda y al ajedrez.

Me enseña a recitar *los zapatitos me aprietan / las medias me dan calor / y el muchachito de enfrente / me tiene looooooca de amor*.

Es bueno para las matemáticas pero no puede dibujar una vaca. De chico se encierra en el baño, de grande en su cuarto, y de más grande lo encierran en un campo.

Vive en una foto carnet, en blanco y negro; en una diapositiva a color, remando en un lago, camisa anudada y panza afuera; en un cuaderno con cálculos matemáticos; en un par de zapatos, y en varios programas autografiados de conciertos.

¿Sabe dónde está su hijo a esta hora?

Íbamos a conciertos, a fiestas, a peñas, a fogones. Gerardo cantaba, contaba chistes, era muy divertido. Se hacía el cancherito pero era como un bebé canchero. No era que fuera seguro, sino que trataba de subsanar su blandura con un cierto arrojo. Y unos años después le pasó algo parecido: creyó que le faltaba compromiso, que tenía que apretar el acelerador y comprometerse más, no sé cuánto más. Hicimos diez mil campamentos, diez mil jodas… más bien bromas pesadas, te diría. Me acuerdo de momentos: Gerardo tenía unas canciones preparadas con la guitarra, perfectas, con los bajos y todo: unas nenitas que entonces tenían como trece años y hoy tendrán noventa lo miraban como si fuera Alain Deion.

Me acuerdo una fiesta en la que se cambió como siete veces la camisa. Hacía un calor terrible, y él aparecía a cada rato con otra pinta. ¿Qué sos, un desfile de modelos?, le decía. Creo que se quería levantar a una mina y quería impresionarla con sus ochocientas camisas: con rayitas, rojas, a cuadros… y yo: ¿Qué es eso?

Desaparecidos pero no tanto

¿Qué es eso? No, un programa no. ¡Un folleto! Nos hacen pomposa entrega de sendos folletos informativos de la Escuela. A ella le toca en colores; a mí, en blanco y negro.

El hombre solo es libre cuando puede elegir…
Ciencia, tecnología, futuro…
Lo hallarás en la
ESCUELA DE MECANICA DE LA ARMADA

En la escuela secundaria, donde yo trabajaba como profesora, estábamos obligados a llevar a los alumnos a visitar unos pueblos inventados por los milicos. Uno llegaba y a la hora que fuera golpeaba toc toc y los habitantes tenían que salir y uno ver la casa, y escuchar el discurso aprendido donde te decían cómo tenían que agradecerle al ejército argentino por haberles dado todo eso. Eran pueblos cárceles, al estilo de lo que se hizo en Vietnam, donde la población tenía que alabar el destino glorioso que les deparaban los militares. A esa payasada le llamaban erradicación de población rebelde.

Cuando la población tiene que votar debe recurrir primero al padrón electoral. El método es sencillo: uno busca su inicial con el dedo índice en una hoja interminable pegada a la fachada de algún edificio público. En general, se encuentra y verifica adonde le toca cumplir con su función cívica. Me acerco a una vieja escuela, la de Pueyrredón y Lavalle, y procedo como corresponde. Pero mi dedo

se emborracha, ve doble, triple, no un apellido sino cuatro. Los leo: ¡Sí!, aquí están: Gerardo, Abel, Hugo… ¿Por qué no? ¡Desaparecer no equivale a desconocer la responsabilidad cívica! ¡Estarán desaparecidos, pero no tanto! Para que caduque su derecho a votar haría falta probar que no están.

Si desaparece por algo será

Para probarnos su afán didáctico los marinos nos aclaran que la nave del folleto es una fragata. Mientras hablan nos guían hacia la puerta de entrada, y piso la vereda sin mirar para atrás.

¿Por qué no volver atrás, como en los cuentos?

¿Por qué no volvés, hermano? Decime algo.

Dígannos cuándo quieren volver, y estaremos a su servicio, como siempre, insisten los atentos marinos.

> Siempre los ruidos de la noche, parece mi destino estar oyéndolos, enumerándolos, tratando de descubrir en ellos la vida fanfarrona, estridente, que quiere hacerse ver como un faro en la oscuridad de la niebla y el mar embravecido.

¿A qué mar te referís, Gerardo?

¿Al mar dulce, a ese Río de la Plata al que caíste como péndulo? Dicen que los largaban mar adentro. ¿Se acercó tu cuerpo a la costa como un faro en la oscuridad? ¿Estaba embravecido el mar?

La hermenéutica como ruta estridente hacia la desesperación. La interpretación como contrapunto del silencio.

Busco atar cabos, atar tu historia en un nudo que ahogue la incertidumbre, recuperar una versión con principio, medio y final. Armar el rompecabezas para calmar esta costumbre de inventarte posibles pasados, posibles finales, finalmente, nos depositan en la puerta de calle. Pero todavía nos bloquean la salida sus tres imperturbables cuerpos.

> Bloquearon los caminos de la investigación de los hechos

> concretos… ¿por qué la destrucción de los cuerpos?… los cadáveres sin nombre, sin identidad, impulsando a la psicosis por la imposibilidad de saber acerca del destino individual, concreto, que le tocó en suerte al ser querido… al borrar la identidad de los cadáveres se acrecentaba la misma sombra que ocultaba a miles de desaparecidos cuya huella se perdió.
>
> *Nunca Más*

Ni huella de sus modales autoritarios de hace unos instantes ¡Qué amables anfitriones! Falta que nos pidan nuestras direcciones en Canadá para hacernos llegar una postal. Si insisten, les mandaré una con el diseño de una cara tabicada. No sea que se olviden de sus ex-detenidos-asesinados.

Esto no tiene límites

(Máxima del grupo de tareas de la ESMA)

En el noventa y cuatro los ex-detenidos-desaparecidos pasamos a la categoría de existentes y por ende indemnizables. Vuelvo al viejo edificio de la calle Moreno, la Secretaría de derechos humanos, para conocer los entretelones. Cuando llego al tercer piso me mandan al primero, y del primero me mandan al tercero. Los del tercero me explican que un desaparecido que se precie de tal tiene que figurar en una causa. La razón es absolutamente lógica: por no figurar en ninguna planilla de entrada y salida no se lo puede indemnizar con precisión. Al final no sé si los desaparecidos somos, estamos, fuimos o estuvimos, pero seguro que tendremos que probarlo.

> *No sé decirte si estaba detenido preso o desaparecido. No figuro en ninguna planilla, en ningún libro de detención, en ningún lado. Y por lo tanto no puedo hacer ninguna acción legal.*

Yo sí puedo iniciar mi acción legal y tramitar una posible indemnización. El gobierno acabó con la duda nada metódica sobre nuestra existencia y decretó que somos y que fuimos. Nos pagarán por ser quienes fuimos. Los familiares de gente que fue lo que fuimos pero no es como somos también recibirán una suma de dinero o de bonos por la llamada desaparición forzada (de sus hijos maridos padres hermanos u otros lazos sanguíneos). En criollo podríamos afirmar que se nos va a pagar por haber sufrido prisión y tortura ilegales y/o por haber sido asesinados, pero esos términos son legalmente inocuos, literariamente ineptos y socialmente

inaceptables.

¿Qué vía de escape de la
ESMA
puede ser socialmente aceptable? Le hago señales a un taxi. Para que no siga de largo lo llamo como haciéndole chau al mundo entero.

Ya verán que el mundo entero nos dará la razón, es cuestión de tiempo. Lo importante es que se difunda la verdadera versión sobre la Escuela de Mecánica de la Armada, recita Sheller mientras le cerramos la puerta del taxi en las narices.

La Secretaría de derechos humanos me cierra la puerta en las narices, pero con modales impecables. He decidido pedir la reparación económica que finalmente nos ofrece el Estado a los exdetenidos desaparecidos. Paso una media hora en una oficina escondida, donde me piden tomar asiento y dejar constancia de la información relativa a mi secuestro: fecha, lugar, período de detención. Hasta me ofrecen un vaso de agua, papel y lapicera.

Ya ha pasado la gran crisis del 2001, en el país han cambiado algunas conductas, me repito mientras resumo lo esencial en un párrafo. Al final de mi solicitud pido reparaciones desde el momento de mi secuestro y hasta el presente, ya que mi vida ha sido desmembrada por estos *hechos*. Me informan que recibiré una respuesta oficial a la brevedad.

> Buenos Aires, 6 de marzo de 2001
> Nota Ley 24 043 No 104/01
> Señora Nora Strejilevich
> Tengo el agrado de dirigirme a Ud. en mi carácter de Coordinadora Técnica de la Unidad Ejecutora de la Ley No 24 043 de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, en relación a su nota mediante la cual solicita la ampliación del beneficio previsto en la citada Ley, por los vejámenes de los que fuera objeto durante su detención ilegal.

> Al respecto… le solicito nos informe si el pedido está referido al incremento del beneficio por «lesiones gravísimas» (Art. 4.º de la Ley 24 043) entendiéndose por ellas las contempladas en el Art. 91.º del Código Penal que establece: «Se entenderá como gravísima la lesión que produjese una enfermedad mental o corporal, cierta o probablemente incurable, la inutilidad permanente para el trabajo…». Las lesiones gravísimas se caracterizan por la irreparabilidad del daño causado por la pérdida absoluta de la capacidad funcional de un órgano, no es la mera disminución o debilitamiento de una función. La aceptación del término *enfermedad* es la alteración más o menos grave de la salud, pero debe ser incurable, al menos en forma probable, lo cual será determinado por la pericia médica… El concepto de enfermedad abarca tanto la patología física como la psíquica. La inutilidad permanente para el trabajo debe entenderse en el sentido de un pronóstico «probable» de inutilidad para toda la vida.
>
> Para el supuesto de que su caso esté encuadrado en lo anteriormente descripto, deberá acompañar copia certificada de Historia Clínica del lugar de detención; sentencia judicial que las haya tenido por acreditadas, o Historia Médica o Clínica con fecha correspondiente al lapso del beneficio emanada por institución de salud oficial.

Lástima que el Club Atlético no siga en funcionamiento, de haber caído en la
ESMA
hubiera aprovechado mi visita para solicitarles el correspondiente informe médico. Pero nunca se sabe: si bien Gerardo pudo haber ido a parar a la
ESMA
, eso no simplificó su caso. El trámite que inicié por reparaciones a raíz de su desaparición quedó en el limbo por años. El ritmo habitual, pensé, y lo dejé estar. Mientras tanto muchos casos se procesaban. ¿Por qué no el nuestro? Finalmente, la voz de la ley se pronunció con claridad. Gerardo cometió un fraude y por eso no se le otorga a su familia el beneficio de la reparación.

Los asesinos le robaron la cédula de identidad y ahora la usan para estafar con su nombre, pensé. ¡Los torturadores roban con identidades robadas! Lo de siempre, concluí con la náusea habitual. Pero enseguida me llegó otra versión.

Desde los 80 la Universidad de Buenos Aires le seguía el rastro a un alumno que no había devuelto un libro de física a la biblioteca. Se trataba de mi hermano. Mis padres les informaron a las autoridades que su hijo había sido secuestrado y seguía desaparecido desde 1977. Lamentablemente, si él no aparecía el libro tampoco podría aparecer. Lo cierto es que las universidades no permiten que este tipo de crímenes permanezcan impunes. Buscaron a Gerardo sin tregua, y el caso pasó eventualmente a manos de la policía.

Mi abogada logró, veinte años después, limpiar su prontuario.

> Buenos Aires, 12 de noviembre de 2000 Querida Nora:
> Me pasé la tarde en diversas dependencias de derechos humanos hasta que encontré la documentación. El problema es el siguiente: a Gerardo lo buscan a raíz de un informe policial que lo acusaba de fraude. Fue citado a presentarse al Juzgado Penal 31 el 16 de diciembre de 1989, y este es el *problema* ya que, como bien sabés, desapareció el 16 de julio de 1977.

III

Mi nombre enredadera se enredó
entre sílabas de muerte
DE SA PA RE CI DO
ido
nombre nunca más
mi nombre.

Enajenada de sujeto
no supe conjugarme
no supe recorrer
el abecedario de mis lágrimas.
Fui ojos revolviendo ayeres
fui manos atrapando jirones
fui pies resbalando
por renglones eléctricos.

No supe pronunciarme.
Fui piel entre discursos
sin salidasin vestigios
de dóndeni por qué
ni cuándoni hasta cuándo.

¡No podrás jamás decirlo!
jamás decirte, pensé.
Pero escribirás,
escribirésí
miles de gesde eresde eses
garabatos vicarios
hijos de mi boca
remolinos de deseos
que fueron nombres.

Escribiré
látigos negros para domar

ciertas salvajes mayúsculas
ahogándome la sangre.
Resistiréresistirás
con nombre y apellido
el descarado lenguaje
del olvido.

¿Capítulo final?

No te olvides de olvidar el olvido.
Juan Gelman

Una mujer estaba leyendo mi testimonio y me llamó para decirme que se quería juntar conmigo para darme un abrazo. Estaba muy emocionada y agregó: que sea antes de terminar de leer tu libro, después quizás me falte valor para ese abrazo. Una mañana nos encontramos y ella quería hablar del libro. Yo quería hablar del abrazo. Vos me quisiste dar un abrazo porque te sentiste afectada, le dije, estabas emocionada, tuviste la necesidad urgente de abrazarte con quien te pasaba todas esas noticias. Quiero decirte que ese es el abrazo que a nosotros nos negaron. Aparte del dolor, la tortura, el duelo, toda esa iniquidad, no nos dejaron ni siquiera eso.

Conozco el caso de una muchacha que estuvo en el mismo campo de concentración que su hermano, en el mismo momento. Ella sobrevivió, su hermano no. ¿Cuánto tiempo, mientras viva, va a pensar: por qué no nos dejaron abrazarnos? Ojalá esa pregunta subsista durante varias generaciones.

No me puedo abrazar al pasado, tengo que dejar que suelte su avalancha de escenas y de voces. Quisiera que se ventile y escape del rincón en el que lo tengo bastante mal alojado. Que viva una existencia más llevadera. Por eso decido, en Canadá, ir a hablarle a un sicólogo.

Espero largo y tendido en una sala, mirando avisos de *holistic therapy* y ensayando discursos, hasta que me llama a su consultorio un tipo con pinta de intelectual de los sesenta: anteojos redondos de metal, pelo enrulado, cuarentón. No podría ser más adecuado para

la ocasión, se me ocurre mientras le sonrío por no saber qué decir.

Ante la pregunta de rigor: *What brings you here*?, qué la trae por aquí, emprendo una somera descripción de mi caso. Avanzo y retrocedo a los tropezones, con saltos olímpicos de cronologías, subidas y bajadas de tono emocional, ambivalencias y olvidos. Sin abundar en detalles, armo una breve sinopsis para que podamos entrar en materia. Como hablo mirando hacia dentro no le presto atención a sus gestos, hasta que al cerrar un largo párrafo aterrizo en sus ojos.

Are you crying?, le pegunto como para convencerme.

Sí, el doctor está llorando. Se tiene que sacar los lentes para secarse las lágrimas que pierden la poca vergüenza que les queda y le nublan la cara.

It's not that bad, doctor, worry don't, atino a balbucear: no se preocupe, no es grave, mientras me acerco, tratando de aplacar el despiadado flujo de agua salina.

Gracias a mis primeros auxilios se calma. Me da cita para otro día, pero sin esperar su diagnóstico, me doy de alta.

> *Alta en el cielo / bandera inmortal / azul un ala / del color del cielo / azul un ala / del color del mar…*

Tarareo, entre divertida y perpleja, las canciones patrias del colegio. Uno de los métodos para calmar la ansiedad, ahora que yo soy la que floto en el cielo. Vuelo hacia el sur, flameo. Otro método es masticar mis obsesiones como si me contara secretos, para no traicionarlas.

Quisiera ser como los secretos no traicionar jamás

Rainer María Rilke

Traicionar es algo parecido a abrir la ventana de una prisión: todos tienen ganas, pero es raro conseguirlo. Así decía Céline, y él lo sabría mejor que nadie porque lo hizo. Traicionar es fácil. Lo difícil es tener la ocasión.

Te di la ocasión, Roberto. El excéntrico impresor de revistas de filosofía con el que regué mis veinte años para que crecieran sillas y estantes y sueños y carcajadas. Traicionar es muy fácil. Basta correr esas cortinas cursis que nos vendían cuando veíamos al mundo color de rosa. En la penumbra de la madurez, todos los gatos son pardos. A los pruritos de la inocencia les sobra brillo: son plastificados, transparentes. La verdad es más turbia, y cuanto más rápido se la acepta, mejores negocios se hacen. *Money makes the world go round, the world go round*.

Lástima que los románticos perdamos la medida del tiempo, atorados por el diámetro de los sentimientos y el volumen de las emociones. Hay que apurarse, el único remedio contra la tristeza es la lectura veloz: una mirada a vuelo de pájaro más rápida que la decepción. No es tan difícil, la decepción es lenta: tarda años en florecer —se riega de tanto en tanto— y da sus frutos de repente. Frutos enormes, agobiantes, que se les caen a sus dueños de tan pesados. A mí se me caen en palabras que hacen ruido de lágrimas contra muros de silencio.

Sos Samsa

Son muros de silencio las paredes del departamento de Corrientes, desafiantes ladrillos que luchan contra la humedad que los carcome. Faltamos cuatro y sobran siete habitaciones en las que conviven polvo y olvido. Las ausencias, aburridas de tanto abandono, se cubren con telas de araña que adornan pilas de objetos. Cuando se largan a correr por el eterno pasillo las atajo en mi cuarto de Vancouver y las revoleo por el aire. Mariposas nocturnas que mueren al chocar con el velador de mis insomnios, preocupados por no darte la ocasión. Pero te regalo, Roberto, ocasiones para decepcionarme. La culpa la tuvo nuestra gloriosa juventud, o mejor dicho: creer en ella. Esos veinte años impregnados de carcajadas a dúo, con cenas de lujo sobre cajones de manzanas. Tibios almohadones bordados de complicidades. Esas imágenes me nublan la vista, y al diluirse nuestras figuras atino a ver que la metamorfosis ya estaba en marcha. Sos Samsa, y no en sus primeros días.

> 12 de enero de 1979
> Querida hija:
> Como nos pedís que te hablemos de Roberto, te voy a contar una anécdota. Esta mañana pasó a buscarme para ir a almorzar al café. Mientras comíamos yo le hablaba de cómo el hombre puede modificar la materia con una fórmula matemática, es decir, con una idea que solo él descubre en ella. Él me comentó una idea suya de cómo fabricar un sobre para correspondencia que se reciba mucho más rápido y sin desperdiciar papel. La charla le interesó tanto que se le hizo tarde y tuvo que salir corriendo. Se fue volando, como siempre, con las alas de su

portafolio. No pudo esperar la cuenta.

Se te olvidá que Chito pagó la cuenta y me la volvés a cobrar. Apurado y sin tiempo para dar explicaciones, lo más expeditivo es quedarse con el vuelto. En suma, el departamento.

La llave mágica

Con el departamento en mente bajo en tránsito del avión que me trae de regreso a mi historia. Bajo en Santiago de Chile: Once grados centígrados, cielo despejado. Cumbres nada borrascosas. Paso una ventanilla que reza: control de pasaportes, pero un acento más simpático que la voz me detiene:

¿Qué hace usté en territorio shileno?

El funcionario me amenaza con el reglamento y el significado técnico de la palabra tránsito, que excluye por definición el acto de presentar pasaporte para entrar a un país.

¿Cómo le explico que ando distraída recordando muros y metamorfosis? Mis reflejos me salvan: saco de la cartera mi identificación profesional como quien saca un arma en las series de Hollywood: con destreza y un dejo de ironía.

Dr. Nora Strejilevich. Latin American Literature
University of British Columbia, Canada

La llave mágica, la tarjeta del éxito impresa *of course* en un inglés diseñado para encandilar pupilas burocráticas. Sin percibir que mi título de doctora no cura ninguna letra, reacciona: sonrisa acogedora. Todo se va a solucionar sin inconvenientes: Sígame doctora, faltaba más.

Ya no soy, por suerte, un grumo que se aplasta con estatutos metálicos y cortantes.

Me diluyo en el magma viscoso de los pasajeros que apenas pasan, en el horizonte impreciso de los sin tierra. Vuelvo al asiento correcto, del avión correcto, del país correcto… y voy a llenar la tarjeta de embarque correcta. Pero al despegar descubro un dato incorrecto: hoy no es diecisiete, mi número favorito, ni siquiera

veinticinco, el segundo que mi lógica superstición ha declarado ganador. ¡Llegué un día fallido! Aterrizar un veinticuatro es atroz, una ofensa a mi vapuleado calendario existencial. La terminación par me arruina la complicidad con las fechas, me deja a la intemperie como al país. No me sorprende, ya en tierra firme, que los teléfonos no funcionen, que los taxistas se peguen como moscas y que un par de botas de invierno me proteja de los treinta grados con ochenta por ciento de humedad. Culpa del veinticuatro.

Una voz pronuncia junto a un auricular el estribillo del folklore nacional:

Fijate que no pude hacer la denuncia en la policía porque no tenían formularios.

Un derrumbe mudo me afloja las piernas. ¡Dadme un punto de apoyo, y prometo no mover el mundo! Diviso un puesto de diarios y revistas. Para disimular mi estado de confusión, miro la mercadería con interés. A ver si todavía sé leer castellano:

> Hoy se cumplen diecisiete años del golpe militar de 1976

O no sé leer y tengo una imaginación frondosa, o sé leer y por primera vez en mi desconcertante vida los milicos, aunque sin proponérselo, me dan un gusto.

> Las organizaciones de derechos humanos convocan a una radio abierta en Diagonal y 9 de Julio, de 8 de la mañana a 8 de la noche.

¡El más alusivo de los diecisiete! Saboreo la noticia:

> El golpe fue un hecho irremediable que contó con el apoyo de prácticamente toda la sociedad argentina sin otra oposición que la del ámbito subversivo —afirma el segundo Presidente del régimen instaurado en 1976, Roberto Viola. Pese a la sentencia de 16 años de prisión que recibió como culpable de graves violaciones a los derechos humanos, interrumpida por el indulto con que lo benefició el Presidente Menem junto a otros comandantes militares de

> aquel régimen, Viola aseguró que en los años del «Proceso» no hubo terrorismo de Estado: la expresión terrorismo de Estado no va.
>
> *Clarín*, 24 de marzo de 1993

Me sorprende no tanto el tono contundente de las voces uniformadas, como que sigan pronunciándose con tanto aplomo. Esos giros altivos deberían estar pasados de moda. Claro, con las modas nunca se sabe… pasó la época en que se usaban uno o dos colores por temporada: ahora vale todo, hasta el verde caqui. Como acabo de aterrizar me asusta este estilo tan permisivo, a ver si me contagio y también yo me acostumbro. Aunque necesitaría mucha práctica, es un logro que demanda años de ejercicio. Entre los que me rodean frente al puesto de diarios no detecto nada de esa furia, de aquel tumulto de antaño que párrafos más tenues sabían desatar. Ni pestañean. ¡Atención! Una cincuentona se acerca al diario *Clarín* con gesto apático. El billete que le pasa al vendedor le dará acceso a las travesuras de nuestros maestros de la semántica, y a la cotización del dólar. Aunque ese no es tema de actualidad porque peso y dólar flotan juntos como hermanitos de leche. Concentro toda mi esperanza en la señora, a ella sí va a hervirle la sangre cuando mire el titular y lea el artículo.

Pucha, me equivoqué. La señora pide cambio.

> Para pertenecer al Club de los Amnésicos no se necesita ninguna aptitud especial —ni siquiera una gran falta de memoria, espontánea o provocada por algún golpe, el envejecimiento de las arterias o la escasa irrigación del cerebro—, porque se parte del hecho de que desde el momento de nacer, todos somos amnésicos, especialmente aquellos que creen recordar.
>
> Cristina Peri Rossi, *Cosmoagonías*

Siempre Coca-Cola

No todos somos amnésicos. Nosotros, los llamados sobrevivientes, volvemos hoy al terreno del Club Atlético. Hace tiempo creí verle la entrada desde el ojo de una cerradura. Ni ojos ni cerraduras, apenas este polvo surcado por carreteras. En el descampado donde solo quedan tierra y viento que levanta tierra, hay un café con sombrillas blancas y rojas que rezan Siempre
Coca-Cola
… Lógico: para que siempre
Coca-Cola
, a menudo Clubes Atléticos. Ese cartel es un tomo de economía política, dicen mis pies pisando el relieve de la impotencia. Impotencia que se embarca en preguntas retóricas: ¿será el mismo espacio? Si no hay escaleras, ni mirillas, ni guardias, si los muros no están, si el feroz dinamismo de las autopistas sepultó tubos y pasillos ¿será?

Era un club y es un camino, flor de simbolismo ¿no? Lo tiraron abajo pero abrieron un camino. Camino que transita sobre nuestros cuerpos suspendido en un allá que no nos pertenece.

Pero hay peros después del punto y aparte: a lo largo de las horas el acá nos empieza a pertenecer. Van surgiendo indicios, claves de un escenario que, a primera vista, parecía uno más. Se empieza a leer: Acá funcionó el Club Atlético. Se empieza a pintar: Asesinos. Se oyen cánticos:

Compañeros
hoy venimos a contarles una historia
porque nunca consiguieron arrancarnos la memoria
hace de esto 20 años una noche muy oscura
un 24 de marzo empezó la dictadura.

Los ladrillos, gracias a las manos de borradores de amnesias, terminan por hablar. Las paredes terminan por esbozar pañuelos, los aerosoles terminan por exigir justicia. El lugar, aunque siga sin parecerse a mi ayer, promete un sentido.

Voy y vengo por la vereda sacando fotos. Quiero desquitarme de este paisaje inasible, sin puntos de referencia, duplicando ángulos, curvas, planos que invoquen un recuerdo. No me resigno a no identificar la geometría de mi pasado, insisto en el registro pero pierdo. Quiero decir, pierdo la cámara. Textual y rotundamente, en un descuido o por pura clarividencia se hacen humo las tomas, las distancias, los encuadres. Quedo a merced de la incertidumbre que no logran aplastar mis pasos. Los objetos, que suelen ser más sabios que uno, me abandonan a la inmediatez de la mirada.

¿Qué ves?

Veo veo, ¿qué ves? Veo manchas verde esmeralda sobre el cemento gris. El verde trepa por una columna y veo verde hoja con matices color nube. Las columnas sostienen una autopista que arrasó con campo y picanas en el 78. Pero no se arrasan los nombres, me digo, las almas no se arrasan. Nombres y almas le dan sus formas al papel maché que veo en las columnas. La forma del tiempo en exhaustas arrugas grabadas en tinta china, la forma del dolor en vendas sobre ojos anónimos, la forma de la bronca en bocas de tempera que se resisten a hablar, la forma de la fuerza en brazos y puños que se alzan con el gesto estilizado del símbolo, la forma de la vida en ojos abiertos al más allá de toda vista posible. Un ramillete de frentes y perfiles esculpidos da brotes, crecen ramitas allá arriba, casi tocan la base de la ruta: flotan en el aire, son la intemperie de la historia.

Cumple años nuestra segunda piel de casi dos décadas, nos convocan la ley de la memoria y de la vida. Por eso corresponde llenar este espacio con vino, con abrazos, con fotos, con canciones, con poesía. El verde salpica todo negro posible, la apatía del polvo se acurruca y juguetea el viento entre las manos. Manos que arman una enorme fogata alimentada por caras impresas. Rasgos y nombres de verdugos se consumen detrás de implacables barrotes de soga. Extraños rituales nos convocan. ¿Quema de brujas? No. Esta es una peña, cantan alegres estribillos los murgueros, comen asado los amigos mientras arde un horror de papel.

> *Me crucé en la calle con el Turco Julián. Estaba caminando por el centro con un pibe sobre los hombros Quizá por eso no me dio ganas ni de pegarle. Chau, Tito, me saludó. Se metió una mano en el bolsillo, sacó un montón de fichas de subte, y me dijo: Estoy en la lona, flaco, vendo fichas para parar la olla,*

mirá vos. Ya en el pozo te decía que eras un forro, un forro que se usa y se tira, le contesté. Y la seguía: con todo lo que vos sabés habrás conseguido un buen laburo. Le dije que no, pero que me las podía ingeniar sin su ayuda. Te puedo recomendar gente importante, mira que podés ir de parte mía, insistía. Entonces le pregunté si tenía que ir de parte de Juan Simón, que es su nombre real, o de parte del Turco Julián.

De Julio Simón, hijo de puta, de Julio Simón.

Una senda nos lleva al escenario donde suben y bajan emociones y festejos. Un micrófono pronuncia mi nombre: no mi código sino mi nombre. Y sale de ese nombre una voz que resuena a pesar mío, que se planta delante de mí dispuesta a pronunciar su propio texto.

> Una magia perversa gira la llave de casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo.
> Palpo las miradas frente a la sorpresa de esta voz que repite:
> *Pisa pisuela color de ciruela.*

Doy vuelta a la página, cruje el papel entre estos dedos. ¿Soy yo la que al leer cierra un círculo? Me sostengo, incrédula, entre imágenes que son y no son ficciones:

¡Me llevan, me llevan!

El secreto recorrido de casa al Club Atlético se hace público, habla hasta por los codos. Las voces del pasado me encarnan. Soy, somos, el poema:

> *asesinaron*
> *a mi hermano a su hijo a su nieto*
> *a su madre a su novia a su tía*
> *a su abuelo a su amigo a su primo a su vecino*
> *a los nuestros a los suyos a nosotros*
> *a todos nosotros nos inyectaron vacío.*
> *Perdimos una versión de nosotros mismos*
> *y nos reescribimos para sobrevivir.*

Palabras escritas para que las pronuncie acá, en este lugar que no es polvo ni celda sino coro de voces que se resiste al monólogo armado, ese que transformó tanta vida en una sola muerte numerosa.

Fuentes

Orales

Testimonios de Luis Alberto Acuña, Mimí y Federico Álvarez Rojas, Ana María Careaga, Pedro y Matilde Cerviño, Mirta Clara, Nora Cortiñas, Daniel Flores, Carlos Groisman, Graciela Jaegger, Matilde Melibovsky, Jorge Méndez, Ricardo Rotchild, Fanny Seldes, Norberto Szurman, Mario Villani y alguien que no dio su nombre.

Bibliográficas

Documentación provista por el Centro de Estudios Legales y Sociales (
CELS
), la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos y la Comisión Nacional Argentina por la Desaparición de Personas (
CONADEP
), Buenos Aires,
1985-1995
.

Andersen, Martin E. *Dossier Secreto, el mito de la guerra sucia*. Buenos Aires: Planeta, 1993.

Bayer, Osvaldo. *Rebeldía y esperanza*. Madrid: Ediciones B. Grupo Zeta, 1993.

Cortázar, Julio. *Rajuela*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986.

Kaufman, Alejandro. Prólogo a *Heidegger y los judíos* de Jean Francois Lyotard. Buenos Aires: La Marca, 1995.

La sentencia. Texto completo de la sentencia del 9 de diciembre de 1985 emitida por la Corte Federal de Apelaciones. Buenos Aires: Congreso Nacional, 1987.

Martínez, Tomás Eloy. *Lugar común la muerte*. Caracas: Monte Ávila editores, 1978.

Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Buenos Aires, Eudeba, 1991.

Paoleti, Alipio. *Como los nazis, como en Vietnam*. Buenos Aires: Contrapunto, 1987.

«Desde 1975, todo mi país se transfiguró en una sola muerte numerosa que al principio parecía intolerable y que luego fue aceptada con indiferencia y olvido».

Tomás Eloy Martínez

«No vamos a tolerar que la muerte ande suelta en Argentina».

Almirante Emilio Massera, 1976

«Si es preciso, en Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país».

General Jorge Rafael Videla, 1975

«Hacemos nuestros operativos entre la una y las cuatro de la mañana, hora en la que el subversivo duerme».

General Acdel Vilas

«Nora Strejilevich ha escrito un capítulo de la Divina Comedia argentina. Es el capítulo final del infierno».

Osvaldo Bayer

«Cuando me robaron el nombre
Fui unafui cienfui miles
Y no fui nadie».

NORA STREJILEVICH (17 de diciembre de 1951, Buenos Aires, Argentina) escritora y docente cuyo interés medular es el legado del genocidio a partir de su propia experiencia como sobreviviente y exiliada.

Tras su liberación del campo de concentración «Club Atlético» (1977) fue asilada política en Canadá, donde se doctoró en literatura latinoamericana. Se desempeñó como profesora en Canadá y
EE. UU.
(1991 - 2011), sobre todo en la Universidad de San Diego, también realizó su trabajo en la Universidad de Chile y en el Centro de Estudios del Genocidio de la Universidad de Tres de Febrero y en la Universidad de Konstanz. Sus cursos se concentran en el género testimonial.

Ha publicado cuentos, poemas y ensayos, su novela experimental *Una sola muerte numerosa* (1997) se tradujo al inglés y al alemán, inspiró una adaptación teatral y se estudia en cursos de universidades de Argentina, Colombia, Chile, México, Brasil, Alemania, Austria, Italia y Francia.